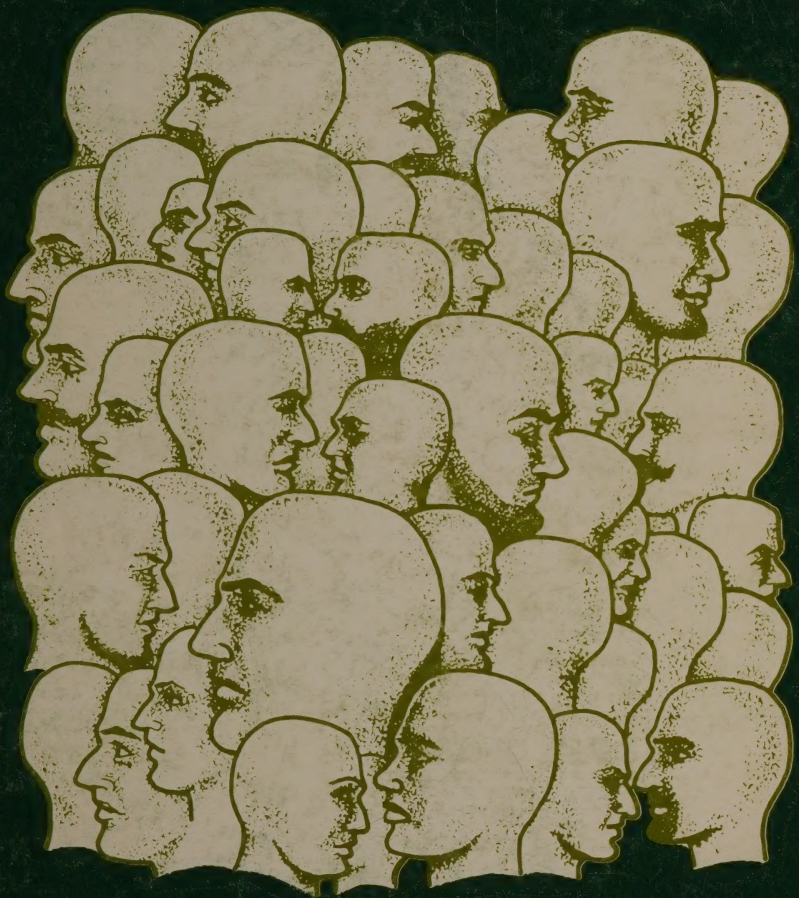
HN
980
.A37
vol.3
AUX
STOR
1

REFLEXIONES

desde el Tercer Mundo

EUGENIO ALARCO



III HOMBRES y SOCIEDADES

HAROLD B. LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

EUGENIO ALARCO

REFLEXIONES

desde el Tercer Mundo

III HOMBRES, SOCIEDADES

HN
980
.A37
vol.3

EUGENIO ALARCO

REFLEXIONES
desde el Tercer Mundo

III HOMBRES y SOCIEDADES

Carátula: Víctor Escalante

Derechos Reservados conforme a Ley.

HAROLD B. LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

PRIMERA PARTE

HACIA ORDENES NUEVOS

Parecería que hubiérame estado yo metiendo entre ciertos callejones intrincados o sin salida, al pretender hurgar o casi presumir hipotéticos modos en que un mundo mejor para los hombres pudiera ir siendo constituido. En todo caso, lo he hecho así sin ignorar que es ella una empresa desproporcionada. Y lo sería, aun contándose con otros más perfeccionados medios, conocimientos o preparación, que aquellos de que yo dispongo. No existe, en realidad, hasta hoy, nada parecido a una ciencia ni de planificación ni del vaticinio acerca del futuro de esta compleja humanidad; el cual, por lo mismo, tiene necesariamente que vislumbrarse como un fenómeno demasiado complejo. Si algo podemos ver —y aun eso con muy difusa claridad— es sólo a esa humanidad, compuesta de gran número de sociedades diversas, entre sí altamente heterogéneas, de las cuales unas y otras siguen sus propios cursos más o menos atormentados, que a veces también se asemejan a callejones sin salida. El desenvolvimiento histórico—social de ellas es impredecible, y aun más lo es el de su conjunto, en que unos factores con otros se entrelazan, a la vez que se contraponen.

Hay otra cosa que también podemos ver. Así como el hombre va construyendo o destruyendo su propia vida, permanentemente estimulado por sanas o insanas fuerzas de lo inconsciente; también las sociedades se van desarrollando progresiva o regresivamente, estimuladas por sanos o insanos impulsos que emanan de sus propios pueblos. Es grave error, por eso, partir del principio de que la voluntad del pueblo, que es manejable y voluble, esté siempre

encaminada hacia el florecimiento de éste, hacia su apogeo. Es por eso que conduce asimismo a grave error creer que pueda haber soluciones únicas y soberanas para las sociedades de un mundo multiforme y multifacético. Diagnosticar con justeza los males es ya difícil; pero la tarea, que algunas veces se ha intentado, de señalar terapéuticas simples para males intrincados, resulta siempre de realización impracticable. Aunque sean restringidas, las teorías que sobre un conjunto de tales procesos se erigen pronto quedan desvirtuadas; porque el hombre, además, así como los pueblos, cuando creen tener que adaptarse a ciertas normas preestablecidas, se echan, en cuanto lo tienen a bien, a rodar por muy distintos rumbos. Y es lo común que las cosas ocurran entonces al revés de cuanto se hubiere previsto. No es posible, por eso, —como nadie debiera ya pretender poder— anticipar vías seguras para lograr ninguno de los sanos objetivos que en tales sentidos se persigan. Ya sabemos que de quienes lanzáronse a proponerlas concretamente alguna vez, se llegó a ver, más temprano que tarde, que se habían equivocado, hasta desastrosamente, y que aun habían causado con ello no poco estrago.

Pero con referencia a un tal tema debemos considerar también algo más. Si deseamos ver hoy con un poco más de claridad nuestros inmensos problemas, y observarnos algo más de cerca a nosotros mismos, tenemos que reconocer un hecho que con plena evidencia se nos muestra como en gran parte causante de los males que nos asedian y al que debiéramos de juzgar del todo inconveniente, de una inconveniencia que llega a lo absurdo. Tenemos que reconocer, en efecto, que es absurdo que la prosperidad, pero, muchas veces, hasta las vidas de millones de habitantes de la tierra y aun el mismo porvenir de la humanidad sigan dependiendo de la voluntad de pequeños grupos de muy alto poder político, que no es poco frecuente lo hayan logrado mediante armas alambicadas y económica o psicológicamente manejables de procesos electorales falsamente tenidos por democráticos —o bien debido a cualquier clase de torvas maquinaciones— de las que vencen no los que son más dignos de gobernar a los hombres, sino los hábiles en estimular toda suerte de irracionalismos en sus congéneres. *El poder* —dice al respecto Hospers (*)— *tiende a atraer precisamente a aquella gente que está menos*

(*) Hospers 510

calificada para ejercerlo. Es esa gente la que tantas veces lo alcanza. Lo cual es causa de graves infortunios para toda la sociedad humana.

De un mundo así constituido cualquier cosa puede, pues, esperarse, menos que los deseos de un adecuado mejoramiento se vean cumplidos. Aun así —he sostenido ya, como tantos lo hacen— que lo último que debe perderse es la esperanza. Y es esa misma esperanza la que nos dice que el no descubrir la salida del callejón en que uno está metido, no siempre significa que ella no exista, sino que puede no hacérsenos visible. Como también es eso lo que por lo común ocurre con la realidad por entero.

Acaso sería posible sugerir, como urgente tarea, que constituyéranse núcleos de sabios que emitieran los planteamientos que en cada caso correspondieran. Algunos de ellos lo van haciendo a veces así. Pero lo cierto es que un juicio plural y casi científico sobre tan graves problemas, si acaso se lograra, tendría que demorar demasiados años en emitirse y las circunstancias, mientras tanto, habrían ya cambiado bastante. Pues hemos visto bien que es así como anda ahora nuestro mundo.

Por mi parte, creo yo que no es de ningún modo suficiente con que mediten los sabios. De tal naturaleza son los riesgos, que se hace necesario procurar descubrirlos sin demora y afrontarlos desde muchos lados a la vez. Todo ser pensante debería, por eso, sentirse obligado a reflexionar mucho acerca de tales problemas. Y, de ser posible, hasta a emitir su juicio, en particular cuando se halle investido, como ocurre en mi caso, de pretensiones por demás modestas. Aunque necesariamente haya de estar, según ya lo he admitido, sujeto a errores, yo aspiro a utilizar con aquel propósito ciertas ideas que pueden derivarse de las reflexiones anteriores, así como de los hechos expuestos, que bastante enseñan. En todo caso, a falta de medicinas apropiadas, parece que por ahora sólo le queda al hombre valerse un poco del curanderismo. También éste, en su momento, pudo cumplir de algún eficaz modo su cometido. Me limitaré así, más con cierto atrevimiento que por exceso de injustificada confianza, a comentar algunos de los muchos tópicos que conviene revisar, en procura de atisbar indicios de la posible caracterización de una sociedad humana, que pudiera llegar a ordenarse —lo cual ya de por sí es una utopía, tal vez irrealizable; al menos por cuanto ahora se ve—

en forma del todo justa y beneficiosa siquiera para una buena mayoría de sus miembros. Y, naturalmente, habrá de tratarse aquí sólo de apreciaciones generales, casi podría decirse de notas que, en ciertos casos, se refieren a motivos que ya he tratado, presentados ahora bajo una nueva clave.

Creo que convendrá hacernos una ligera síntesis del proceso seguido por el hombre en su vida social y que reflexionemos luego, aunque sea en sus líneas generales, acerca de la actual situación de nuestros ordenamientos, antes de examinar algunas de sus eventuales proyecciones. Aun a riesgo de seguir apareciendo como ingenuamente simplista, trataré siempre de reducir complejísimos problemas a los que veo yo como sus módulos substanciales, que viene a ser algo así como estudiar los movimientos de un hombre sólo observando el desplazamiento de su esqueleto. Dejaremos, a sabiendas, de penetrar en las intrincadas funciones que dan origen a tales movimientos para circunscribirnos a una escueta esquematicidad de ellos.

a) Hombres y sociedades.

Siendo el hombre el personaje creador de la historia de casi cuanto ocurre en este mundo, es en él en quien debe concentrarse la atención de quien pretenda discernir acerca de los mejores rumbos que a una humanidad más digna puedan corresponderle. Y ya hemos visto cuán sujeto se encuentra él a múltiples factores distorsionantes, sin que él mismo lo perciba o desee siquiera percibirlo. Si, ya recientemente, la cultura tecnológica lo ha endurecido y materializado, a la par que prácticamente ha logrado aniquilar a sus dioses, el pensamiento científico, en sus variadas ramas, lo ha traído abajo del soberbio pedestal que se había creado para encaramarse en él y sentirse señor de la creación. En realidad, ya vemos que no es él ni siquiera señor de sí mismo, sino un esclavo de sus tormentas interiores y de las que le vienen del exterior. Es tragedia que ahora, quizás más que antes, muy bien se puede descubrir.

Pero el caso es, además que el hombre no vive solo y aislado, sino en medio de los vastos conjuntos humanos que son las sociedades. Y cada uno de esos conjuntos, por el hecho mismo de constituir una multiplicidad —una multiplicidad compleja com-

puesta de corpúsculos complejos— ofrece a su vez particularidades muy propias. Nos es, por lo tanto, de la mayor necesidad tener en cuenta las características que unos u otros tipos de organización social ofrecen, en relación, sobre todo, con el previsible desarrollo futuro de la humanidad, que es algo de lo que en estas reflexiones tanto nos ha interesado considerar. Dadas las novísimas circunstancias que rigen en el mundo, como ya hemos visto, se nos hace imprescindible echar ahora una mirada a esos temas, por somera que ella sea, y tratar de percibir las favorables posibilidades que pudieran parecer ofrecérsenos en las perspectivas de los más importantes sistemas de organización social. Tarea ésta, a su vez, bastante aventurada, por lo incierta que es, pero cuya alta importancia no puede desestimarse. Y, sin embargo, se nos hace también necesario observar que en este serísimo problema, que debiera el hombre estudiar con la mayor severidad y circunspección, es donde pone él ahora en juego, en toda su pujanza, aquel extraño mundo de sus pasiones, hasta el punto de hacerles permisible la más radical deformación de sus juicios. Tal como antes ocurría con las religiones, hoy el hombre, por lo común, parece haber olvidado todo sentido crítico racional cuando tiene que referirse a los problemas sociales, que de modo tan primordial le incumben, y suele juzgarlos, en cambio, obcecado entre nubes de factores irracionales o emotivos, es decir del todo alienantes. Y bien sabemos que a la alienación le es típica la vehemencia. Con la cual el hombre ya no atiende a razones sino defiende supersticiones. Y, peor aún, defiende supersticiones dogmatizantes, intransigentes y fanáticas, con todas sus manías y los excesos que éstas inculcan en los espíritus.

Procuremos, por nuestra parte, evitar tales influencias al apreciar los hechos que van a enunciarse en las siguientes páginas.

Remontándonos algo en lo pasado, podemos, ante todo, observar que desde los albores de su historia —sea ella del todo conocida, o no—tuvo que enfrentarse el hombre, como todo ser en la tierra, a un medio hostil. En nuestro caso, ocurrió esto tanto debido al contorno de una geografía agreste y al embate de fenómenos meteorológicos, cuanto por tener que luchar el ser humano con peligrosos animales de muy variada índole. Convertido ya en cazador, a algunos de éstos tenía él que perseguir, a grandes distancias y durante muchos días, hasta cansarlos, para

capturarlos y alimentarse de ellos (*). Tal orden de vida perduró durante muchos milenios, lo cual hubo de causar muy fuerte impacto en su individualidad psíquica y en sus hábitos sociales. La vida de los cazadores tuvo que desarrollarse formando ellos entre sí grupos nómadas o clanes, compuestos de un número no muy grande de individuos. A éstos se limitaba la sociabilidad del hombre primitivo. Se sabe hoy que llegó él muy hábilmente a fabricarse artefactos que eran propios para la cacería de animales, mas no adecuados para el combate con otros hombres. Y, en efecto, no parece haber sido usual que se produjeran choques con otros clanes que ejercían similar actividad. Se considera, en cambio, por numerosos rezagos que han quedado, que el trato del hombre con sus semejantes debió de haber sido cordial y hasta gentil. Unas a otras familias tenían que ayudarse en las grandes empresas de caza y luego se agasajaban y obsequiaban recíprocamente. Seguramente, aislados como se hallaban los grupos humanos en la vastedad de la tierra, donde podían libremente emigrar, tampoco les era difícil por entonces, llegado el caso, establecer delimitaciones convencionales entre los territorios de caza propios y ajenos.

Se cree que al sobrevenir la sociedad del hombre agrícola, de obligado sedentarismo y organización matriarcal, estaban particularmente ausentes, asimismo, las luchas y los conflictos intestinos (**). Pero ya poseía él vivienda y podía acumular víveres y una variada suerte de utensilios domésticos. Comenzó recién entonces a emplear el cazador su preparación y dotes para la lucha en atacar a quienes algo propio poseían, tanto en riquezas como en mujeres, de las cuales decidía él apropiarse, fuera por necesidad de alimentos o apetito sexual, fuera para no sentirse menos que aquéllos. A medida que, junto con la construcción de pueblos y de ciudades, se incrementaban los bienes de unos, aumentaban los deseos de apropiación de los otros y el antiguo cazador fue aprovechándose de su pericia en el combate armado, para utilizarlo en las luchas contra otros seres humanos. Más tarde sería, a su vez, progresivamente perfeccionada tal pericia, hasta alcanzar un alto grado de eficacia, y fue utilizada en los combates entre clanes, señoríos o reinos.

(*) Adamson 204/5)
(**) Fromm—Crisis 150

Todo esto viene a señalar hacia lo siguiente. Después de su multimilenaria tradición de lucha armada contra seres animales o humanos, la necesaria incorporación a que fue viéndose el hombre sometido a vastas sociedades comunitarias, hubo de costarle, y aun sigue costándole, dosis enormes de sufrimiento, de tragedias y de horror. Sus culturas avanzadas son aún demasiado recientes para que haya podido amoldar él su psicología, o bien sus hábitos mentales, a situación tan nueva, y para que le hayan permitido despojarse de egoísmos personales o tribales, y de su tendencia a la apropiación del esfuerzo o de la riqueza ajenos o a la destrucción de otros seres semejantes, sean real o presuntamente enemigos.

Lo curioso, lo dramáticamente curioso, es que tal cosa no ha ocurrido en otros seres del reino animal de organización social más o menos adelantada, en que prima un profundo sentido gregario o de defensa de la propia especie.

En nosotros, en cambio, hasta la gran inteligencia de que nos creemos dotados, ha redundado en nuestro propio perjuicio. Si bien con tal inteligencia hemos logrado adquirir un enorme caudal de conocimientos y dominar muchas ciencias, de estas mismas nos hemos valido para llegar a una tremenda sobrepoblación de la tierra, a la cual es principalmente debida —agravada por la desproporcionada desigualdad a que ha alcanzado la distribución de la riqueza— la extensión de la pobreza y el hambre entre muy vastos sectores. Además del trágico espectro de esta situación, se nos hace siempre difícil reconocer que nos hallamos aún siguiendo un proceso de acomodación de la especie ante situaciones novísimas, para las que nos hallamos preparados inadecuadamente, o, dicho más propiamente, para las que nos hallamos del todo impreparados. En este complejo proceso han tenido que producirse y tienen que seguir produciéndose numerosos ensayos dolorosos y constantes fracasos. Es ante éstos que pierde el hombre toda ecuanimidad y sensatez. Identifica como enemigos a quienes tiene por causantes de adversidades y desdichas y los embiste ferozmente, pasando por alto que podrían ellos ser, como es frecuente que lo sean, personas o comunidades que procuran seguir unos procesos que han tenido por conveniente adoptar. Y que pueden estar equivocados en la dirección de ellos, aunque quizás no del todo. O acaso se hallan errando a veces por vías de apariencia desconcertante, pero que podrían eventualmente conducir a estadios superiores de organización o de existencia.

Es, naturalmente, dificilísimo ver claro en todo esto. Carecemos de las adecuadas facultades para juzgar el sentido de procesos en que estamos nosotros mismos sumidos. Pero, si nos fuera dable mirar hacia grandes perspectivas, ni ante el error ajeno, real o supuesto, debiéramos de reaccionar con incomprensión y tomas de posición intransigentes, sino con la serenidad de quien aspira a descubrir verdades aún ocultas en medio de un caótico mundo, lleno de tragedia y de abusos, pero también de descomunales errores, que no llegamos a descubrir del todo. En extremo complicado se le hizo en un momento al hombre —apenas si podemos comprender nosotros ahora la magnitud de tal problema— primero descubrir y luego aceptar que la tierra no es plana sino redonda; que no es el sol y el universo todo quienes giran alrededor de este glorioso aposento en que creía hallarse quien se tenía por Rey de la Creación, sino que es la tierra un corpúsculo de infinitesimal grosor perdido en la inconmensurable vastedad del cosmos. Con esto sólo quiero hacer notar lo arduamente dificultoso que se le hace al hombre descubrir los grandes errores en que se halla envuelto, por él mismo creados.

Muchas han sido las circunstancias de la historia en que se produjeron severos enfrentamientos entre grupos humanos antagónicos, en que se desplegaron implacables furores y se esgrimieron las tácticas y armas más perfeccionadas de que podía disponerse en cada época. Hasta fueron, en ciertos casos, luchas que duraban siglos, entre posiciones que teníanse por del todo irreconciliables. No se podía pensar, de un lado ni del otro, que tal situación pudiera ser superada, salvo mediante el exterminio de la parte contraria. Y, sin embargo, pasados los tiempos, pero aun sin que llegaran a desaparecer del todo las condiciones que fomentaban esos irracionalismos, comenzaba en algún momento a descubrirse que las que habían aparecido como más radicales divergencias no representaban propiamente oposiciones por completo insuperables. Tal cosa ha ocurrido muchas veces, en unos u otros ambientes, en persecución de unos u otros propósitos políticos, sociales o religiosos.

La situación, al presente, no es muy distinta. Y, en tal sentido, se repiten esquemas desde antiguo conocidos. Pero si esto es aplicable a un juicio cualitativo acerca de tales fenómenos, no lo es desde el cuantitativo, pues hoy se hace evidente que las

divisiones ideológicas que afectan al mundo no constituyen ya fenómenos regionales o que afectan a zonas limitadas, sino que, aunque con rasgos no del todo iguales, prácticamente se extienden por todas las regiones del orbe. Y en las consiguientes luchas materiales o ideológicas se viene siempre mostrando gran poderío, suprema intransigencia y el despliegue de las pasiones más afiebradas. Y, sin embargo, aun esta universalización de los males, aunque esté basada en tremendas tragedias del hombre, como son la pobreza y el hambre, no puede impedir asimilar el sentido de la conflagración al del que predominaba en pasadas luchas; o sea que también es lo probable que en tiempos futuros mucho de cuanto hoy parece ineludible para los unos o los otros, o bien las que se tienen por verdades eximias e intangibles, podrán llegar a verse, una vez más, como producidos por la ofuscación que tanto ha solido perturbar la mente humana.

Lo cierto es que el mundo entero está hoy arrebatado por desaforadas tensiones, que no parecen poder desembocar en otra cosa que el exterminio de unos por otros. O sea que, en su afán de superar unas tragedias, no vacila el hombre en lanzarse al holocausto, lo cual ofrece un panorama desconsolador para todo aquel que alguna esperanza encierra en el triunfo del hombre; es decir, de una cultura legítimamente propia del hombre.

Procuremos ver, entonces, en gran síntesis pero algo más de cerca, dónde nos hallamos, en medio de las mareas humanas que por doquier alzan aquellas crestas agresivas.

Hemos reflexionado ya, en el Primer Libro de este estudio, acerca de algunos de los tipos de órdenes socio—económicos que se encuentra el mundo actualmente siguiendo y en particular de la aparente oposición entre capitalismo y comunismo, que constituyen los focos alrededor de los cuales se producen las grandes concentraciones de poder, a la vez que de furor ideológico. Nos conviene volver sobre este tema, aunque, si bien dentro de un nuevo contexto, tengamos que incurrir en ciertas reiteraciones.

La realidad nos ha hecho ver que cuando fueron desarrollándose las industrias manufactureras, pudo recién el hombre disponer de eficaces herramientas con qué reemplazar en gran parte el trabajo manual. Sólo entonces perdió el ejercicio de la esclavitud uno de los fundamentos de su importancia económica.

Algo en cierto modo análogo sucedió después con el capitalismo. Hizo él posible, sin duda, la comisión de innumerables atropellos, pero fue él lo que favoreció, a su vez, la creación de industrias de todo orden y el gran impulso que ellas adquirieron. Ha sido, por lo tanto, importantísimo —y aún lo sigue siendo— el papel económico desempeñado por el capitalismo en el progreso de las civilizaciones. Dijo Lenin que sin la herencia de la cultura capitalista no podría construirse el socialismo. (*) Ya hemos observado (**) que la sociedad capitalista, al aprovechar mejor los estímulos de la incentivación en el espíritu humano, se muestra más propicia para mantener un favorable ritmo en el desarrollo rápido de la industrialización y de progresivo mejoramiento —debido a la libre competencia— en la calidad y perfección de sus productos manufacturados. Pero también podemos observar que, una vez que alcanzan las industrias su gran poderío, ya el capitalismo deja de tener justificación social como sistema económico. Esto lo anticipó bien Marx, aunque, como hemos visto, erró al pensar que tal sistema podría ser destruido sólo por la acción violenta de los proletarios, a quienes en cierto modo asimilaba él a esclavos vilmente explotados, condición que no consideró separable jamás de la esencia misma del capitalismo.

Quiérase o no, sin embargo, muchas de las sociedades capitalistas han alcanzado para sus miembros los más altos niveles generales de vida hasta hoy conocidos por el hombre. Pero lo ha sido ocasionando daños e injusticias a otros hombres u otros pueblos, y mediante el fomento de impulsos individualistas y egoístas, impregnando al ser humano de venalidad y fomentando su corrupción, ya que la acumulación de capital se debió en gran parte a una acumulación de codicia. (***) Es decir, lo hizo a costa de afectar desfavorablemente la propia *calidad humana*, condición a la que debe concederse predominante importancia, si se quiere alcanzar a formar una sociedad y un mundo mejores. *Es la calidad de los protagonistas lo que cuenta en la aventura humana*, dice, por ejemplo, Peccei, el fundador del Club de Roma. Como también: *Todo nuevo orden mundial, que sea válido, se mantendrá o caerá, según la calidad de la*

(*) Gueorguiev, 265.
(**) Libro I, Segunda Parte, f.
(***) Fromm Psicoanálisis 80/1, Novak, 75.

gente que en él viva. Juzga él, por lo tanto, que *el desenvolvimiento del hombre representa el objetivo hacia el cual la humanidad debe concentrar sus esfuerzos supremos durante los años y decenios venideros.* (*) Lo cual parece bien cierto, y lo sería más si se hablara de siglos o acaso hasta de milenios.

Parece hacerse claro también que, dentro de tales términos no constituye el capitalismo escuela edificante para la formación espiritual de un hombre nuevo, en el sentido de promover la realización de una sociedad efectiva o predominantemente justa.

Frente al capitalismo se nos presenta, hoy, entonces, como alternativa de organización social, la propugnada por el socialismo. Y si bien nos fijamos, podremos advertir que muchos de los grandes males que se enseñorean sobre numerosas sociedades actuales que pretenden ceñirse a tal doctrina, son precisamente aquellos que creían sus ideólogos poder erradicar al ser ella establecida como sistema. Según siempre ocurre, cuando tuvieron posibilidad de extender sus preconizados bienes por algunas partes del mundo, también en este caso actuaron los socialistas en forma del todo diferente a lo que ellos mismos habían sostenido.

Si desde hace algunos decenios ha sido ya implantado —por lo menos en el nombre y en la intención— el comunismo en varias sociedades del mundo, y si son muchos los que piensan que tal doctrina constituirá inexorablemente la base de la sociedad humana del futuro; lo cual, según ha sostenido el Secretario General del Partido Comunista Francés, Georges Marchais, hasta los jefes de estado más reaccionarios hoy reconocen (**), será indispensable dedicarle seriamente momentos adicionales a este orden de pensamientos. En realidad, han adquirido estos temas hoy una dimensión importantísima en lo que concierne a toda posible anticipación acerca del porvenir del hombre. Muy particularmente lo es así en cuanto al llamado Tercer Mundo, el cual mucho tendrá que decir aún y que actuar en el futuro desarrollo del orbe.

Vemos, sin embargo, que es precisamente aquí donde nos hallamos ante numerosos hechos complejos y contradictorios, sobre todo si los juzgamos desde el punto de vista de Marx, el

---

(*) Peccei 57, 194, 233.
(**) Marchais 231.

fundador del comunismo. Pues tanto éste como el capitalismo han ido siguiendo en el curso del presente siglo direcciones opuestas tanto a aquellas que prevalecían cuanto a las que pudieron ser previstas en el siglo XIX.

Hoy podemos ver, por ejemplo, que de sobrevenir el socialismo en el mundo, no lo será ya, como norma general, por medio de revoluciones de tipo marxista o bolchevique, como la ocurrida en Rusia por circunstancias de orden coyuntural. (*) Observaremos a este propósito, que, de modo equivalente, tampoco la esclavitud fue abolida en el mundo a causa de revoluciones espartaquistas, sino, recién en el curso de los dos últimos siglos, por la legislación impuesta por los propios estados, aun enfrentándose o combatiendo sangrientamente contra los poderosos sectores que veían quebrantados con ello muy importantes intereses propios. Pocos siglos atrás, nadie hubiera creído posible este milagro de los hombres.

Son del todo evidentes los éxitos espectaculares que ha logrado la Rusia soviética en el desarrollo de su potencialidad industrial, en progresos científicos, técnicos y organizativos, que en tales direcciones, la han llevado a alcanzar el segundo lugar en el mundo. Tampoco puede pasarse por alto la inmensa tarea de haber logrado en pocos decenios la alfabetización de muchos millones de campesinos u obreros, en cuyas filas reinaba el analfabetismo en muy alta proporción. O los triunfos en otros campos, como los de la vivienda y la salud pública. Aunque en muy distintas proporciones, cosas en cierto modo análogas ocurrieron en otros pueblos que optaron por el comunismo, como los de Yugoslavia, la China o Cuba.

Pero no podemos, de otro lado, ignorar el precio tremendo de sacrificios y sufrimientos que el pueblo soviético y también el chino, y otros, tuvieron que pagar, y aun siguen pagando, para lograr esas transformaciones; y eso, sin haber alcanzado, y estar lejos aún de alcanzar, estados verdaderamente socialistas. Una de las razones principales para no lograrlo ha sido que no se hallaban satisfechas aún en ellos las condiciones de desarrollo económico e industrial indispensables para su implantación. El

(*) Mallet, 78/9, 81/2, 102.

salto que pretendió dar Rusia para superar la plena etapa capitalista, provocó su caída en una serie de curiosas trampas.

Lo que por ahora vemos también como cierto es que si las grandes ventajas que parecía ofrecer el socialismo se hubieran hecho del todo evidentes, poca duda cabe de que las demás sociedades, de un modo u otro, hubiéranse lanzado a adoptar iguales sistemas de organización económica. Si observamos, en cambio, que no es así, y hasta que muchas veces han sido compelidas ciertas naciones a ello sólo por las vías de la fuerza y del terror, no parece que debiéramos de depositar excesiva confianza en la conveniencia de la implantación de tal sistema de organización social. Es esto, pues, lo que conviene esclarecer con la objetividad posible, sobre todo por constituir un tema que, no obstante que sobre él se debate y se debate inacabablemente, no suele ser considerado con criterio sereno, como conviene a asunto de tan fundamental importancia para el hombre —y quizas de un modo aun más conspicuo, para nosotros, pobladores del Tercer Mundo— sino que las opiniones acerca de él se encuentran siempre arrebatadas por nubes de ofuscadora pasión.

b) Vicisitudes del proletariado.

En el sentido propio del vocablo, el proletario sólo aparece en la sociedad humana con el advenimiento de la gran industria; o sea que este personaje constituye una figura bastante moderna. Su directo antecesor fue el artesano, que trabajaba por sus propios medios y en su particular provecho. Algo después, el desarrollo de la industria capitalista no le permitió ya a éste competir frente a productos manufacturados en larga escala y a menor costo. Se vio obligado así el artesano a vender su trabajo. Como más adelante veremos, la iniciación de la acumulación capitalista y ciertas características de su propio espíritu, estimularon a los burgueses, dueños del capital, a pagar tal trabajo al más bajo precio posible, con lo cual el trabajador se convirtió en proletario, muchas veces sujeto a explotación y humillaciones sin cuento por parte de su patrono y a la mayor miseria en cuanto a vivienda, alimentación y salud. Esta situación fue agravándose progresivamente, en unos países más que en otros.

No fue Marx quien primero hizo notar la gravedad de este

problema. Varios lo habían hecho antes (*). El ministro inglés del culto *Malthus*, desde antes de finalizar el siglo XVIII, aunque sostenía que una agobiante pobreza era el destino del hombre, daba ya la voz de alarma acerca del peligro de la miseria que se cernía sobre la humanidad, especialmente sobre la clase obrera, por su alto grado de multiplicación, en tanto que el incremento en la producción de subsistencias le iba a la zaga, aumentándose cada vez más la diferencia (**).

Para el francés *Tocqueville* los artesanos se parecían cada vez más a bestias; los obreros se volvían más débiles, cerrados y dependientes (***). El filósofo alemán *Hegel* veía que la mecanización del trabajo estaba conduciendo a los obreros a la miseria material y moral (****).

Pero sí fue Marx quien descubrió o presentó con notable relieve la imagen de aquel proletariado. Según decía el italiano Adriano Tilgher, citado por Mariátegui (*****), "ante la historia, Marx aparece como el descubridor y diría casi el inventor del proletariado". Considerábale él una víctima de innumerables abusos y sumido en un infierno de desdichas. Lo cual en verdad era la realidad predominante en muchas de las organizaciones industriales de su tiempo. Y es que con la intensificación en el desarrollo de éstas y en la explotación del trabajo ajeno, el hombre, siempre desviado del sentido de su existencia en cuanto miembro de su especie, pareció violentar aun más el ejercicio de un abuso del todo razonado. El economista británico *Ricardo* había ya emitido su ley del salario, en que señalaba que este tenía por norma constituir el mínimo necesario para el sustento del obrero. La iniciación del industrialismo inducía a exigir jornadas de trabajo hasta de dieciocho horas diarias a las mujeres e inclusive a utilizar mano de obra de niños muy jóvenes en las fábricas, a veces de cinco o seis años. Todo ello fomentaba una mortalidad obrera muy alta (******). Pero, sobre todo, habíaseles hecho posible a algunos, en particular a Marx, descubrir con claridad las causas y el proceso mismo de la pauperización del obrero.

(*) Villey 219/20, 232/3.
(**) Villey 129/30). (Galbraith—Capitalismo 153).
(***) Faure 106.
(****) Id. 104.
(*****) Mariátegui 62
(******) Villey, 139, 140, 204, 231/5.

En el Primer Libro de estas *Reflexiones* quedó expresado cómo llegó Marx a enunciar su ley dialéctica. Se basaba ella en su convicción de la ineludibilidad de que los obreros, a quienes llamó él *proletarios* —es decir, pobres de solemnidad, que tenían a su prole como única propiedad; que sólo poseían su fuerza de trabajo como mercancía para vender a los capitalistas— se harían cada vez más miserables, a medida que estos últimos, *vampiros o sanguijuelas que les chupaban sus músculos y tendones mientras en ellos quedara alguna gota de sangre por extraer*, hacíanse cada vez más ricos, sin preocuparse de la salud ni la vida del trabajador (*). Aun más, los burgueses eran sus enemigos, ya que el objeto principal, el fin real de la actividad capitalista es la producción de plusvalía, o sea la sustracción de trabajo extra, del máximo provecho que se pueda arrancar a la fuerza del obrero, en una jornada de trabajo no pagado, la cual venía a constituir la mayor ganancia (**).

La observación de la historia humana como proceso económico le hizo pensar a Marx que los hombres pertenecientes a aquella clase social de la burguesía eran, por la naturaleza misma de su función, intrínsecamente perversos, y semejábanse, además, *al mago que no sabe dominar las potencias infernales que ha evocado* (***). Ilustraba el caso proporcionando innumerables ejemplos de atrocidades cometidas por parte de los usurpadores, que *con cinismo implacable, aguijoneados por móviles infames, por pasiones sórdidas y aborrecibles*, se dedicaban a la explotación del trabajo ajeno.

Aparece así el capital *sudando sangre y lodo por todos sus poros* (****). Tales eran el lenguaje que se empleaba y la base misma del mensaje.

Es curioso anotar que en la propia época de Marx, si bien la alienación, como él la entendía, dominaba a la mayor parte de la clase obrera de esa época; de otro lado, la imagen que él pintó del espíritu obscenamente extorsionista e inhumano de los capitalistas y de las graves miserias que padecían los obreros, no correspondía a una realidad general. De unos y otros, los había, en efecto, y en su libro El Capital él mencionó muchísimos

---

(*) Marx El Capital (A) 91, 120, 122 (B) 219, Engels — Principios 137, Faure 108/9.

(**) Marx - El Capital A 119, 122; B 194, 215/6.

(***) Marx—Engels: Manifiesto 82.

(****) Marx. El Capital A) 183/4, 249, 251, 253; B) 564, 565.

casos; pero no era lo predominante. Parece, por eso, que aquel patético cuadro trazado lo fue principalmente por motivos políticos, y en tal sentido no cabe duda que acertó. De no haber tenido él tal propósito en mente; de haberse hallado convencido de ser la situación universal tal cual la pintaba él, habría sido él mismo quien se encontraba alienado, lo cual tampoco ha dejado de ser supuesto (*).

Pero, dado que el fenómeno de la explotación capitalista trae consigo, como consecuencia fatal, según él, el pauperismo— pues cualquiera que sea el tipo de los salarios, la condición del trabajador empeora a medida que el capital se acumula— la posesión de máquinas contribuiría a hacer que los ricos fueran cada vez más ricos, y que la acumulación de riqueza por un lado significara acumulación de pobreza, de sufrimiento, de ignorancia, de embrutecimiento, de degradación física y moral y de esclavitud, por otro, y precisamente para aquella clase que es la productora del capital mismo.

A fin de establecer la justicia en las sociedades no existía entonces otro medio eficaz que el total derrocamiento y la aniquilación de la burguesía y el de la captura de todos los medios de producción por el proletariado. Sólo podía lograrse esto mediante una expropiación violenta; o sea después de una lucha de clases, hacia cuya realización y triunfo debían ser encaminados todos los esfuerzos de los explotados, de los proletarios. Y dábase el caso que, como el capitalismo, representado por la burguesía, estaba a la vez creando las propias armas que se volverían contra ésta, su caída y la victoria del proletariado hacíanse igualmente inevitables (**).

Una vez que las mayorías explotadas vencieran a las minorías, se hicieran del poder político y se apropiaran de todos los medios de producción, la situación cambiaría por completo. Se produciría la síntesis dialéctica. Sobrevendría el comunismo y el proletariado, cual otro Mesías, lograría transformar desde sus raíces la sociedad humana. Abriríase todo un nuevo universo. Desaparecerían las periódicas crisis características en el régimen capitalista. La producción se ampliaría, asegurando a todos los trabajadores la satisfacción de sus necesidades, y haciendo apare-

---

(*) Faure 96, 138 y II Parte Cap. V.
(**) Marx - El Capital. A) 239, 240, 251/2: B) 480, Man. Com. 83, 90.

cer otras nuevas, junto con los medios de satisfacerlas. En tal sistema, la educación pondría al hombre en condiciones de pasar de una a otra de las diferentes ramas de la producción, según las necesidades de la sociedad o sus propias inclinaciones, y suprimiría el sentido unilateral de la división del trabajo que caracteriza a la industria capitalista. El obrero tendría ocasión de ocupar en todos sentidos sus facultades, que se desarróllarían de manera adecuada. Se haría posible que me dedicara yo hoy a ésto y mañana a aquéllo, que me fuera dable cazar por la mañana, por la noche pasear y por la tarde apacentar el ganado. Y después de comer, si me placía, dedicaríame a ejercitar la crítica, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico.

En consecuencia, el hombre se vería libre de alienación. Y en tal sociedad quedarían abolidas las diferencias entre las clases y surgiría un hombre nuevo, como igualmente habrían de desaparecer los antagonismos de las naciones entre sí (*).

Para el propósito de alcanzar tales fines era primordial la unión de los proletarios de todo el mundo, pues la revolución no podría producirse en un solo país sino en todas las naciones industrializadas a la vez. Es decir, tendría que ser ella una revolución mundial (**). Se invitaba, por eso, según reza la frase final del Manifiesto Comunista, a gritar y a actuar: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

A fin de llegar a la revolución era indispensable, entonces, desatar la lucha entre las clases. Debía lanzarse la declaratoria de guerra del proletariado mundial a la burguesía. Había que fomentar un odio inextinguible de los trabajadores hacia sus opresores y explotadores. La ocasión para la revolución general la daría alguna de las crisis que cíclica e inexorablemente afectan al sistema capitalista. Como consecuencia de todo ello, era en las sociedades industrialmente más desarrolladas, en que los proletarios constituyen las mayorías, donde tendría éxito en primer lugar la revolución, pero de allí se esparciría rápidamente a todas las demás naciones (***). Constantemente se dogmatizaba, por eso, que el capitalismo se encontraba agonizando, que estaba en putrefacción, creyendo verse por doquier los síntomas de ello.

(*) Engels: Principios. . . 155/7, Marx — La ideología alemana, 215.
(**) Engels: Principios. . . 155.
(***) Engels: Principios . . . 154/5.

Iguales convicciones poseería, años después, Lenin, el primero que pretendió seriamente construir una sociedad socialista (*).

Otro notable apologista de la violencia fue el francés Georges Sorel. Aunque algo desdeñado por los círculos socialistas de su época —fines del siglo XIX y comienzos del XX— se propuso él llevar a más rigurosas consecuencias los principios de la ley dialéctica. Para que la lucha liberadora se produjera, sostenía, para que la gran síntesis pudiera ocurrir, era necesario que las posiciones opuestas alcanzasen su mayor grado de poderío. Sólo así llegaría a estallar la guerra de liberación. No era, según él, adecuado tratar de debilitar uno de los términos de la contradicción, en este caso la burguesía, pues esto tendería a disminuir la pujanza creada por la diferencia de presiones entre la tesis y la antítesis y a retardar la resolución de la contradicción dialéctica en una gran síntesis. Tendría que sobrevenir ésta, pensaba él, como una lucha heroica, para la cual el proletariado, con el ejercicio constante de la violencia, debía encontrarse siempre preparado. Y en éste sólo podrían desarrollarse condiciones heroicas hallándose frente a un adversario fuerte y vigoroso. Era, pues, indispensable ejercer permanentemente la violencia, organizada como arte bélico, como demostración militar, pero no con el fin de debilitar a la burguesía sino, por el contrario, de robustecerla y mantenerla viva y pujante, devolviéndole sus cualidades beligerantes, y consolidando así la división entre las clases. Nada de intelectualismo para ello —pensaba— el cual congela y deforma; ni de filósofos y expertos en ciencia social, que piden reformas profundas. Nada de creer en empresarios responsables y humanos; no porque no los existan, sino porque ellos debilitan la causa socialista. Nada de trabajadores razonables y pacíficos; nada de pedir favores, de aceptar concesiones salariales ni participación en los beneficios de la empresa, ni tampoco de democracia. Y nada de dejarse llevar por la envidia, propia de seres pasivos, que se transforma en una sed de llegar, cueste lo que cueste, a las más codiciadas situaciones, utilizando cualquier medio.

Sostenía él que la burguesía es de por sí asustadiza y cobarde y que los obreros tenían a su alcance el eficaz medio de

---

(*) Claudin 43, 45, 46 Nota 14, 48 Nota 18, 61, 65, 75.

infundirle miedo. Propugnaba, por eso, las huelgas generales, acumulando y exagerando las peticiones, hasta hacer parecer que los empresarios no cumplen con su deber social. El despertar del miedo en la burguesía es un arma excelente, pero tiene que ser empleada con cuidado, pues en caso contrario puede provocar una resistencia obstinada. La burguesía podría despertar y el país caer en manos de un estadista resueltamente conservador. No aprobaba Sorel, por eso, el terrorismo ni el sabotaje; pero sí inducía a aquellas huelgas generales que servían como incitación reducida, como ensayo o preparación para la gran convulsión final.

Era una política basada en la cobardía burguesa la que engendraba la idea de que ésta estaba condenada a muerte y que su desaparición sólo era cuestión de tiempo. Pero entonces tampoco se acabaría con el uso de la fuerza; sino que la fuerza cambiaría de manos: El oprimido de ayer pasaría a ser el tirano de mañana, hasta que un nuevo golpe basculante volviera a poner las cosas en su estado primitivo. Estos últimos pensamientos los escribió Sorel, sin embargo, cuando ya se había producido y había triunfado la Revolución Rusa (*).

La realidad, que es donde tienen que probarse las teorías, hizo ver, sin embargo, que la evolución que siguieron las cosas humanas con el avasallador aumento en la acumulación capitalista y el acelerado desarrollo de la industria, hubo de reflejarse con caracteres muy marcados hasta en la transformación de las condiciones de vida del propio proletariado. En contra de lo previsto, la situación de éste volvíase rápidamente muy distinta de la que poco antes regía, lo cual fue amenazando derribar la doctrina marxista hasta sus bases.

Hace apenas unos cincuenta años un autocalificado marxista peruano José Carlos Mariátegui sostenía, como eco de lo que pensaban los ideólogos de su tendencia en esa época, que el método capitalista de racionalización del trabajo tiene por objeto el abaratamiento del costo de la producción mediante el aumento en el empleo de máquinas, reduciendo el de mano de obra calificada, con lo cual se mantenía, junto con un ejército permanente de desocupados, un nivel bajo de salarios. Afirmaba

---

(*) (Berlin 31/3, 43, 51) (Sorel 43, 51, 112, 118, 121/3, 131, 135, 142, 149, 171, 178, 191, 194, 230, 323, 330/1, 374).

también que el capitalismo había dejado de coincidir con el progreso (*).

Al presente, ya no cabe duda que en los países capitalistas desarrollados, la situación de la clase obrera ha llegado a ser algo del todo diferente de cuanto Marx y los suyos pudieron haber anticipado. Los trabajadores manuales, intelectuales, administrativos o técnicos de hoy no son ya *proletarios*, si se toman el sentido etimológico y el marxista del vocablo. En tales sociedades los trabajadores disponen de buena vivienda —con frecuencia, propia— de automóvil, refrigeradora, televisor y otros útiles domésticos. Su modo de vida difiere poco o nada del de la pequeña burguesía (**). Los reclamos salariales no se basan ahora tanto en la necesidad de defenderse de la miseria cuanto en el natural anhelo de mejorar permanentemente y poner al día sus comodidades, su confort o bien sus lujos. La organización del trabajo en una fábrica moderna, tiende ya, además, a no crear enajenaciones y, por el contrario, estimula un espíritu creador de orden, de perfeccionamiento y de cooperación, que son de gran beneficio social. Ya esto se veía venir desde hace mucho tiempo. El escritor italiano Gobetti, según cita Mariátegui, decía desde comienzos de este siglo: "Quien vive en una fábrica tiene la dignidad del trabajo, el hábito al sacrificio y a la fatiga. Un ritmo de vida que se funda severamente en el sentido de tolerancia y de interdependencia, que habitúa a la puntualidad, al rigor, a la continuidad" (***). Es en gran parte debido a todas esas razones que la invocación a la revolución socialista ha perdido su fuerza explosiva en esa clase (****); ya que los trabajadores piensan que no tendrían mucho que ganar con el cambio y sí, quizás, mucho que perder. Es también por tal razón, y porque allí los trabajadores poseen tantos bienes y cosas, que en los Estados Unidos no encuentra el comunismo la menor posibilidad de triunfo (*****). Es igualmente improbable que en otros países industrializados llegue ya a producirse una revolución obrera de esa índole (******), aunque con ello se quiebre la ley dialéctica.

(*) Mariátegui 29,32.
(**) Mallet 49 (Masset 27, 90).
(***) Mariátegui, 52.
(****) Mallet 50, Djilas 144, Ferrero: Tercer Mundo 63.
(*****) Mallet 76/7
(******) Faure 127, 135.

Vemos, además, que se ha originado un cambio trascendente en las relaciones del proletariado con la burguesía, las cuales han ido transformándose de la preponderancia de una lucha revolucionaria de clases a la tendencia a una colaboración entre ambas, como lo ha visto bien Marcuse (*). Siendo el más grave problema social en los países capitalistas desarrollados, no la insuficiencia de los salarios sino la desocupación, tal situación es tenida seriamente en cuenta ahora en las negociaciones para el reajuste salarial, cuidándose los trabajadores de evitar que un exceso en las imposiciones de tal índole perjudique la estabilidad económica o el desarrollo necesario de las empresas; ocasionando con ello un incremento en la desocupación. Las mismas huelgas han disminuido considerablemente en número y extensión en aquellos países, pues se ha hecho cosa común, entre otras formas de desarrollo, que los capitalistas se adelanten en proporcionar, o los estados en disponer, compensación más adecuada a los trabajadores antes que sea ella pedida (**). Con todo ello, al menos por ahora, parece verse quebrada la inexorable ley dialéctica del materialismo histórico.

Ni siquiera en muchos de los pueblos aun poco desarrollados son hoy tan frecuentes los jornales a tal punto bajos que no permitan la satisfacción de las necesidades primordiales de los trabajadores. En unos y otros existen, sin embargo, proletarios. Pero ya no lo son predominantemente quienes trabajan, sino los desocupados; esa masa fluctuante de gente sin ocupación, que en variable proporción puebla los países capitalistas. Son ellos hoy los parias de la sociedad. Aun en los países desarrollados, la masa de los desocupados, en buena parte de los casos, está constituida por gente que por diversas razones no ha podido adaptarse a las condiciones de trabajo exigidas por la sociedad industrial, que requiere cada vez mayor tecnología y especialización (***). Sin embargo, esas personas no pueden ser comprendidas bajo la definición marxista de proletariado —a no ser el que ésta entendía por *lumpen—proletariado*— ya que es gente que, al no trabajar, no produce plusvalía que vaya a enriquecer al capitalista.

Una de las más grandes taras de los regímenes capitalistas

(*) Marxisme 14/5, 235 Nota 18 (Masset 27).
(**) Djilas 143, 145.
(***) Galbraith—L'economía. . . 23, 24 Nota.

es, en efecto, la desocupación. En los países socialistas es ella hoy evitada, procurando dárseles trabajo a todos. Desde un punto de vista social, esto puede ser justificado; sólo que lo es a costa de afectar seriamente la productividad y de incurrir en fuerte —a veces, desmesurado— burocratismo.

c) Vicisitudes de la burguesía.

En el otro lado del espectro marxista, también la burguesía hubo de sufrir profundos cambios en el curso del tiempo. De igual modo que el proletariado, también es ella una categoría social estrechamente vinculada al capitalismo. Se halla presente desde las primeras manifestaciones de acumulación de dinero, ocurridas sobre todo en Florencia, según se piensa. El burgués adinerado fue sustituyendo o hasta superando en importancia social, allí y en otras partes, a los señores feudales y a los nobles de alcurnia. Como éstos, el hombre rico se liberaba de la humillación de tener que servir a otro (*). En particular, a partir del siglo XII fueron despertándose las ansias exacerbadas por la posesión de dinero; de dinero monetario, de oro y plata. Grandes acumulaciones de estos metales, tanto en moneda acuñada como en objetos artísticos y utilería doméstica o ceremonial, iban logrando los reinos, las coronas, la nobleza, los monasterios. Llegó una verdadera fiebre acumulatoria. Desde antes, el ansia de poseer oro, había dado también nacimiento, entre otras manifestaciones, a la alquimia, que perseguía la obtención de metales nobles mediante combinaciones químicas (**).

El descubrimiento de América se produjo cuando estaba en todo su auge tal afán de acumular la mayor cantidad posible de metálico. Sus repercusiones en todo el mundo europeo fueron, por eso, muy notables. Intensificóse el comercio, en que considerábase lícito el empleo de toda clase de malas artes, particularmente en el trato con los indígenas de los territorios conquistados. Al comercio se hallaba vinculada la actividad, plena de espíritu agresivo y codicioso, de corsarios y piratas, que recorrían los mares en busca de ricas presas. Pero no fue por esto, sino porque se desdeñaba toda ocupación que no fuera la de las

(*) Sombart, 165, Nota 207, 220/1, 237, 295.
(**) Sombart 36/9, 50/1, 320/3.

armas, por lo que se tenía a menos, y quizás particularmente en España, a quienes se dedicaban al comercio. O también a las finanzas, porque el préstamo de dinero cobrando intereses se fue abriendo campo y llegó después a constituir una de las bases del sistema capitalista. A su sombra creció otro personaje, el del prestamista, llamado después banquero, que podía ganar dinero sin gran esfuerzo propio, sino mediante el provecho que le daba su propio dinero (*).

Quienes hacíanse de fortuna, tanto en esta como en otras formas, nunca pensaban que hubiera en ello nada censurable, sino por el contrario. Considerábase la obtención de fortuna como un don otorgado por Dios, como también lo era para los nobles, el privilegio de tener sangre azul. *"De El lo recibimos todo* —decían— *El es quien bendice nuestras empresas y las hace fructificar"* (**). Viniendo de El, tenía que ser justa su posesión. La condición de ser rico era, pues, debida a la voluntad de Dios (***). Nadie lo ponía en duda.

La nueva clase social de los burgueses se fue caracterizando por ciertos particulares rasgos psíquicos. Se ha hecho notar que su espíritu se compone de *prudencia reflexiva, circunspección calculadora, ponderación racional y espíritu de orden y economía* (****). Este último, unido a la gran pasión por el dinero, fue desarrollando en el burgués sentimientos de codicia cada vez más acentuados. La obtención de dinero fue sobresaliendo, para buena parte de los hombres de Occidente, como el fin más meritorio a que tenían que dedicarse los esfuerzos, sin que importaran mucho los medios que para ello se empleaban, fuera mediante el comercio o no. Derivado de ese empeño, se desarrolló igualmente el afán ahorrativo en buena parte de los pueblos de Europa (*****). *"El ahorro es algo sagrado"*, se decía, considerándolo virtud por excelencia. *"El gasto que no es absolutamente necesario no puede ser más que producto de la locura"*, sostenía un escritor florentino durante el siglo XV, y daba consejos para los hijos, que hoy pueden hacer reír o hasta dar repugnancia. Se tenía horror al despilfarro, entre el cual se consideraban los gastos destinados a la manutención de la

(*) Sombart 87/9, 148/9, 152/3, 346/7.
(**) Sombart 237
(***) Sombart 237, 254/5.
(****) Sombart 30.
(*****) Sombart 40/1, 44.

servidumbre (*). *"Un céntimo ahorrado me hace más honor que cien gastados"* declaraba un mercader, también florentino, en el mismo siglo (**). Hasta unos doscientos años más tarde se decía de los ricos comerciantes holandeses en paños, que vendían los más finos, y se vestían con los más toscos. Y no fue sólo peculiar de tal época ni de holandeses que esto ocurriera.

El espíritu de ahorro se extendería también a otras esferas; a las propias energías, que había que cuidar; entre ellas la dedicada a las relaciones sexuales, que debían limitarse estrictamente a las destinadas a la procreación; o al lenguaje, que debía ser conciso, economizándose palabras; al tiempo, que no debía desperdiciarse: "El tiempo es oro", se decía; al pago de mano de obra en las minas, la agricultura, las manufacturas, al que era necesario señalarle un nivel prudentemente bajo; a la caridad, que debía ser medida. *"El mayor arte de la vida* —decía alguien, también en el siglo XV— *consiste en parecer caritativo y superar al astuto en astucia"* (***).

Estas inclinaciones pudieron tal vez haberse originado por la necesidad de acumular el mayor poder económico para enfrentarse a los fuertes rezagos del feudalismo; pero el caso fue que irían ellas tomando caracteres cada vez más agudos, hasta convertirse en un fenómeno aberrante, haciendo de muchos hombres verdaderos esclavos de su afán ahorrativo. Tan hondo caló éste los espíritus que hasta hoy existen, aun en medios opulentos, o quizás sobre todo en ellos, ciertos individuos —y no pocos— a quienes —por mejor que traten de disimularlo— se les ve sufrir y acongojarse cuando tienen que expender algún dinero, no solamente destinado a otros, sino aun a sí mismos. Llega a hacerse materia de lástima observar cómo se esfuerzan ellos, procurando no hacerlo notar o refugiándose en banales pretextos, en gastar lo menos y aparentar lo más o escatimarles menudos pagos a los más humildes. Pues no se trata en estos casos de cuando están de por medio grandes sumas, sino precisamente cuando tienen que pagarse unos cuantos céntimos. Si se les hace necesario desembolsar ingentes montos, lo común es que estos representen inversiones, que tales personajes se sienten orgullosos de estar en condiciones de afrontar. En cambio, son las sumas minúsculas lo

(*) L.B. Alberti en *Libri della famiglia,* citado varias veces por Sombart y tomado de éste por Fromm: Crisis 225/6.
(**) Sombart 119.
(***) Sombart 119 y sgtes. 157, 248, 268/9.

que les duele entregar y consideran dispendios. Les atormenta gastar en cuanto sea no recuperable; hasta en alimentos, en especial si están ellos destinados a otros; o bien, muy en particular, en el pago de impuestos, para evitar o reducir los cuales acuden a miles de buenas o malas artes. Todos podemos ver, por eso, con tanta frecuencia, a muchos de esos tacaños que, flotando entre millones, siempre van quejándose amargamente del insoportable alza en el costo de la vida, que los obliga a prescindir de algunos goces, a no acudir a espectáculos, por ser costosos, a dejarse invitar pero no retribuir, siempre lamentándose, siempre angustiados, disfrazados, como les gusta andar, de pobretones.

En cierta concordancia con tal mentalidad, el capitalista de viejo estilo tenía por normas hacer pocos negocios pero con beneficios ingentes y, para eso, venderles de preferencia a los ricos. Elevar los precios cuanto fuera posible, sin efectuar rebajas. Pero, a la vez, en propia defensa, no competir con otros colegas (*).

Al lado del sentido ahorrativo burgués, fue a la vez creándose en él un inmenso deseo de aumentar su fortuna, de acrecentarla sin límite y sin cesar. Y de este deseo, llevado a muy alto grado, se derivaría otra manifestación aberrante. Se exacerbaría la codicia. Dado que el alcanzar fortuna se constituyó como signo de valor, signo supremo a veces, los hombres se enloquecieron por lograrla. Pasaban con frecuencia —y pasan— por encima de todos y de todo. Ante el impulso de la codicia, por no perder oportunidad alguna de obtener dinero o ventajas que a él lleven, muchos otros valores quedan pisoteados y utilízanse hasta los procedimientos más torvos. No hablemos sólo de justicia u honestidad, que se refieren a lenguajes que esos seres no comprenden. Fueron, sin duda, hombres como éstos quienes predominaron entre los primeros ejemplares del capitalismo industrial, que explotaban inicuamente a los obreros y hasta a mujeres y niños, en procura de la mayor ganancia para sí mismos. Pero, aun hoy, a muchos se ve que, bajo su impulso incontenible de obtener ganancia lícita o ilícita, pierden todo sentido de corrección o ecuanimidad, acuden a los más vedados

(*) Sombart 169, 171.

medios, todo lo atropellan, hasta los sentimientos de amistad, de lealtad o de apego a la familia.

Y a un desbordante anhelo de riqueza va también unido el de la emulación, que constituye un grado inferior al de la envidia. El afán por alcanzar el más alto nivel económico —que está generalmente unido al social— estimula, en efecto, un no siempre disimulado despecho por quien posee más. No siempre disimulado, pues el envidioso va manifestando su amargura en muchas formas, indirectas pero reveladoras, de las que él mismo no suele darse cuenta. Cualquier observador imparcial y atento puede descubrir a través de ellas las trágicas tormentas por las que se ve estremecido el envidioso. La insidia, el chisme, la broma malévola, un perverso falseamiento de los hechos, van haciendo ostensible el rencor que ocultan esos seres, cuya presencia y cuya influencia son bastante más frecuentes y poderosas de cuanto pueda parecer.

No tiene por qué decirse, es cierto, que la tacañería, la codicia y la envidia sean creaciones propias del espíritu burgués o características solo a él inherentes. Manifestaciones de tales índoles las ha habido en los hombres de todas las culturas y en todos los tiempos. Pero lo que sí puede afirmarse es que el capitalismo, desde su base liberal, que estimula al individuo a luchar con supremo tesón por la propia supremacía económica, constituye un medio muy propicio para dar impulso a esa clase de tendencias. Y es evidente que lo logra.

De otro lado, sin embargo, el propósito de alcanzar riqueza fomenta también en el hombre y en las sociedades, como ya hemos visto, otros estímulos, que tienen que juzgarse como de orden positivo. Es tal propósito, en efecto, el que dio impulso al espíritu de empresa, que a la vez encierra como factores concomitantes el afán de aventura y de descubrimiento; así como el deseo de construcción, de perfeccionamiento, encaminados a la producción de bienes y de riqueza. Con tales elementos, llegó a constituirse quizás el más auténtico espíritu capitalista, el espíritu pragmático y organizador, que daría nacimiento a la industria (*). De inclinación a la aventura y de codicia habían estado también llenos desde antes, es verdad, los primeros

(*) Sombart 30, 163.

hombres que se dirigieron al Nuevo Mundo a sufrir mil peripecias y riesgos con el fin de hacerse rápidamente de fortuna. Pero no fue la suya una mentalidad de tendencia primordialmente productiva sino extractiva. Aun más, detestaban ellos todo trabajo, que no fuera el de las armas, por considerarlo indigno.

La ausencia de sentido pragmático hizo que, en épocas anteriores al nacimiento de la industria, se sintiera también aversión a utilizar máquinas de cualquier clase, las cuales contribuían a dejar sin trabajo a muchos pobres y a sumirlos en mayor miseria. En realidad, considerábase por entonces a las máquinas como enemigas de los trabajadores. Y tal situación sólo fue cambiando a los comienzos del siglo XIX; primero lentamente y luego de modo ya precipitado (*).

Con la introducción de las máquinas ocurrió, a la vez, algo inesperado. Fue bajando el precio de muchas mercaderías y aumentó la demanda de éstas, lo cual obligó a utilizar mano de obra en mayor abundancia. Tenía ésta que ser barata, para estimular el consumo y dar satisfacción, a la vez, al espíritu tacaño del burgués capitalista. Pero frente a los nuevos fenómenos ocasionados por el incremento de la producción y de la industria, fue haciéndose más valiosa aquella otra manifestación del carácter del burgués ya mencionada, que es su espíritu de empresa. El capitalista fue entregándose a su obra con creciente tesón y empeño. No era tanto el dinero lo que entonces llegó a interesarle; pues ya lo había conquistado; era lograr el desarrollo y perfeccionamiento constantes de su empresa industrial o comercial. La utilidad lograda en el negocio era de gran importancia, para, además de satisfacer sus necesidades de holgura económica, incrementar el volumen de la empresa misma; convertirla en grande y poderosa y conseguir hacer frente así con mayor vigor a la competencia. Este deseo irresistible lleva entonces al capitalista a entregar su vida y concentrar todo su interés en aquel solo propósito. La antigua fiebre de obtener oro convirtióse en fiebre de producción, de engrandecimiento de la empresa, de velocidad, de afán de éxito, a cuyos nuevos objetivos dedica el moderno hombre unidimensional todo su tiempo, su actividad, sus preocupaciones y sus tensiones. En tal sentido,

---

(*) Sombart 174/5.

se ha considerado que sus móviles pueden asimilarse, por su sencilla estrechez, a los de un niño. Pero tal unidimensionalidad, que, en efecto, hace muy eficaces en un cierto sentido los empeños del hombre y lo vuelven decidido y resuelto, cultivador e impulsor de la técnica, así como estrictamente racionalista y pragmático, implica, de otro lado, la eliminación de muchos importantes estímulos en la propia esfera de los valores y, por lo tanto, junto con alienación, suele representar también tal fenómeno un permanente proceso de autointoxicación del cuerpo y del espíritu, con las graves consecuencias que de ello se derivan, tanto para la salud física, como para la mental (*).

El moderno hombre de negocios fue superando las antiguas características de avaricia y tacañería. Para el mejor desarrollo de su empresa le era indispensable fomentar, por cualquier medio, el consumo, aun llevándolo hasta el dispendio. Un obrero o empleado mal pagados o de mala salud no contribuyen ni a una mayor producción ni a aumentar la demanda. Lo cual, de por sí, estimulaba a mejorar los salarios, a preocuparse de la seguridad en los talleres, del perfeccionamiento técnico de todo el elemento humano en la planta de producción, de la salud de los trabajadores manuales y de sus familias y de que pudieran disponer ellos de los útiles y comodidades caseros, cuyo empleo fue fomentándose progresivamente.

Aunque de la figura de la burguesía pintada por Marx y Engels quedan notorios rezagos, sobre todo en países de industrialización incipiente, se hace ya difícil hallar a empresarios que inicuamente exploten a los trabajadores y sólo piensen en chuparles trabajo hasta la última gota de su sangre, como Marx decía; si bien tal situación en parte es también consecuencia del temor a huelgas, sabotajes u otras represalias, a la par que a una más adecuada legislación de protección social. Contribuye hoy asimismo a desvirtuar aquella figura del capitalista codicioso, rapaz y ávido de explotación, el que en gran número de casos no pertenezcan ya las empresas a un solo propietario, sino a muchos o a numerosísimos, en forma de accionistas de las sociedades, que son reemplazados en la función administrativa por la categoría especial de los gerentes, jefes de estudios, de inves-

(*) Sombart 182/3, 187, 208, 287, 335.

tigación, de producción y funcionarios intermedios, todos ellos convertidos ya en una clase directiva muy importante (*). Es así como en muchas partes ha desaparecido, o bien se encuentra en rápido proceso de desaparición, el tipo de burgués capitalista descrito por el comunismo novecentista.

Aun más; es hoy lo frecuente que el globo de las utilidades de las empresas no sean extraídas de ellas, sino reinvertidas sucesivamente en las mismas, aumentando con ello la acumulación capitalista, pero propendiendo a la vez al desarrollo y perfeccionamiento de las industrias y no propiamente en perjuicio, sino muchas veces aun en ventaja, de la clase trabajadora (**).

Hay algo más aún. Si el capitalismo pudo resistir el vigoroso embate de la presión social estimulada por el marxismo, una vez que se constituyó éste en potencia internacional, y hasta pudo renacer en poderío, y aun con mayor fuerza, de las hecatombes bélicas, lo fue, en parte, por haber logrado efectuar substanciales reajustes en sus esquemas sociales y haber hecho frente, de tal modo, a sus propias internas contradicciones. Pero lo insólito estuvo en que aquel proceso fue siendo facilitado a la vez por los descalabros ideológicos y políticos en que el sector socialista iba cayendo, como en anteriores páginas hemos mencionado, pero más adelante veremos mejor. El mundo capitalista fue enriqueciendo el arsenal de sus armas de propaganda anticomunista, mientras hasta en el mundo intelectual del Occidente debilitábanse a la vez las esperanzas, fuera en un cercano triunfo del socialismo en el resto del mundo, fuera en que, de lograrse éste, trajera él mayor justicia a los hombres o pudiera imponer la paz en el mundo.

Todo esto tuvo importantes repercusiones. Hoy se ve que cuando los ideólogos comunistas blanden las mismas antiguas imágenes, están jugando con fantasmas del pasado. "*La realidad de las clases laborales en la sociedad industrial avanzada* —ha dicho, por eso, Marcuse (***)— *hace del proletariado marxista un*

(*) Mallet 35, 40/2.
(**) Mallet 13, 21.
(***) Marcuse: One dimensional man, 189, Masset, 86.

concepto mitológico; la realidad del socialismo de hoy convierte la idea marxista en un sueño". Algo similar ha dicho también Djilas, el comunista disidente yugoslavo (*).

Como más adelante también veremos, en las sociedades industriales avanzadas europeas, los partidos comunistas han tenido que variar gran parte de su temario y su estrategia, renunciando a muchos de sus principios, aunque no siempre lo declaran abiertamente.

Al marxismo más beligerante le queda el campo de los países pre—industriales, o de organización semi—feudal (**). Pero son ellos, precisamente, aquellos en que no pensaba Marx que el comunismo pudiera establecerse, cosa que, como sabemos, tenía él como posible sólo en las sociedades plenamente industrializadas. Más adelante tendremos que volver sobre esto. Dirijamos antes una ojeada a las vicisitudes del comunismo en los propios países comunistas y en otras partes del mundo.

d) El comunismo soviético.

En el Primer Libro de estas Reflexiones quedó expuesto sucintamente lo que en Rusia ocurrió al producirse la revolución socialista.

En buena cuenta, si fue el capitalismo liquidado allí, por cuanto se logró la supresión de la propiedad y de la riqueza privadas, toda la organización económica y financiera quedó reemplazada por un gran capitalismo de Estado (***). Como complemento, desde muy temprano —aun en época de Lenin, con la introducción de la Nueva Política Económica— se adoptaron muchos estímulos e incentivos equivalentes a los ofrecidos al trabajador de los centros capitalistas; se recurrió a una vigorosa presión en la exigencia de altos rendimientos de trabajo, llevada hasta la coerción, y, como hemos visto, a un sometimiento de las masas, durante largo tiempo, a enormes sacrificios y represiones de diverso orden. Es decir, a algo en cierto modo semejante a una nueva forma de esclavitud; aunque sea también

(*) Djilas 19
(**) Faure, 127/8.
(***) Fromm: Marx 9.

justo reconocer que tal etapa ha sido o va siendo ya superada. Pero podríamos reflexionar algo más acerca de esto, sin prejuzgar. Tampoco en este caso nos sintamos inundados de sacrosanta pasión al enjuiciar las cosas, como es tan usual. Observemos, en cambio. Y para ello sería útil, por ejemplo, que nos preguntáramos: ¿Qué es lo que, en efecto, ocurrió, y por qué ocurrió así, con el socialismo en Rusia? ¿Es que tanto había errado la teoría, tenida por científica, del materialismo dialéctico?

Quizás no fue así necesariamente. Quizás no fue la teoría lo que erró. En realidad, el principio dialéctico, bien entendido, es esencialmente elástico y no rígido. Es por eso que puede tantas veces descubrirse que la realidad histórica pareciera ceñirse a él. Pero, en correspondencia con tal principio, las políticas en él basadas, los sistemas económicos que en él pretendan inspirarse, tienen que hallarse preparados para ir adaptándose a la constante fluidez que presentan las situaciones que en las sociedades sucesivamente se van creando. *Nuestra teoría no es un dogma sino una guía para la acción*, habían dicho Marx y Engels; lo reiteró Lenin y lo repetiría Mao Tse—Tung (*). Georges Sorel sostenía que las leyes sociales y económicas no son cadenas ni armazones constrictivas, sino pautas de acción posible (**). *No hay nada en el marxismo,* —dijo asimismo Lenin— *que se parezca al sectarismo, en el sentido de una doctrina encerrada en sí misma, rígida, surgida al margen del camino real del desarrollo de la civilización mundial.* O bien: *Los comunistas de todos los países debemos obrar en todas partes y hasta el fin guiados por la convicción de la necesidad de una flexibilidad máxima en nuestra táctica. La dialéctica marxista* —dijo también él— *exige un análisis concreto de cada situación histórica particular* (***).

En realidad, Marx no fue, ni podía, ni quiso ser profeta. Ningún émulo suyo pudo tampoco serlo. Ni hay quien en estos sentidos lo logre. Ya Sorel dijo que, si bien no cabe despreocuparse por los planes relativos a la sociedad futura, *no existe procedimiento alguno para prever el porvenir de manera*

(*) Lenin: El extremismo. . . 87 (Mao, 327) (Elleinstein PCF 15)
(**) Berlin 24.
(***) Gueorguiev, 25, 86 (Lenin: El extremismo. . . 133).

científica y que los más excelsos hombres han cometido prodigiosos errores al querer adueñarse de los futuros (*). No alcanzó, pues, ninguno de ellos a anticipar los profundos y rápidos cambios, que hemos mencionado, y que habrían de producirse en las situaciones ya vigentes; en la existencia misma de aquel proletariado vilmente explotado; de una burguesía bastante cruel con éste y supremamente codiciosa; de un capitalismo que, debido a sus internas contradicciones, iría autodestruyéndose inexorablemente (**). Ni podían suponer que, a la vez que fueran modificándose sustancialmente las realidades antes prevalecientes, de tal modo se iría trastornando el mundo, que haría convertirse en falsas muchas premisas y en realidad numerosas utopías. Pero sobre todo es muy de notar que subestimaron todos ellos las posibilidades de transformación y de adaptación que encerraba la burguesía capitalista, y que no mucho tiempo después irían haciéndose notar eficazmente (***). Parece, además, que tiene razón Djilas al sostener que Marx llegó a su visión del futuro y a ciertas ideas fundamentales sobre la base de sus criterios preconcebidos (****).

Posteriores desarrollos de las sociedades han hecho ver, además, que las proposiciones marxistas sobre la revolución armada constituían una tesis extrema, pero no de aplicación ineludible, para llegar a un estado superior de las sociedades. Lenin, en cierta forma, parece haberlo comprendido así, al decir que la violencia revolucionaria era un procedimiento necesario y lógico de la lucha sólo en determinados momentos de su desarrollo; sólo ante la presencia de condiciones expresas y particulares (*****).

De otro lado, tampoco tenían Marx y sus seguidores motivos para dudar de sus bellos pronósticos de que, alcanzado el dominio político del proletariado, que consideraban inevitable, se crearía un estado carente de contradicciones, que de por sí establecería la paz entre las naciones y que conduciría, al final, a la desaparición de todo poder político y del Estado mismo.

(*) Sorel 183, 226
(**) Masset 81, 86/7, 90 (Sorel 139, 142) (Sweezy, 36) (Villey 270)
(***) Marcuse: Marxisme— 32.
(****) Djilas 125
(*****) Gueorguiev 101.

No parece dudoso, tampoco, el hecho de que jamás se le pudo haber ocurrido a Marx que, habiendo él postulado la erradicación de todo imperialismo, tanto en vía de doctrina, como en las vías de los hechos económicos, políticos o militares, unos pueblos socialistas, por el contrario, subyugarían a otros más débiles. Lenin dejó señalado que, además de una solución absolutamente libre y democrática del problema referente a la autodeterminación política de los pueblos, la democracia obrera debía exigir la abolición incondicional de todos los privilegios para todas las naciones y anticipó que "*la inteligencia y el genio humanos, jamás se convertirán en instrumentos de violencia y explotación*" (*).

Pero vino después a ocurrir lo que es tan frecuente que ocurra con las doctrinas humanas. En todos los aspectos mencionados, y en muchos otros, las realidades se mostrarían por completo diferentes. Comenzando por la misma Rusia, la lucha por el poder, después de muerto Lenin, "*devoró a las nueve décimas partes de los colaboradores de Lenin y a unos setecientos mil miembros del Partido Comunista*" (**).

Pronto se puso, pues, en evidencia que los políticos comunistas —y hay que referirse aquí principalmente a los soviéticos— fueron cometiendo diversos errores graves de apreciación y de táctica. De apreciación, porque, contrariando la doctrina dialéctica y la enseñanza marxista, se encastillaron en peligrosos dogmatismos (***). Establecidos como clásicos, como indiscutibles e intocables, los textos de Marx, Engels, y Lenin no serían ya críticamente confrontados con la realidad, como convenía hacerlo de continuo en un mundo rápidamente cambiante. Por el contrario, ejercitóse en su defensa —o, más propiamente, en la defensa de algunos de sus postulados— un espíritu de cerrada intransigencia, de intransigencia fanática. Por ejemplo, continuó utilizándose en toda circunstancia un mismo tono agresivo y vapuleante. Si bien hallábase éste de acuerdo con el empleado por Marx en varios de sus escritos, parece evidente que no siempre resultaba ya tácticamente adecuado.

(*) Shishkin 444 (Schwartzman 40).
(**) Djilas 133
(***) Djilas 87, 147.

En cuanto a la política auspiciada para el exterior, aunque siguió siendo a veces justificada por algunos (*), prosiguió sin cambios una intensa preconización del odio de clases y la violencia, encaminados al fomento de la revolución social, como únicos posibles medios para lograr la liberación del hombre (**), aun en los casos en que hacíase ver que resultaban ellos estratégicamente inconvenientes. Fueron quedando estereotipados toda suerte de epítetos insultantes y provocativos, y hasta se creó un léxico particular de calificativos con sentido cáustico muy propio (***). Todo esto llegaría a tener repercusiones contraproducentes en buena parte de las sociedades del mundo.

Es cierto que la lucha revolucionaria, fomentada por el odio de clases, constituye la base de la táctica propuesta por Marx y Engels y luego por Lenin. Este último hablaba de un *generoso odio proletario,* de un *odio comprensible y simpático,* (****), así como Jaures había mencionado un *odio creador* (*****). Pero es preciso tener en cuenta que creían ellos que la revolución comunista, una vez iniciada en un país, se extendería rápidamente y casi a la vez por todas partes (******). No parece que hubieran anticipado que tuviérase que mantener viva la llama del odio en el seno de las sociedades del mundo por tiempo indefinido, en el caso de no producirse en forma rápida la prevista propagación universal de la revolución.

De otro lado, ya nosotros hemos podido observar, en otros momentos de estas Reflexiones, que toda doctrina que invoque al odio y hasta al crimen tiene que verse forzada a aceptar como norma de justicia un sentido del todo unilateral de la justicia, lo cual fomenta las tendencias destructivas subyacentes en el espíritu humano, siempre prestos a manifestarse en formas desbocadas. Como sabemos, esta forma de extremo relativismo en el condicionamiento de las relaciones humanas, al que antes he llamado solipsismo moral, tan contrario al humanismo y a un

---

(*) Marcuse: El fin. . . 32/3.
(**) Marx—Engels—Manifiesto— 118.
(***) Ver Bochenski, 88/9, 93, 95, 97/8, 103, 255, 272.
(****) Lenin: El extremismo. . . 102.
(*****) Sorel 371
(******) Engels: Principios 154/5.

innato, aunque muchas veces olvidado, reconocimiento de los derechos que posee el hombre como miembro de la especie, ha llegado a provocar en diversas épocas la realización de una infinidad de hechos arbitrarios y hasta monstruosos. Y no era a esto, ni de lejos, a lo que aspiraba el marxismo.

Pero hay otro grave aspecto en toda esta problemática de la realización del socialismo. Es su repercusión en la propia situación interna de los países socialistas y, concretamente, en la del estado soviético.

Pues han dejado ver también los hechos que no pudo el comunismo, o, mejor dicho, la operatividad de un comunismo de tónica dogmática, resistir su confrontación con una realidad rápidamente cambiante, sin quebrarse (*). De ello hubieron de derivarse inevitables contradicciones entre la teoría y una praxis que muy a menudo tenía que volverse revisionista, aun cuando no quisiérase reconocerlo así. La rigidez con que se desenvolvía el estado soviético bajo el régimen marxista—leninista de dictadura llamada "del proletariado" lo fue alejando cada vez más de aquella dirección hacia la que, como lo habían proclamado Marx y también Lenin —es verdad que antes de producirse la revolución rusa— debían conducirse los sistemas socialistas, es decir, la de la desaparición del Estado mismo. No fue un anarquista quien expresó que el Estado es sólo una máquina para la opresión de una clase por otra y que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, podría deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado, que iría a dar al museo de antigüedades, al lado de la rueca y el hacha de bronce. Quien tal cosa predecía era Engels (**).

La situación vigente en Rusia al estallido de la revolución, era, sin embargo, muy poco propicia para constituir allí un estado socialista. Lo hemos visto antes. Georges Sorel, que alcanzó a verla, decía que Lenin, quien, en realidad, lo repudió, quería forzar la historia (***). En efecto, los doctrinarios del

---

(*) Fromm: Psicoanálisis 218/20, 230.

(**) (Marx—Engels — Manifiesto com. 102) (Engels, en Marx—Engels— Obr. escog. 267) (Marx—Miseria 159) (Sorel 176 Nota 28, 198/9) (Lenin—Ideario, 40).

(***) (Sorel 376/7) (Berlin 39)

socialismo preveían la implantación de éste en países muy industrializados; en que el proletariado constituyera una mayoría. ¿Cómo podía pretenderse, entonces, establecer una dictadura del proletariado donde tan exiguo es el número de proletarios? Si así se hace, tienen que gobernar una vez más en la historia, los pocos sobre los muchos. Así tuvo que ocurrir en Rusia. Y, mientras se creaba y expandía la industria y crecía la masa proletaria, en lo que se desplegaron durante varios sucesivos quinquenios, esfuerzos verdaderamente heroicos, hubo que acudirse a la concentración del poder en pocas manos, al ejercicio de un gobierno autocrático y a la constitución, para ejercerlo en país tan extenso, de un estado altamente burocratizado y policíaco. Tal aparato estatal fue desarrollándose rápidamente, hasta alcanzar su enorme grado de expansión, lindante con la hipertrofía (*). Se ha hablado de que existe allí una oligarquía (**), una especie de casta sacerdotal, que no sólo es un cuerpo burocrático, sino que detenta y se considera única intérprete de la Vulgata marxista. Lo cual quiere decir que una nueva capa social, mas no de proletarios, se apoderó del Estado y se convirtió en el Estado. Y el cuerpo de funcionarios que lo componen —dice Martinet (***)— actúa como si fuera el propietario de los medios de producción. Es el caso que el burocratismo no sólo niega ya, de hecho, la existencia de una sociedad sin clases y de hombres desalienados, como pretendía Marx que se alcanzara, sino, como es sabido, es el burócrata, por propia naturaleza, un hombre bastante desinteresado de aquel trabajo impersonal y abstracto que realiza, al cual no le puede poner el sello de su propia personalidad. Esto le da ocasión a un íntimo resentimiento, a una alienacion, que tiende a generalizarse entre los grupos humanos, a modo de *septicemia moral*, según se ha hecho notar (****).

Pero hay más. Los nuevos desarrollos de las ciencias y de la técnica fueron conduciendo a que hiciera su aparición una clase adicional, como es la de los científicos y tecnócratas, de quienes

---

(*) (Plebe, 161) (Ruyer 66) (Djilas 10, 231)
(**) (Djilas 137)
(***) Martinet 72
(****) Marcel 28/9

se han hecho conocidas las fuertes presiones que ejercen en la sociedad soviética, exigiendo consistentes mejoras salariales y en el nivel de vida; no obstante disfrutar ya ellos de condiciones muy superiores a las de las mayorías (*). Son varias clases, así, las que unas a otras van superponiéndose.

La intransigencia con que se protegen y defienden ciertos postulados de la doctrina frente a las decepciones que las realidades ocasionan, hace necesario mantener, de otro lado, aquel régimen represivo, en que muchas de las libertades o de los derechos individuales son conculcados. De todo esto fueron derivándose, desde un comienzo, "*la ausencia de toda libertad de expresión y de organización; la censura de la edición y de la prensa; la ignorancia respecto de las publicaciones extranjeras*". Y, como también señala Martinet, "*aquellos a quienes se prohíbe decir lo que piensan, terminan por no pensar en lo que hubieran podido decir*". La nueva clase burocrática y dominadora que se ha creado actúa, entonces, de modo similar a como antes actuaban los capitalistas, que concedían a los trabajadores pocas informaciones y mucha religión. En este caso, sigue diciendo Martinet, la palabra religión debe ser reemplazada por ideología (**). Prisiones aisladas en medio de la inmensa Siberia cobijan, así, cientos y cientos de prisioneros políticos, sólo a causa de sus ideas no ortodoxas. El novelista ruso Solzhenitsyn, ganador de un Premio Nobel de Literatura, ha hecho famoso uno de tales lugares, al que denomina el Archipiélago Gulag. En otros casos, los disidentes connotados son aislados, internándoseles en hospitales psiquiátricos en que se les trata como enfermos mentales, imitando una antigua práctica, que se dice haber sido inventada en el régimen napoleónico (***).

Todo lo cual hace ver, entonces, cómo en su propio seno llegó a hacerse cierto y a encontrar muy equivalente aplicación en Rusia aquel aforismo comunista que afirma que las clases dominantes siempre creyeron ser justo lo que era útil para sus intereses económicos y políticos e injusto lo que a estos les era

(*) (Ferrero—Ideología 43)
(**) (Martinet 64/7, 73/4, 81) (Djilas 235/6).
(***) (Elleinstein: L'Occident. Id. P.C.F. 13/4).

nocivo (*). En una sociedad sin clases, como la que aspiraba a alcanzar el comunismo, no hubiera podido tener ésto validez.

Todos estos fenómenos constituyen sólo manifestaciones de cierto principio, que pareciera regirlos de modo muy peculiar. Y es que, así como los hombres, en su comportamiento, destrozan toda lógica, y a veces hasta escapan a la previsión psicológica, también las sociedades, en su desarrollo, van destrozando toda presunta ley de la historia. Y todo pronóstico.

En el caso de la implantación del comunismo, parece haber ocurrido además algo que encuentra cierta curiosa explicación, Tuvo Marx razón, sin duda, cuando sostuvo que el hombre y sus sociedades se encontraban todavía en su edad prehistórica, la cual sería sólo superada en una sociedad socialista. Para poder llegar a ella, señaló él el camino de la lucha, el odio y la violencia. No pensó que éstos constituyen estímulos que también pueden considerarse como de orden prehistórico. El resultado fue, por eso, que llegaran a instituirse unos Socialismos prehistóricos, que se sustentan en el dogmatismo, el despotismo y en el ejercicio de la violencia imperialista.

Hasta en medio de la opresión es frecuente, sin embargo, que el hombre encuentre el modo de dar expresión a sus protestas, cuando se siente demasiado encadenado o asiste a la perpetración de abusos. Y así hubo de ocurrir también en este caso. A consecuencia de las contradicciones, y no sólo por influencias contrarevolucionarias, comenzaron a elevarse, aun en el seno de la propia Rusia, censuras drásticas. No pudieron ellas hacerse escuchar durante el régimen de Stalin, pues este gobernante se había erigido como el típico representante de una organización estatal autocrática, en que reinaba él en medio de un bien organizado régimen de represión policíaca. Pero no mucho tiempo después de su muerte, ocurrida en 1953, Kruschev, Secretario General del Partido Comunista Soviético, leyó un informe secreto ante el XX Congreso del Partido que se realizó en febrero de 1956, en el cual denunció los crímenes y actos de terror cometidos durante todo aquel régimen staliniano y el culto a la personalidad que habíasele a su jefe tributado. A

(*) (Shishkin, 396).

tales anomalías y a la *perturbación mental* de que se adujo había padecido tan conspicuo personaje, habíanse debido, decíase, los males sufridos por el pueblo ruso durante años y años (*). Esto venía a confirmar, en realidad, el pronóstico de G. Le Bon, cuando afirmaba estar persuadido de que las masas socialistas acabarían siempre en manos de un César (**). El informe de Kruschev, por secreto que fuera, pronto se hizo conocido también en el exterior al ser publicado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos y causó un tremendo impacto hasta en los partidos comunistas de otros países. "*La vida democrática soviética* —reconocía por entonces Palmiro Togliatti, Secretario del Partido Comunista Italiano— *ha estado limitada, en parte sofocada, por la imposición de métodos de dirección burocrática y autoritaria y de violaciones de la legalidad en el régimen.*" "*La causa de todo* —decía también— *se hallaría en el culto de la personalidad, en el culto de una persona que tenía determinados y graves defectos, carecía de modestia, tendía al poder personal y a la vez erraba por incompetencia; no era leal en las relaciones con los otros dirigentes, poseía manía de grandeza y un excesivo amor a sí mismo, era sospechoso en extremo . . . y aun sucumbía a una forma evidente de manía de persecución*". Todo esto había traído como consecuencia que la sociedad soviética incurriera en un alejamiento de la vida democrática y de legalidad que había querido trazarse, e incluso en la degeneración (***).

Como en tantos otros casos ocurre, sin embargo, el pueblo y los dirigentes soviéticos habían respaldado durante muchísimos años toda aquella actuación de Stalin, a quien, desde su país y también desde el extranjero, se le deificaba con los epítetos más desmesurados (****).

A consecuencia del sentido mesiánico que creyó Rusia tener que adoptar, como legataria de la doctrina creada por Marx y Engels y tratado de llevar a la práctica por Lenin, asimismo en sus relaciones internacionales tuvo repercusiones muy extrañas el

---

(*) (Falcionelli, 592/3) (Ulam 245)
(**) (Sorel 193)
(***) (Valli, 151/3) (Novak 118)
(****) (Valli 145/8) (Hollander 56, Nota)

comportamiento de las jerarquías soviéticas. Hicieron imperar ellas un propósito de dominio hegemónico sobre los demás partidos comunistas, especialmente sobre los de los países vecinos, en que podían hacer valer, aparte de su influencia ideológica, el peso del enorme poder militar que, mientras tanto, se había Rusia creado.

Difícil se hace comprender en este caso, sin embargo, la razón ideológica que podría sustentar tal tipo de sojuzgamiento, si nos atenemos a los textos de los teóricos marxistas. Por lo menos, hasta donde se me hace a mí posible descubrir, no llego a hallar nada en el pensamiento de Marx o de Engels, o aun de Lenin, que pudiera justificar los actos de atropello que han sido cometidos innumerables veces por la Unión Soviética en perjuicio de sus vecinos.

Característica ostensible en todo pensamiento distorsionado por el fanatismo siempre ha sido la alteración manifiesta de los hechos reales, que son falseados groseramente. A quienes no se hallan sometidos a similar alienación tal cosa les parece escandalosa o cínica. No así al fanatizado. Aun sin ejercitar hipocresía alguna, éste juzga tales falsedades como plausibles, justificadas o lógicas. Es así como la historia escrita va resultando víctima de tantas tergiversaciones, que en ciertos medios reciben luego consagración como realidades auténticamente ocurridas. Sólo sería menester releer un poco los discursos de Hitler o los de otro cualquier alucinado o maniático, y compararlos con hechos que al fin se hicieron bien conocidos. Tampoco se apartan de un tal fenómeno el comunismo, en general, y el soviético, en particular. También ellos extienden, cuando así creen convenirles, noticias falsas. Estos casos son frecuentísimos, pero bastará dar aquí solo unos pocos ejemplos. Como lo ha señalado Gilles Martinet (*) "cuando muchos millones de ciudadanos soviéticos (y entre ellos cientos de miles de miembros del partido comunista) se encontraban encerrados en campos de concentración, Stalin declaraba tranquilamente: *La función de la represión en el interior del país se ha vuelto superflua, ha desaparecido, porque la explotación ha sido suprimida, los explotadores ya no existen y no hay más a quien reprimir*". Afirman hasta ahora los rusos, en documentos oficiales —ya que en los países socializados toda publicación debe considerarse oficial— que fue su entrada en guerra contra el

(*) Martinet 7

Japón en 1945 la que determinó la derrota de este país (*). Aseveraciones de esta naturaleza, clamorosamente inexactas, son prodigadas al pueblo y a las juventudes soviéticas. Bien notorio es, en cambio, que ya el Japón estaba destrozado y a punto de rendirse cuando, a último momento, Rusia le declaró la guerra. Habían sido recuperadas sucesivamente, tras combates severísimos, muchísimas islas del Pacífico y una gran parte del territorio asiático antes ocupados por el Japón; la escuadra japonesa se encontraba desbaratada e impotente y la primera bomba atómica había destruido Hiroshima. El Japón se rindió a los Estados Unidos, luego de una feroz contienda que duró más de tres años y medio, y sólo una semana antes se produjo la declaratoria de guerra rusa, que se valió de esto para apoderarse de modo permanente de las islas Kuriles, segregándolas del territorio japonés. Cuando el Japón reclama la devolución de estas islas, objetan hasta hoy los soviéticos que se trata de pretensiones infundadas e ilegítimas (**).

Existe una evidente distorsión de los hechos cuando el Partido Comunista Italiano declara, a su vez, como lo hacía no hace muchos años, que la liberación de Italia del fascismo y de la ocupación extranjera fueron debidos a un gran movimiento nacional y popular (***). Como si estuviera demás todo cuanto señalan los hechos históricos.

La afirmación de que el Pacto del Atlántico celebrado por los Estados Unidos y los países occidentales europeos fue inspirado por propósitos belicistas (****), tesis tan del agrado soviético, se encuentra asimismo alejada de la verdad histórica, pues constituyó él la reacción occidental a un creciente armamentismo soviético.

Las declaraciones referentes a la buena fe, al espíritu pacifista, al deseo de cooperación con los países pobres, por parte de la Unión Soviética; a las grandes libertades de que gozan sus ciudadanos; a su respeto a la soberanía de todos los países; a la no ingerencia en los asuntos internos de otros y el no empleo de la fuerza, y a constituir ella nada menos que el baluarte y el abanderado de la paz y del desarme general y completo, son

---

(*) Gueorguiev 75, 85
(**) Brezhnev, 29
(***) Valli 157
(****) Marchais, 217, 221.

numerosísimas y reiterativas, tanto por parte de sus dirigentes, como de los jefes comunistas de otros partidos europeos (*). Sostienen, así, los comunistas que *"la naturaleza del imperialismo hace que cada cual quiera obtener ventajas a expensas de los otros e imponerles su voluntad"*; (**) lo cual es cierto. Pero cuando son ellos los que atropellan la soberanía de otras naciones no lo juzgan como imperialismo sino afirman estar ayudando a pueblos que combaten por su libertad (***), o bien que es la obra del proletariado —aun cuando no lo exista— que utiliza la coerción en el proceso transformador de las revoluciones democrático—burguesas en socialistas (****).

Declaraciones como las anotadas constituyen sólo unos pocos entre los casos contradichos por abrumadoras pruebas que muy bien conoce el mundo. ¿Es que los hechos sucedidos pueden quedar revocados por medio de rasgos estruendosos y reiterados de retórica, como pretendía Hitler? O, antes bien, una política de distorsión de los hechos, ¿no le quita credibilidad a las aseveraciones emanadas de las autoridades de un movimiento? Salvo, desde luego, a sus alienados secuaces.

Naturalmente, no son ni los rusos ni los comunistas, en general, los amos exclusivos de la hipocresía y la mentira. Argumentos como los arriba señalados no son muy diferentes de los que empleaban los Estados Unidos cuando querían justificar su intervención armada en Vietnam.

Lo cierto es que de tal modo hízose diferente cuanto ocurría tanto en la Rusia Soviética como asimismo en otros países comunistas a ella vinculados, de lo que sus propios teóricos habían señalado, que las voces de quienes apreciaban con mayor claridad la situación llegaron a hacerse notorias (*****). Si no podían del todo elevarse de la propia Rusia, que, no obstante los reproches al régimen staliniano, continuó ejerciendo sobre sus súbditos su tradicional despotismo, se hicieron ellos oír desde diversos lados. Nada menos que un alto dirigente comunista francés, el historiador Elleinstein, dice, por ejemplo: *"El desarrollo de la situación en la Unión Soviética, la intervención en Checoslovaquia, los campos de prisioneros, el internamiento en clínicas psiquiátricas, las medidas contra judíos y cristianos,*

(*) (Brezhnev 14, 15, 30/3, 115, 116) (Id. Discurso 41, 47) (Valli 163, 247) (Marchais, 158)
(**) Brezhnev: Informe, 37)
(***) Id. 17
(****) Gueorguiev 123.
(*****) Novak 118

las dificultades agrícolas y económicas, han afectado la imagen de la Unión Soviética en la Francia actual y esto constituye una dificultad objetiva para el Partido Comunista Francés". Muchísimos miembros del mismo, sobre todo intelectuales, se borraron de sus filas en tales circunstancias (*).

Ya el mencionado Palmiro Togliatti había dicho que la situación en Rusia, además del dogmatismo, se había traducido en una restricción de la capacidad creativa, en el esquematismo, el rechazo a pensar o hacer cualquier cosa nueva, la adoración de fórmulas escolásticas y la adopción de una fraseología artificiosa o de cliśe (**).

Hasta fue haciéndose frecuente escuchar, como lo dicen Marcuse y otros, que lo establecido en Rusia y los países a ella allegados no es propiamente socialismo, o bien que éste se encuentra en ellos deformado o degenerado; que el Estado Soviético ejerce funciones políticas y gubernamentales contra el proletariado mismo; que la nacionalización o abolición de la propiedad privada de los medios de producción no constituyen por sí mismas una distinción fundamental con el capitalismo, mientras que la producción se encuentre centralizada y dirigida sólo desde lo alto; que las naciones, los estratos sociales y las gentes que hoy viven bajo el comunismo, ya no pueden adherirse sin crítica a las doctrinas marxistas (***). Hay quien afirma, también que sostener que en Rusia reina el marxismo es insultar a Marx (****).

Erich Fromm piensa que la destrucción del socialismo empezó ya con Lenin, y propicia, por eso, *una socialización de los partidos socialistas* (*****). El científico francés Jacques Monod llega a opinar que al gran sueño del socialismo, que vive en las almas jóvenes con una intensidad dolorosa, sólo le queda, debido a las traiciones que ha sufrido y los crímenes que en su nombre han sido cometidos, la esperanza, no de una revisión de la ideología que lo domina, sino de un abandono total de esa ideología (******).

Ha afirmado también Elleinstein, el mencionado dirigente comunista francés, que si el socialismo en Francia tuviera que ser

---

(*) (Elleinstein PCP/39, 113, 118)
(**) (Valli 170)
(***) (Marcuse: El fin. . .75; Marxismo. . . 138) (Masset 83) (Revel 22/3) (Novak 118, 120) (Santiago Carrillo en Valli, 125/6) (Palmiro Togliatti, en Valli, 156) (George Marchais, en Valli, 227) Elleinstein 34, 36) (Claudin 71) (Djilas 17, 46, 127).
(****) (Edgar Morin, en Chabanis, 106).
(*****) (Fromm: Psicoanálisis. . . 220, 270; ¿Podrá. . .? 91, 95) (Revel, 96/7).
(******) Manod: 142/3.

aquello que ha sido durante muchos años y lo es aún en la Unión Soviética, no habría muchos comunistas franceses que lo desearan para su país. Y Berlinguer, Secretario General del Partido Comunista Italiano, considera que la Unión Soviética actual, así como todo su *campo*, constituyen un factor que no favorece el éxito de la democracia y del socialismo en el Occidente (*).

Y no son sólo extranjeros los que en tales sentidos se expresan. El ruso disidente Amalrik sostiene, esperanzado, que en la propia Rusia se ha ido formando algo así como una ideología del reformismo, basada en la convicción de que, gracias a un cambio progresivo, a reformas parciales y a la sustitución de la vieja *élite* burocrática por una nueva más inteligente y sabia, se producirá una especie de *humanización del socialismo* (**), mientras que Sajarov prevé la convergencia entre un socialismo que se vaya democratizando y un capitalismo que se está socializando (***).

Lo que sí se ha hecho evidente en Rusia es que las diferencias de clases cambiaron de tónica o de grado, pero no desaparecieron. Es decir, tampoco puede hablarse, ni en los propios países socialistas, de una sociedad sin clases ni, por cierto, de hombres desalienados.

De lo que, en cambio, no puede dudarse es de los grandes esfuerzos dedicados a la mejoría de la vivienda, pero, sobre todo, de la salud y de la educación, en que sí han sido obtenidos logros impresionantes. Con esto parece haberse alcanzado un alto nivel de desalienación en la gran masa de la población, en cuanto al espíritu de sordidez que domina en gran parte de los países más desarrollados. Lo cual, ya de por sí, constituye un factor positivo de la más alta importancia.

Con el juicio escuetamente esbozado acerca de algunas fases del desenvolvimiento del comunismo soviético, se ha hecho referencia sólo a una parte —si bien la más importante— del movimiento socialista mundial. Pero éste fue y sigue siendo muy vigoroso, y no podemos agotar nuestro examen, por sucinto que sea, sin referirnos a lo que en otros lugares del mundo ocurría a la vez con un movimiento tan trascendente.

(*) (Valli 74, 117)
(**) (Amalrik, 44)
(***) (Novak 119)

e) El comunismo chino.

Como nunca deja de ocurrir entre los hombres; como hasta el mismo Mao Tse—tung lo reconocía en la China (*), las teorías que sobre el comportamiento social humano se erigen, los planes que a base de ellas se formulan, se ven muy pronto contradichos o modificados en su realización. A veces, de un modo tan drástico, que parece asombroso; aun cuando lo frecuente es también que los ejecutores de los programas no logren apreciar lo mucho que se han alejado de sus originales fuentes. Quienes se desvían de su cauce son acusados violentamente por los otros de apostasía, claudicación o traición. Lo real es, sin embargo, que unos y otros se han ido desviando, en varios sentidos, de los principios básicos. Se produce entonces la disociación de rumbos y la conflagración de pareceres entre diversos seguidores de unas mismas causas. Esto se ha visto probado históricamente numerosas veces.

El dominio del revolucionario comunista Mao Tse—tung pudo llegar a su cúspide en la China en 1950, luego de una persistente, prolongada y valiente lucha política y militar, rayana muchas veces en lo épico. Desplegóse para ello, sobre todo más tarde, pero prolongada hasta mucho después, una propaganda intensa, persistente, repetitiva, agobiadora (**).

El fundamento del pensamiento teórico de Mao estaba del todo ceñido a la realidad de su país. Si en la China, sostenía él, prácticamente no existe el proletariado, no puede pensarse en una revolución de éste por el socialismo. Pero en aquella inmensa nación la mayoría de la población, hasta en un 90o/o, está constituida por la masa campesina, siempre miserable, siempre explotada (***). Era en ella, por lo tanto, en que debía basarse la fuerza revolucionaria. Fue tal cosa, junto con su espíritu independiente, lo que precisamente le valió a Mao, al principio, la animadversión del partido comunista soviético y luego, en forma ya permanente, la del gobierno de Moscú. Con ambos llegó a una plena ruptura.

Luego que pudo Mao alcanzar el dominio armado sobre el extenso territorio de la China, pudo poner en práctica métodos

---

(*) (Paloczi 148/9)
(**) (Chandra—Sekhar, 25) (Valli 169) (Peyrefitte 134/6).
(***) (Peyrefitte 7, 11, Nota, 172, 344).

acaso típicamente chinos. Desbaratadas y arrojadas del territorio las fuerzas del Kuomintang y refugiado Chiang Kai—Shek y sus seguidores en la isla de Formosa, el endiosamiento de Mao fue alcanzando el más alto grado. Periodistas, políticos y poetas le elevaban inciensos y dedicábanle ditirambos que, según se ha dicho, llegaron a adoptar formas monstruosas e hiperbólicas (*). Mientras tanto, se estableció en el gran país una rígida política represiva contra aquellos que no se sometían del todo al sistema e ideología comunistas. Nada menos que uno o dos millones de personas fueron ejecutadas como contrarevolucionarias (**). Se hizo evidente, sin embargo, que, aun así, la resistencia era grande en numerosos e importantes sectores, aunque sólo se manifestaba de modo silencioso. Mao entonces habló. Era 1956.

Dejad que florezcan cien flores —dijo—, *dejad que cien escuelas del pensamiento compitan entre sí* (***).

Los problemas de carácter ideológico y los problemas de controversia en el seno del pueblo —diría poco tiempo después— *pueden resolverse únicamente por métodos democráticos, por medio de la discusión, la crítica, la persuasión y educación y no por métodos coactivos y represivos* (****). También había sido suya esta reflexión: *Es perjudicial al desarrollo del arte y de la ciencia recurrir a medidas administrativas para imponer un particular estilo de arte o escuela de pensamiento y prohibir otro* (*****).

Para el sentido de comprensión chino, lo que Mao quería con ello decir era que había que introducir la tolerancia, abrir el debate sobre los males del Partido, escuchar pacientemente quejas y denuncias. Ello significaba, entonces, que debíase alentar la crítica (******).

Y la crítica sobrevino. Comenzó el periodo llamado de las *Cien Flores*, fomentado por los periódicos, que llenáronse de artículos, firmados por altos jefes partidarios, en que se denun-

---

(*) (Paloczi 14/6)
(**) (Paloczi, 222, 224)
(***) (Paloczi 260)
(****) (Mao 55, 57, 161/2)
(*****) (Mao, 323).
(******) (Peyrefitte 421)

ciaban los errores que debían ser rectificados, los métodos terroristas, inhumanos o desastrosos que habíanse seguido. Todos a una, intelectuales, maestros, funcionarios, estudiantes, se dedicaron a emitir sus opiniones, sin reticencias y en voz alta. Hasta las palabras de Mao fueron sometidas a debate. Se atacaba frenéticamente el despotismo burocrático, pedíase la búsqueda de un auténtico socialismo. Pero a través de estas confesiones llegó a revelarse que Mao y su Partido no eran queridos por el pueblo. En todos los estratos, desde todas las jerarquías, por todo el mundo se veían ellos atacados. *El Presidente Mao es un hombre muy astuto y sagaz, mucho más despiadado que ningún otro gobernante de nuestra historia*, se atrevió a decir el ministro Lo Lung—chi, en una reunión pública (*).

Esto era ya demasiado. Las libertades habíanse excedido. Hubo de comenzar entonces la represión. Y se efectuó ella en la más alta escala.

Sosteniéndose que los ataques contra Mao y el Partido habían sido instigados y dirigidos por puñados de elementos capitalistas y burgueses corrompidos, la justicia revolucionaria puso en movimiento todo el aparato de la policía para aplastar a los disidentes que, en realidad, ni eran capitalistas ni percibían ingresos que no fueran producto de su propio esfuerzo. Millones de personas fueron entonces enviadas a campos de trabajo. Decenas de millares de habitantes fueron ejecutados. Otros millones quedaron sometidos a vigilancia pública, en calidad de derechistas (**). Volvió a regir la advertencia de Mao de que *quien quiera que se oponga al comunismo debe prepararse a ser aplastado* (***). La orden perentoria, la coerción y la violencia fueron nuevamente instauradas y extendidas progresivamente, como método de trabajo educativo, hacia los intelectuales, dando cabida hasta a cruentas venganzas (****). Serias depuraciones se produjeron en los más altos rangos políticos, cayendo, en alta proporción, las principales autoridades (*****).

Con muchos cientos de miles de víctimas quedó pronto zanjado así el episodio chino llamado de las *Cien Flores.*

(*) (Paloczi, 260/5, 271 y sgts., 277 y sgts. 287 y sgts.) (Taylor, 259) (Peyrefitte 262/3).
(**) (Paloczi, 295) (Gueorguiev 153, 157, 208) (Martinet 138/9).
(***) (North, 187)
(****) (Gueorguiev 125, 149)
(*****) (Martinet, 148)

Otro fenómeno se produjo posteriormente. El sentido revolucionario de Mao se manifestaba en grandes golpes intermitentes. "Se asemeja a un incendio forestal —dicen los chinos—. A veces, parece que no avanza, se diría que ha perdido su fuerza, y es que está tomando impulso; de pronto, brota impetuosamente, como si estallara. Esta vez, el fuego ha abarcado de un solo golpe el bosque entero" (*).

La China comunista se dedicó a censurar y denigrar severamente toda la cultura, las creaciones y logros del Occidente, muy en particular a partir de una sonada Revolución Cultural, iniciada en 1966.

La China, en efecto, de alto y milenario pasado cultural, sujeta a humillaciones incalificables y a corrupciones por los países occidentales, sobre todo en el curso del siglo XIX, pero también en el XX, se levantó luego orgullosa, llevando a la culminación su xenofobia y considerando ser ella, como desde los más remotos tiempos había sostenido serlo (**), el centro del mundo y de toda la civilización humana. O bien —se decía, después de la Revolución— el centro de la historia se encontraba antes en el Occidente, pero se ha desplazado a la China, nuevamente convertida en un gran centro económico, político y cultural (***).

El rechazo de todo lo extranjero llevó también al de la ciencia extranjera, de las noticias del exterior, de la literatura y hasta al de las que en el resto del mundo se consideran obras maestras de las artes y las letras. No fue esto del todo diferente, en verdad, de lo que había ocurrido en Rusia en los primeros años que siguieron a la Revolución, en que igualmente se condenó toda la literatura burguesa y también la ciencia (****). Constituyó, en realidad, la Revolución Cultural China, en medio de sus grandes medios de propaganda, sus fanfarrias, sus eslóganes, sus enormes cartelones con ideogramas pintados, los estrépitos de sus tambores y gongos, una verdadera cruzada, llena de excesos y actos vandálicos, contra la cultura mundial

---

(*) (Peyrefitte 43)
(**) (Peyrefitte 313)
(***) (North 12, 174) (Chandrasekhar, 11) (Taylor 119) (Paloczi 26) (Peyrefitte, 314/5, 316 y sgts., 323, 325) (Gueorguiev 296).
(****) (Stoddard 166/7).

(*). Beethoven y Mozart fueron declarados *reaccionarios* y Schubert *pequeño burgués*. Por considerarlos entretenimientos burgueses, destruyéronse los juegos de ajedrez (**). Aun más. Hasta la propia cultura antigua china, la tradicional exaltación de la cultura misma por el confucianismo, las doctrinas milenarias de Confucio, fueron vilipendiadas. Censurábasele a Confucio, además de no haber sabido labrar un campo ni cultivar hortalizas, su prédica de la *benevolencia* que había dado motivo al adormecimiento del pueblo campesino y a su aceptación, durante milenios, de la explotación feudalista (***). Quemáronse, por eso, cientos de miles de volúmenes de viejas ediciones y de bibliotecas familiares (****). Hízose retornar a su país a los estudiantes e investigadores chinos que se encontraban siguiendo cursos en el extranjero; mientras se rogó abandonar la China a profesores y estudiantes extranjeros que allí se hallaban (*****). En escuelas y universidades fueron suprimidos como inútiles cursos tales como la Economía, la Política, Historia, Sociología, Antropología, Pedagogía y otros; así como las obras de autores extranjeros no comunistas, que en los demás países se consideran básicos; limitáronse los estudios a cursos de economía marxista, historia del comunismo y afines. Y, por encima de todo, al pensamiento y la doctrina de Mao Tse—tung. Sosteniendo que habíanse introducido todo tipo de puntos de vista reaccionarios en las obras literarias y artísticas, en las teorías de las ciencias naturales, así como en otros campos, la Revolución Cultural estaba destinada a acabar totalmente con la dominación de los intelectuales burgueses sobre los centros docentes; con su infiltración en los campos académicos (******). Sólo tenían acceso a una educación superior quienes tenían condición de proletarios y no se habían contaminado por el paso a través de una Universidad anterior a 1966. Juzgábase que no era suficiente ser un buen físico o geólogo, si no se era a la vez un buen maoísta. Los directores de escuelas y universidades ni siquiera necesitaban ser técnicos o científicos, bastando con que fueran veteranos revo-

---

(*) (Gueorguiev 259 y sgts.)
(**) (Peyrefitte 113, 120, 390/1).
(***) (Peyrefitte 125 y Nota)
(****) (Gueorguiev, 288)
(*****) (Peyrefitte 204)
(******) (Partido Comunista de China, 285).

lucionarios o prominentes comunistas. Es decir, más importante era ser rojo que ser experto, aun en el campo de la ciencia (*).

Todo esto llevó más lejos. Llevó a sostener la inutilidad de la cultura en sí. Si en algún momento (1939) Mao había dicho que sin la participación de los intelectuales la revolución no podría conseguir la victoria (**), unos años más tarde consideró necesario liquidar toda la propia cultura precedente y la herencia científica, como explotadoras, acusándolas de atrofiar el talento del pueblo. Organizáronse ataques contra los intelectuales, las figuras del arte, los representantes de las humanidades. Vejóse a los profesores, cerráronse las escuelas; llenáronse las prisiones y los campos de reeducación; los estudiantes salieron a sembrar el terrorismo por doquier, cometiendo tropelías contra quienquiera fuera acusado de ser enemigo del Presidente Mao; los hijos denunciaban a sus padres, pidiendo la muerte para ellos. Destrozáronse tesoros y preciosas joyas de los Museos, monumentos a intelectuales, librerías, tiendas de obras artísticas de la cultura universal. Por muchos meses quedaron cerradas escuelas y universidades. Condenóse todo intercambio cultural, no en forma muy diferente de cuanto durante muchos años se había cumplido en la Unión Soviética, sosteniéndose siempre que aquél contribuía a una infiltración de la ideología burguesa.

A lo que se tendía, y mayoritariamente se consiguió, era a infundir una fe ilimitada, un entusiasmo y fervor casi religiosos en sí mismos, en sus dirigentes y, sobre todo, en la persona, los hechos y las palabras de Mao Tse—tung.

Con todo ello y con la tremenda presión social del ambiente y otros diversos estímulos psicológicos, se pudo lograr el saneamiento del clima moral de la sociedad, dice Peyrefitte. Y, además, como en cierto modo también en Rusia, se inculcó en los ciudadanos una mística del desinterés y de aversión al dinero.

Tal fue el sentido mismo de la renombrada Revolución Cultural, por la que —según hay quien informe, pero que parece en extremo dudoso— la totalidad de la clase obrera sentía

---

(*) (Snow 38, 35/6, 55/6) (Taylor 25, 89, 203/4) (Gueorguiev 56, 268/70) (Chandrasekhar 115/7, 121, 125, 132, 139) (Peyrefitte, 178/81, 185, 263/4) (Martinet, 156/7) (North 200) (Ferrero—Tercer Mundo).

(**) (North. 194).

animadversión. Por lo menos, no lo pareció así, o no pudo mostrarla (*).

La China de Mao Tse—tung, que sentíase plenamente identificada con el socialismo, acusaba a Moscú, que también se precia de lo mismo, entre muchos otros epítetos, de social imperialista, revisionista y oportunista de derecha; de haber restaurado el capitalismo, de servir a los intereses de una exigua capa social burguesa privilegiada; de practicar una dictadura fascista y mantener esclavizados a otros pueblos, lo cual deja a la vista —agrégase— *su repulsiva catadura de nuevos zares y su reaccionaria naturaleza de socialismo de palabra e imperialismo de hecho* (**). Acusábalo de ir a mendigar créditos y consejos a los japoneses y a Alemania Occidental (***).

Mientras tanto Moscú lanzaba, a su vez, las poderosas baterías de su propaganda y de sus invectivas contra aquella China que también era comunista, pero no reconocida por tal. Calificábase al maoísmo como una corriente pequeño—burguesa antisocialista y anticientífica, revisionista, oportunista de derecha; como una ideología del aventurerismo político, de la demagogia, de la violencia y del terror en masa (****). Todos los epítetos parecían también quedarse cortos. "*Ahora sería ya poco decir* —enunciaría Brezhnev ante el XXV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética realizado en febrero de 1976— *que la ideología y la política maoístas son incompatibles con el marxismo—leninismo. Le son francamente hostiles* (*****). Cabría mencionar que también el poderoso movimiento trotzkista fue calificado en su momento por Moscú de pequeño—burgués (******).

Lo que principalmente ocurría, sin embargo, era que Mao, como también fue el caso de Tito en Yugoslavia, no quiso subordinarse al dominio —nunca muy desinteresado, como hemos visto— de la Unión Soviética. Fue esa una poderosa razón para ser ambos calificados de desviacionistas, disidentes o he-

---

(*) (Gueorguiev 214/6, 267, 270/1, 281, 283, 285/7) (Peyrefitte 219, 222, 256, 275, 309, 400, 413, y sgts., 427) (Paloczi: 228 Nota 10, 381/2, 385).
(**) (Mao, 221, 295/6) (Chou—En—Lai, 314) (Snow—314).
(***) (Peyrefitte, 71).
(****) (Gueorguiev y otros, 6, 8, 40, 173).
(*****) (Brezhnev: Informe, 15).
(******) (Gueorguiev 8).

rejes. Se ha dicho, sin duda con razón, que si Mao hubiérase encontrado al alcance de Stalin, hubiera sido ejecutado (*).

Grandes masas del mundo, ambas inspiradas, según sostienen, en una misma ideología, en igual creencia dogmática (aunque nieguen su dogmatismo), se enfrentaban furiosamente entre sí, censurándose unas a otras de traicionar a la causa que ambas reclaman como propia.

Acusaba Moscú a la China de haber emprendido una campaña de terror y atemorización masivos para mantener la situación predominante de sus ideas; de dar categoría de enemigo o de enemigo del pueblo a quien ponía en duda los planteamientos maoístas o que expresaran la opinión de éste; de considerarse el centro de la revolución mundial, o de minar el prestigio de la Unión Soviética como potencia socialista rectora, para ponerse en su lugar. Impugnábase a los maoístas no estimular la presencia de individuos conscientes, que piensen y sean instruidos, capaces de tener una opinión propia sobre las cosas; de haber pisoteado la polémica y la autocrítica, haber sustituido el trabajo educativo por la violencia, escoger a los dirigentes desde arriba, sin permitir a los miembros de la base del partido objetar dichas candidaturas; de desterrar a los descontentos y personas indeseables, para reeducarlos, y hasta de haber elevado el culto a Mao a un plano religioso de endiosamiento o divinización (**).

Si de este último hecho no puede dudarse (***), no parece la Unión Soviética ser la más calificada para censurarlo, pues a nadie puede pasársele desapercibido el culto dedicado a Lenin; el que en su tiempo y aun hasta poco después de su muerte se le tributó a Stalin y el nuevo culto a la personalidad que en los últimos años y con gran fanfarria, se le dispensa también a Brezhnev. Si se ha pensado alguna vez que, como lo manifestó Mao Tse—tung (****), la caída de Krushev se debió precisamente a la ausencia de un culto a su personalidad, lo probable es que ella se hubiera debido, por el contrario, a haber denunciado él públicamente los errores de Stalin, haberlo traído abajo del

---

(*) (Paloczi, 112, 116, 157, 197, 241) (Martinet 108/11).
(**) (Gueorguiev y otros 9, 44, 77, 83, 126, 132, 136, 172, 202).
(***) (Peyrefitte, 28, 30, 282, 307)
(****) (Snow 36, 237).

pedestal divinizante, y haber violado, con ello, el dogma implícitamente establecido en la Unión Soviética acerca de la infalibilidad de sus altos dirigentes (*).

Pasando por alto su propio régimen represivo, que a su vez impide la penetración de infinidad de noticias y libros del exterior, acusan también los soviéticos a la China de haber aniquilado a la parte más pensadora y consciente de la sociedad y enuncia altivamente que *la luz de la verdad no necesita las llamas de las hogueras, en las que se queman los libros* (**).

Todo lo anterior tiene que resultar para nosotros curioso. Muy curioso, porque no sólo cada bando, con sus masas multimillonarias, o bien sus dirigentes, están del todo convencidos de hallarse en la razón, sino que al atacar a su contrario no advierten que los argumentos que esgrimen pueden ser válidamente contra ellos mismos dirigidos. De unas u otras censuras lanzadas por los soviéticos no parece haber una, en efecto, que no pudiera serle a su vez a ellos imputada. Y también hemos visto cómo uno a otro se insultan con idénticos epítetos.

Pero en todo esto no podemos nosotros, a nuestra vez, dejar de tener en cuenta aquella peligrosísima doctrina del solipsismo moral, que sencillamente tiene por plausible cuanto yo hago y reprobable cuanto hace mi enemigo. Es ella la que inspira a un dogmatismo fanático. *Debemos apoyar* —decía Mao, (***)— *todo lo que el enemigo combata y oponernos a todo lo que el enemigo apoye.* Algo análogo sostuvo el Primer Ministro chino Chu-En-Lai en un discurso (****).

Por lo menos, es doctrina clara. Pero dependeremos entonces de lo que haga o diga el enemigo.

Entraron además en juego en la China otros factores concomitantes con el cerrado dogmatismo ideológico y el culto de la personalidad. Pareció manifestarse en este gran país con mayor fuerza aquello de que Lenin prevenía como *extremismo*, la enfermedad infantil del comunismo. Pues, en efecto, la edu-

---

(*) (Valli, 28)
(**) (Gueorguiev 10)
(***) (Mao 17)
(****) (Peyrefitte 122).

cación ideológica se fue cerrando cada vez más en torno a las enseñanzas de Mao, enclaustrándose la cultura dentro de un cerco de aislamiento excluyente (*), en que, en cambio, se desarrolló abiertamente la aguda xenofobia.

Lo hemos señalado ya en cuanto al rechazo de toda cultura extranjera. Pero existen derivaciones que podrían resultar más peligrosas aún. Para Mao, como también para sus seguidores, una nueva guerra mundial es inevitable. Representaría ella la destrucción en gran escala de ciudades y obras y de gran parte de la población del globo. Parece que en 1957, en época aún de buenas relaciones recíprocas, trató el mismo Mao de convencer a los líderes soviéticos de iniciar una guerra nuclear contra los Estados Unidos. Siguiendo lineamientos de Trotzki, habría sido su tesis que tal guerra ocasionaría la muerte de unos 900 millones de personas o de la mitad de la humanidad; pero que entonces la revolución inexorablemente triunfaría. Y, sobre todo, con sus enormes masas de población, triunfaría lo que quedara de la población china y, con ella, el socialismo en el mundo (**). La dispersión geográfica de las fábricas que se estableció en aquel país, el establecimiento de numerosas *comunas* autosuficientes, resultarían, llegado tal momento, de gran ventaja. Era necesario también, en consecuencia, seguir el pensamiento de Marx sobre la desaparición de la especialización en el trabajo, pero ya no sólo a fin de evitar la alienación del hombre. En un mundo emergente de sus ruinas, se pensaba, la salvación no la traerían los especialistas, sino los que tuvieran conocimientos diversificados. Todos debían, por eso, ser maestros en todo (***). Seguramente, quienes menos útiles serían al sobrevenir la gran devastación eran los intelectuales. Revivió también Mao entonces una antigua idea suya, según la cual los obreros y campesinos debían de convertirse en intelectuales, y éstos, para evitar su alienación, tendrían que vivir, pensar y sentir como obreros y campesinos. El trabajador tiene que ser polivalente (****). Fue en gran parte con tal idea que cientos de miles de intelectuales, profesores y estudiantes fueron des-

---

(*) (Peyrefitte 208/10, 428)
(**) (Paloczi, 344, 365) (Mao 72/3) (Gueorguiev 113, 115, 119, 294).
(***) (Paloczi, 378)
(****) (Paloczi 161, 163), (Peyrefitte 360)

terrados al campo. Había que obligarlos a realizar trabajo físico, igual que un obrero y un campesino. Tenían, según se decía, que remodelarse cavando la tierra o mezclándola por medio de las manos con estiércol humano. Con ello convertiríanse en buenos revolucionarios. Pero, por más esfuerzos hechos, por asombrosos que hayan sido los grandes progresos alcanzados, nada de esto ha logrado extinguir del todo el analfabetismo, que encuéntrase aún bastante extendido, aunque se dice que la figura se ha invertido, del 85o/o de analfabetos antes de la Revolución a 85o/o que saben leer y escribir, ahora. Ni ha podido suprimirse del todo el antiguo uso de uncir a las mujeres para tirar de los arados agrícolas (*).

Siguiendo las enseñanzas de Mao Tse-tung, parece también existir en la China el propósito de impedir la excesiva burocratización del estado, o la emergencia de una clase privilegiada. Con igual propósito propende el comunismo chino a la descentralización industrial, a la alternancia de la actividad humana entre la ciudad y el campo; a un fuerte desarrollo de las tendencias sociales, con desmedro de las individualistas y a lograr la dependencia del hombre más de estímulos morales, o sea de un sentido de pertenencia a la comunidad, que de los económicos, mediante un constante proceso de educación y reeducación del pueblo (**). Si por un buen tiempo se evitaron los sistemas de estímulos y recompensas en el trabajo, para no caer en el revisionismo que se censuraba en los soviéticos, hubo luego que ceder un buen poco en esto y hacia el año 1963 ya las diferencias de salarios se habían hecho bastante apreciables en beneficio de los técnicos y gerentes de empresas, así como de los obreros en comparación con los campesinos. Se ha hecho notar curiosamente, por eso, —según expresa Martinet— que "en el momento mismo en que la fisura entre Moscú y Pekín se hacía cada vez más profunda, la evolución de la economía china tendía a aproximarse a la de la Unión Soviética". En las medidas adoptadas para combatir el burocratismo, parece haberse ido bastante más allá, sin embargo, en la China que en la Unión Soviética, a la cual, también por eso, califica la China de *revisionista* o de encontrarse en un camino revisionista de vuelta hacia el capitalismo (***).

(*) (Gueorguiev, 289) (Peyrefitte 152/3, 192, 197/9, 201, 227/8) (Paloczi, 302, (Ferrero — Tercer Mundo 120).

(**) (Peyrefitte, 146, 154)

(***) (J. Tinbergen 81/2, Stavrianos 76, 80, 125/30, 132, 135) (Martinet, 150, 152, 154) (Taylor, 287) (Peyrefitte 168).

Son innegables las enormes proezas que, en sus respectivos pueblos, han realizado en el curso de pocos decenios los soviéticos rusos por un lado y los comunistas chinos por otro; la profunda transformación que cada cual a su modo ha implantado en su sociedad, haciéndola adoptar estructuras que pretenden aproximarse a una línea socialista. Pero, como ocurre siempre, es ella una línea desviada. Y lo que uno y otro lograron, además, no sólo lo fue a costa de grandes sufrimientos y sacrificios de sus pueblos, sino para ello tuvieron que optar, en uno y otro caso por el establecimiento de una rígida dictadura y un Estado policíaco (*). Entretanto, las juventudes chinas son preparadas, desde su infancia, con gran ardor y rigurosidad, para la guerra y se atiza en ellas el odio a la Unión Soviética, como anteriormente también a los Estados Unidos (**).

Es necesario tener en cuenta, además, que en ambos países, pero sobre todo en la China, todo alcanza medidas gigantescas y así también lo son sus necesidades y el progresivo incremento cuantitativo de éstas. Y en la China el problema es más grave, por estar constituida su población, en elevadísimo porcentaje, del elemento campesino, para el cual las tierras son insuficientes, pero que es poco propenso, además, a adaptarse a labores industriales (***).

Aun así, viajeros que no hace mucho visitaban el país, observaban que la mayoría de los chinos, a veces no obstante su gran pobreza, tenían ya opción a llevar una vida más segura que nunca antes, incluso con cierta dignidad. Y descubrían también como si un hombre distinto, lleno de nuevas virtudes de trabajo y sacrificio, de energía y sinceridad, de cooperación y frugalidad, de confianza y cordialidad estuviera allí apareciendo (****). Da la impresión, pues, de ser la China un país aún en busca afanosa de su propio destino, no obstante haberse ya transformado del todo, según opina Peyrefitte, y haber constituido su revolución la experiencia más extraordinaria y la aventura revolucionaria más radical del tiempo actual y quizás de todos los tiempos (*****). Pero, "*los problemas de la China son complejos,* —dijo

---

(*) (Martinet, 80)
(**) (Peyrefitte, 155/7)
(***) (Martinet, 131/5)
(****) (Stavrianos, 154/5, 161/2) (Taylor 72/3) (Peyrefitte 338, 378)
(*****) (Peyrefitte 310/1, 457/8)

Mao— *y nuestros cerebros deben funcionar también con cierta complejidad".* (*). Prueba de esto puede ser que el afamado procedimiento de la acupuntura ejercitado por los chinos no parece funcionar muy bien en el mundo occidental, ya que sus efectos dependen primordialmente de la fe que en él se ponga (**).

En cuanto se refiere al plano internacional, suele la China adoptar actitudes comprensivas y, según parece, carentes de sordidez, hacia el Tercer Mundo y sus problemas. Parecería, en todo caso, que una vez sedimentados los productos de la efervescencia política y social, amainadas las tempestades de iracundia y patriotería, pudiera corresponderle desempeñar a ella un papel singular en el mundo.

Sería inseguro juzgar lo que podría esperarse del tradicional idealismo político de ese pueblo, de su espíritu ingenioso, artístico, y misteriosamente filosófico, una vez que su ideario y su política alcancen cauces más realistas en relación con el resto del mundo y más circunspectos con respecto a los valores de la cultura universal, como está ya poco a poco ocurriendo (***). Su influencia, una influencia constructiva e iluminante, podría hacerse entonces presente. Si no constituye ésta una reflexión del todo rigurosa, me da la impresión de ser ella una inducción que viene suscitada desde las honduras de la historia.

Y, ciertamente, aunque de ella sea tan poco lo que aún se sabe y tanto lo que se ignora (****), constituye la China un pueblo demasiado grande, demasiado profundo y valioso para que pueda dudarse que esté destinado a ejercer un gran peso en cualquier ordenamiento de universal validez en el futuro del mundo.

f) Otras realizaciones del socialismo.

En múltiples facetas se iría manifestando la fuerza de este movimiento en los pueblos que lo acogieron. Muchos del Este

---

(*) (Mao 89)
(**) (Peyrefitte 99 y sgts.)
(***) (Peyrefitte 264 Nota)
(****) (Peyrefitte, XVIII)

europeo tuvieron que verse sujetos al imperio del coloso soviético y, cuando pretendieron hallar caminos propios, aun sin apartarse de la doctrina; cuando creyeron descubrir una *primavera* en su horizonte, fueron aplastados por la autoridad política y los tanques rusos. Así ocurrió en Berlín en 1953, en Budapest en 1956, en Praga en 1968.

Este último caso es bastante revelador. El gobierno de Dubcek, que se propuso seguir una *vía checoslovaca hacia el socialismo*, proclamada por el Partido comunista de Checoslovaquia (*), no preconizaba un apartamiento de la meta socialista ni constituía un movimiento reaccionario. Era sólo un intento de llevar a la práctica un socialismo más puro, liberándolo del burocratismo, del dogmatismo; tenía el propósito de realizar una verdadera democracia socialista o, como se ha dicho, un *socialismo con rostro humano*. Pero, desde luego, había en ello muchas cosas que disgustaban a sus vecinos soviéticos y que éstos no estaban dispuestos a tolerar. Propendíase en Checoslovaquia a una apertura en los cambios de opiniones; a la liberalización del criterio humano, la supresión de la censura, el reconocimiento del mérito de los ciudadanos en orden a su capacidad y no a su pertenencia a este o aquel partido (**). Pero, sobre todo, el movimiento parecía reflejar un intento de independización de la hegemonía ideológica absolutista; es decir, de la dirección política imperialista de los rusos. Tal política, es cierto, de extenderse a otros partidos o pueblos, amenazaría la monolítica unidad del imperio comunista, cuya exclusiva dirección la Unión Soviética se adjudicaba a sí misma. Arrojó entonces ella el poder de sus tanques sobre sus vecinos. A la manera Hitleriana, según se ha dicho (***). Para no adjudicarse toda la responsabilidad del atropello, hizo intervenir en la operación fratricida a fuerzas armadas de otros países comunistas vecinos, como Polonia, Hungría, Bulgaria, y la República Democratica Alemana (****). Derrocaron ellos así a unos gobernantes que disfrutaban de gran arraigo popular; destruyeron lo que se daba ya en llamar la *primavera de Praga* y acallaron las voces

---

(*) (78)
(**) (Partido Comunista de Checoslovaquia, 90)
(***) (Martinet, 199)
(****) (Elleinstein 33)

de las masas, aunque no pudieron dominar las conciencias ni aplacar las reacciones de indignación que produjéronse en otros pueblos, y hasta, como hemos visto, en los propios partidos comunistas de muchas naciones europeas, que públicamente elevaron airadas protestas por el abuso cometido en contra de un país socialista por las fuerzas de otro más poderoso (*). ¿Qué se hicieron, en todo esto, las ideas de Marx y de Lenin? El hecho es que otra parte muy importante de la unidad socialista, si no en la superficie, sí en el fondo de los espíritus, quedó así quebrada. Y de modo irremediable (**).

"*Los pueblos del Este saben* —dice, por eso Martinet (***)— *de lo que es capaz el imperialismo ruso cuando considera que sus conquistas están amenazadas.*" "*Los intelectuales de todos los países que componen el campo socialista* —dice él también (****)— *son nuevamente advertidos de que la verdadera libertad de expresión no se les concederá jamás; a los obreros se les recuerda que el aparato comunista es el único capaz de recoger y expresar sus aspiraciones; finalmente, los tecnócratas deben resignarse a colaborar con la burocracia*".

Lo que a la vez ha ocurrido en otros pueblos, no vecinos ni tan directamente dependientes de la Unión Soviética, hace patente, sin embargo, aquello que los comunistas rusos se han mostrado siempre reacios a aceptar, y es que el socialismo encuentra diversas formas de realizarse, en unos u otros tipos de sociedades, y no solamente una. Y que los pueblos aspiran, de modo irrenunciable, a conservar en tales órdenes una autonomía libre de trabas. Es lo que ocurrió principalmente en Yugoslavia, acremente censurada en un principio por los comunistas soviéticos como traidora al marxismo—leninismo; como aislacionista y también como revisionista (*****). No obstante ello, se pensó en algún momento que precisamente era Yugoslavia el país del mundo que más había avanzado por la senda de la estructura socialista democrática (******). Para ello se estableció allí un ré-

---

(*) (Valli 185 y sgts.) (Elleinstein 33)
(**) (Djilas 46/7, 50)
(***) (Martinet 199)
(****) (Id).
(****) (Valli 165)
(*****) (Mallet 31/2).

gimen muy particular de gestión empresarial, consistente en la *propiedad social* de los medios de producción, unida a la llamada *autogestión* de los productores y al *autogobierno* de los trabajadores en la comuna, la ciudad, y el distrito. Como en otros casos, tendíase a evitar el burocratismo, las fuertes diferencias de clase y el empleo de la represión como elemento de convicción en la organización social. No obstante su novedad y el entusiasmo que despertaron en un principio estas directrices, ni el exceso de burocracia, ni las diferencias de clases pudieron ser evitados. (*). Se ha constituido, en realidad, toda una fuerte clase burguesa, un nuevo estrato social compuestos de tecnócratas y directores de empresas (**), que pueden ostentar diversas manifestaciones de lujo, frente a las grandes masas analfabetas y de muy bajo nivel de vida, aún existentes en ciertas regiones. Y lo curioso es que hasta los mismos consejos obreros de las empresas apoyan la elevación de los salarios para los especialistas, a fin de evitar que sean éstos reclutados por otras, sea en el propio país o en el extranjero (***).

Según parece, además, los consejos de trabajadores encargados de la autogestión no se han mostrado capaces de resolver armónicamente los problemas empresariales (****). De otro lado, las tensiones internas de las empresas bajo tal sistema deben de haber llegado a un grado elevado, pues el número de huelgas que se producían, no obstante su ilegalidad, fue aumentando rápidamente, hasta tener que reconocerse el derecho legal a ellas (*****). Aun así, dentro de aquel régimen del autogobierno se nota una fuerte tendencia a efectuar, en alto grado, el reparto social de las utilidades de las empresas entre el personal, en vez de emplearlas de preferencia en su reinversión en beneficio del desarrollo industrial (******). Parece extenderse, igualmente, un cierto movimiento en pro de la propiedad privada (*******).

En cuanto a la agricultura, se dio toda preferencia a las fincas estatales, carentes de sana economicidad, mientras que

---

(*) (Djilas 156)
(**) (Djilas 181, 208)
(***) (Martinet, 123)
(****) (Djilas 198)
(*****) (Martinet 121/2) (Ferrero: Tercer Mundo 99)
(******) (Ferrero—Tercer Mundo)
(*******) (Djilas 171)

millones de campesinos permanecían expuestos a las depredaciones de las cooperativas y a las arbitrariedades de los funcionarios (*).

Parece, después de todo —o según algunos piensan— que en Yugoslavia el comunismo pueda estarse desintegrando (**).

De cualquier modo, la posición de este país es interesante, por señalar rumbos menos drásticos que los de la Unión Soviética, con la cual ha sido frecuente que no se mantuvieran sus vínculos en gran armonía. Cuando sí lo estuvieron, es decir, recién al término de la segunda guerra mundial, en las épocas en que Yugoslavia adquiría su identidad socialista propia, las relaciones entre ambos países fueron inclinándose aceleradamente hacia un dominio imperialista del país fuerte en perjuicio del débil, lo cual llevó sin mucha demora a la ruptura entre ambos. En ciertos momentos, tal ruptura llegó a adquirir caracteres muy tensos (***).

Aunque en menor medida que en Yugoslavia, también en Rumanía y en Cuba los partidos comunistas procuraron y lograron actuar con cierta independencia.

Cuanto ha quedado enunciado viene a significar que, de modo análogo a lo que por lo común ocurre en todo tipo de sociedades, cuyos componentes no descubren o no se atreven a reconocer las profundas contradicciones existentes entre la teoría y su realización, o bien la inconsistencia de la primera para su realización práctica, las sociedades comunistas tampoco reconocieron las suyas. No debe entenderse tal proceder, sin embargo, como signo ni de lealtad a los principios ni de consecuencia; sino de estar autohipnotizándose con el propio engaño. Lenin decía: *La actitud de un partido político frente a sus errores, es uno de los síntomas más importantes y seguros para saber si dicho partido es serio y si cumple realmente sus deberes. Reconocer sinceramente el error, descubrir sus causas, analizar las circunstancias que lo han originado, examinar atentamente los medios de corregirlo, esto es lo que caracteriza a un partido serio (****).*

(*) (Djilas, 160)
(**) (Djilas 179)
(***) (Martinet 105/12)
(****) (Lenin: El extremismo. . . 69)

Tal reconocimiento, bien lo vemos, no fue practicado por sus discípulos.

Si el curso de la historia ha hecho notar incongruencias sustanciales en las leyes que el marxismo había anticipado para el desenvolvimiento social de los pueblos, no se hace permisible seguir interpretando toda la realidad político—social a base de un cuadro estático de ésta, lo cual es contrario a la dialéctica. Hace ver la propia realidad histórica, en cambio, que si ha de seguir reconociéndose como ley lo que enseña el materialismo dialéctico, tiene que serlo a condición de aceptarse que las contradicciones en las sociedades pueden encontrar su resolución en más de una forma. Pero esto, por lo menos, dista ya bastante de ser marxismo auténtico.

Parece, entonces, caber poca duda sobre el acierto de la visión de Engels, cuando enunciaba: "*La ironía de la historia del mundo es insondable . . . . . y lo pone toda patas arriba*(*). O bien cuando un físico declara: "*La naturaleza es imprevisible*" (**). Pero, en cuanto a lo que dice Engels, ¿dónde va a parar, entonces, la teoría científica del materialismo histórico? ¿De qué modo llegan a regir, entonces, las leyes de la historia?

Efectuando un balance de los hechos hasta aquí sucintamente anotados puede apreciarse que, en su propia y autónoma personalidad, no es mucho lo que el hombre gana cuando el imperio del poder político capitalista es sustituido por un autocrático poder estatal, por más que éste se autodenomine socialista. Aunque en distintas direcciones, ambos resultan para el hombre inconvenientemente alienantes.

Pero también prueba todo ello algo importante. Y es que es el hombre mismo quien, en el seno de las sociedades llamadas socialistas, ni está ni ha sido suficientemente preparado para serlo. Por lo tanto, no lo es; no obstante haberse desplegado grandes esfuerzos para desalienarlo en ciertos sentidos. Así parece ser esa la principal razón por la cual de tal modo carece el socialismo de plena unidad y de suficiente fuerza en el mundo.

(*) (En Marx—Engels Ob. esc. 532, 690) (Shishkin 469)
(**) (Djilas 128)

Y por lo cual, quizás también, es interminable el cambio y desintegración que está experimentando hoy el comunismo, como sostiene el comunista Djilas (*).

En un movimiento que, a pesar de sus fisuras, tenía pretensiones de presentarse como un bloque monolítico, irían mostrándose aún otros desarrollos inesperados.

g) Modernas tendencias.

A partir aproximadamente de mediados del siglo XX, había ido manifestándose una reacción cada vez más poderosa en contra de las pretensiones hegemónicas de dominio de los rusos sobre otros pueblos, así como también de censura hacia los procedimientos dictatoriales y de ejercicio de una justicia represiva con sus propios conciudadanos, en que no se hacía otra cosa, es verdad, que ceñirse bastante bien a la tradición imperialista y despótica heredada del régimen zarista (**). Por alto y merecido que fuera el prestigio alcanzado por la Unión Soviética en todas las esferas socialistas del mundo, en razón de haber sido el primer pueblo en que estalló y triunfó la revolución comunista, no pudo ella evitar las sonadas rupturas de la unidad socialista, como las de Yugoslavia, la China y también Albania. Pero ya vimos cómo ni en la propia Rusia las cosas fueron del todo bien. Si la era staliniana había sido denunciada abiertamente por Kruschev, no cambiaron tampoco con ello de modo substancial las prácticas represivas en la propia Rusia, ni mucho disminuyeron sus intentos imperialistas de mantener la dirección ideológica y política de los demás partidos socialistas del mundo.

Hacíase evidente que tal situación no podía ser mantenida por tiempo indefinido. Dialécticamente o no, tendrían que producirse modificaciones importantes. Las presiones en tal sentido hiciéronse poderosas, y, aunque con desgano, hasta en la propia Rusia tuvieron que sobrevenir los cambios.

Las tendencias a la autonomía en los partidos comunistas nacionales de los países capitalistas se hallaban inspiradas en conceptos que habían ido desarrollándose en el seno de los

(*) (Djilas 129)
(**) (Sweezy, 79)

diversos pueblos, principalmente europeo—occidentales, a la vista, sobre todo, de lo ocurrido con los vecinos sometidos por la Unión Soviética.

Cada país —decían los partidos occidentales— tendrá que ir al socialismo por su propia vía. La historia nunca se repite de modo igual y todo depende de las condiciones de lugar y tiempo. En cada uno las circunstancias son diversas; influirán de distinto modo las condiciones objetivas y subjetivas, la historia y las tradiciones políticas y civiles. Los propósitos concretos inmediatos serán, por eso, diversos en cada país, y diversas las formas de avance y de acción. En un mundo que es como es, y no como quisiéramos que él fuese, deben ser respetadas la soberanía y la independencia de cada nación, así como las libertades de elección en cada partido comunista. Si un partido proletario no tiene en cuenta las particularidades nacionales, ello puede aislarlo de la vida y de las masas, dañándose la causa del socialismo. Sólo deben existir, entonces, vías nacionales propias.

El modelo soviético —se decía igualmente— no puede ni debe ser obligatorio. Ni debe tampoco aceptarse el derecho de ingerencia y menos de intervención militar en la vida interna de otro partido ni de otro país. No puede reconocerse la existencia de un partido ni un estado guía, ni de una dirección centralizada del movimiento comunista, y con ello se llega al principio de la *unidad en la diversidad* o de autonomía y diversidad que debe regir las relaciones internacionales de los países comunistas (*).

Llegaron a producirse otras repercusiones de estos movimientos. A iniciativa de la Unión Soviética, se abrió en Helsinki en 1973 una Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, que luego había de continuar en Ginebra hasta el año 1975. Concurrieron altos representantes de casi todos los países europeos, capitalistas y comunistas (exceptuada Albania), así como también de los Estados Unidos y del Canadá.

Lo curioso de tal Conferencia fue que, además de las cuestiones debatidas y los numerosos acuerdos tomados con relación a la seguridad europea, a la cooperación en materia de economía, ciencia y tecnología, y del medio ambiente, así como en otros campos, inclusive el humanitario, se adoptaron formal-

---

(*) (Valli, 83, 145, 155, 163, 168, 170, 186, 192/5, 198, 201, 212/3, 229, 239) (Djilas 165).

mente diversas disposiciones que venían a ser opuestas a mucho de lo que la Unión Soviética había hasta entonces practicado y se sabía que continuaba practicando. Los Estados participantes acordaron los principios en que deberían basarse las relaciones amistosas y de cooperación entre sí, o sea los de igualdad de soberanía y el respeto de los derechos a ella inherentes; no recurrencia a la amenaza o al uso de la fuerza; inviolabilidad de las fronteras; integridad territorial de los Estados; arreglo pacífico de las controversias; no intervención en los asuntos internos de otros; igualdad de derechos y autodeterminación de los pueblos; cooperación entre los estados y cumplimiento de buena fe de las obligaciones del derecho internacional.

Pero aun algo más. Los Estados proclamaron allí solemnemente que respetarían los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos los individuos, incluyendo la libertad de pensamiento, conciencia, religión o creencia, sin distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión. Promoverían, además, el ejercicio efectivo de los derechos y libertades civiles, políticos, económicos, sociales, culturales, así como otros derechos y libertades; todos los cuales derivan de la dignidad inherente a la persona humana y son esenciales —se reconocía— para su libre y pleno desarrollo. También se comprometían los gobiernos a facilitar el libre tránsito de las personas entre unos y otros territorios y a mejorar la circulación de la información entre los Estados participantes, tanto oral como impresa, filmada, radio—difundida o televisada (*).

Es muy de notarse que tales disposiciones habrían de ser de excelente efecto, siempre que se cumplieran. Es decir, siempre que fueran cumplidas por todas las partes. En efecto, la eficacia de los acuerdos dependería, de modo decisivo, de la aplicación correcta y precisa que se diera, por parte de los participantes, a los principios establecidos y las disposiciones contenidas en el Acta suscrita (**).

Es sabido que en los países capitalistas, particularmente los occidentales, la libertad de intercambio de personas e ideas existe permanentemente, sin otras trabas que las inherentes a los

(*) (Acta Final)
(**) (Valli, 234)

sutiles controles establecidos sobre la informática por parte de ciertos núcleos de poder económico. Pero el que tales compromisos se cumplieran o tales libertades llegaran a concederse plenamente en las zonas bajo control comunista representaba un cambio tan notable en la política hasta entonces seguida en ellas, que ya desde la firma de los propios acuerdos se hacía inevitable considerar tal posibilidad con sumo escepticismo. Y si nos preguntamos cómo pueden rubricar ciertos países convenios formales que no están dispuestos a cumplir luego, sólo tendremos que recordar aquellas normas de la moral solipsista, que hace que los hombres a ella ceñidos reconozcan, voluntaria o involuntariamente, o inconscientemente, como ineludible todo cuanto obliga a la parte contraria, pues, en cuanto a lo que concierne a la propia, siempre podrá hallarse justificación adecuada para su trasgresión. Muchos pactos y tratados se celebran entre naciones que, desde un comienzo, saben ellas que, llegado un momento, dejarán abiertamente de cumplir. Y, como veremos más adelante, algo similar sucedio en este caso.

Bastante nuevo fue asimismo lo que ocurrió en una Conferencia de partidos comunistas y obreros de Europa, realizada en Berlín del Este a fines de junio de 1976. Participaron en ella 29 partidos, entre ellos el de la Unión Soviética, e incluidos aquellos, como los de Yugoslavia, representada por el octogenario mariscal Tito, y de Rumanía, antes considerados heréticos. El documento que se aprobó y suscribió al finalizarla no dejó de causar cierta preocupación en las jerarquías soviéticas. Aludiendo a la Conferencia de Helsinki, hacíase hincapié una vez más en que todos los partidos allí representados laborarían estrechamente por una Europa pacífica, con sentido de cooperación y de progreso social, desarrollando una solidaridad internacional y amistosa; observando estrictamente la paridad de derechos y la independencia soberana de cada partido. Y también, nuevamente, se mencionaban la no ingerencia en los asuntos internos de los otros, el respeto a la libre selección de vías diversas en la lucha por las transformaciones sociales progresistas a favor del socialismo; asumiendo cada partido la responsabilidad por la lucha socialista en su propio pueblo. Los participantes se comprometieron a rechazar con determinación y hasta mediante acciones solidarias toda tentativa de ingerencia en los asuntos

internos de cualquier otro país y de oponerse a los actos que pudieran atentar contra el derecho inalienable de cada pueblo a decidir libremente y de modo soberano su propio destino. También se obligaron, como habíase hecho ya en Helsinki, a una rigurosa observancia de las convenciones internacionales elaboradas por las Naciones Unidas en pro de la defensa de los derechos humanos (*).

Temas que resultaban no poco candentes. Pues se hace entonces muy díficil el incumplimiento de mucho de cuanto fuera acordado y firmado.

Hasta los propios soviéticos parecen estar llegando a reconocer —aunque ya lo había visto así Lenin— que no es la violencia revolucionaria, tan preconizada por el marxismo, la vía única ni la más adecuada en todos los casos para la lucha por el socialismo. Ahora piensan que incluso una guerra civil triunfante crea enormes dificultades complementarias para la ulterior edificación creadora, pues los trabajadores dirigentes, amoldados a la época de la guerra civil, siguen actuando después de modo igual, cuando ya no sólo se precisa el cumplimiento incondicional de las órdenes, sino la libertad de discusión; cuando no sólo es necesario el mando personal, sino el colegiado; ni la continuidad, sino la renovación de la dirección y de los cuadros. Con lo cual, sin embargo, parece que estuvieran juzgándose a sí mismos. Sostienen también ahora los soviéticos que en muchos casos la violencia revolucionaria debe ser reducida al mínimo, para pasar pronto de los medios de violencia y coerción a los medios educativos y de persuasión (**).

h) El eurocomunismo.

Lo anterior es sumamente revelador. Nos hace ver que el movimiento comunista mundial está embarcado en un proceso propio de desarrollo ideológico y político, con el que procura liberarse del estatismo a que lo tuvo durante muchos decenios constreñido la hegemonía soviética. En ciertos partidos de Eu-

(*) (Valli, 232, y sgts., 239, 242, 247)
(**) (Gueorguiev 121/3, 151/2).

ropa Occidental habíanse producido ya desenvolvimientos importantes, en cierto modo paralelos; al punto de poder reconocerse en ellos varias comunes características distintivas, que hacían verlos alineados en seguir un comunismo de tipo nuevo y diferente. La más connotada de estas nuevas formas es llamada *Eurocomunismo*. Aunque todavía no se ha plasmado del todo para este movimiento un criterio unificado, ni ha hecho ver él con claridad sus facciones definidas, ni expuesto su propia doctrina —direcciones de las que, por lo menos, puede ya apreciarse que son bastante originales— sostiénese ya que constituye él una forma superior de socialismo (*). Es decir, la podría constituir, si llegara él a realizarse. Los ideólogos socialistas oeste—europeos parecen haberse dado cuenta de que tanto la tradición histórica y democrática de sus pueblos como sus propios problemas sociales, políticos y económicos son de naturaleza radicalmente diferente de aquellos que prevalecieron en una Rusia de multisecular tradición autocrática. Si en ésta, además, el comunismo se impuso por la coyuntura de una captura violenta del poder; en los países occidentales, de sobrevenir el comunismo, lo sería luego de un largo proceso de maduración, en que hubiera estado ya el Partido sujeto a responsabilidades cada vez mayores. Ciertos líderes eurocomunistas connotados, como es el caso de los franceses Marchais y Elleinstein, piensan que el comunismo es una perspectiva para el futuro, para un futuro quizás lejano, que podría tardar decenas tras decenas de años en llegar (**).

Importante característica del eurocomunismo parece ser que, inspirado, en parte, en ideas juveniles de Marx, constituye una ideología de mayor sentido pragmático y que acude menos a la vehemencia. Buscando un retorno hacia los principios básicos del marxismo, en particular hacia el materialismo dialéctico, muestra él una mejor disposición de adaptación a circunstancias diversas. Lo cual significa un rechazo del dogmatismo, de la inflexibilidad, del concepto de un modelo único de sociedad socialista, válido para todas las situaciones y todos los pueblos. Desde hace muchos años, decía ya Thorez, secretario del partido comunista francés, que su partido rehusaba considerar a todos los partidos burgueses como una sola masa reaccionaria. O bien

---

(*) (Valli, 5, 13)
(**) (Elleinstein 22/4) (Valli 12, 60/1, 63, 75) (Marchais 186) (Gueorguiev 121/3).

que en el tablero social sólo existieran dos grandes fuerzas opuestas, el ejército burgués y el socialista; señalando tal postulado como conducente a un sectarismo estéril. Igualmente considérase hoy que habrán de ser diversas las posibilidades de la marcha hacia el socialismo por unos y otros pueblos, y diversas también sus vías de aquéllas que fueron seguidas por el comunismo ruso; debiendo siempre estarse preparado para emplear métodos nuevos, distintos a los del pasado, adaptados a los particulares ambientes políticos, en que se producen continuas y rápidas transformaciones. Esto implica, así, un radical alejamiento de toda centralizada organización internacional; garantizándose a cada pueblo plena libertad, el derecho a decidir de modo soberano su propio régimen político y social y, por lo tanto, un desenvolvimiento del todo autónomo y no subordinado al comunismo soviético (*). *Para nosotros, comunistas,* —dice Marchais— *no existen superpotencias, no existen pueblos grandes y chicos, ni los puede haber. Todos los pueblos tienen iguales derechos* (**).

A esto replican los gobernantes de Moscú censurando a quienes proponen renunciar al *internacionalismo proletario* —dirigido por ellos,—, y proclaman que la defensa de ese internacionalismo es un deber sagrado de todo marxista—leninista (***).

En mayor armonía con los fundamentos históricos de la civilización europea, el eurocomunismo se ha fijado ciertas pautas doctrinales que lo hacen desemejarse en forma substancial de aquello que desde hace más de medio siglo el mundo ha conocido como propio de toda organización comunista; lo cual, es cierto, no deja de causar bastante desconcierto y no poco escepticismo.

Sostienen, por ejemplo, los líderes comunistas franceses que el modo de producción socialista no tendrá que basarse en la socialización de todos, sino sólo en la de los grandes medios de producción e intercambio; mientras que se mantendrá inalterado el régimen para la mediana y la pequeña propiedad, que en Francia constituyen sectores muy importantes. Será aquel, en-

---

(*) (Marchais 166/8, 199, 201, 203, 205) (Elleinstein 10, 33, 36) (Valli 35/6, 89, 135, 144/5, 178, 181, 220, 227, 252).

(**) (Marchais 210)

(***) (Brezhnev, 41).

tonces, lo que se llama un socialismo a la francesa, o un socialismo con los colores de Francia, como dice Marchais (*).

En declaración pública suscrita en Roma en 1975 por los jefes de los partidos comunistas italiano y francés Enrico Berlinguer y George Marchais, se afirmó que ambos partidos, llegado que hubieran al poder, respetarían las libertades de pensamiento y de expresión, de prensa, de reunión y asociación, de circulación de las personas en sus países y fuera de ellos; la inviolabilidad de la vida privada, la pluralidad de partidos políticos, el derecho a la existencia y a las actividades de los partidos de oposición, la posibilidad de la alternancia democrática de la mayoría y la minoría, la independencia de la justicia, el funcionamiento democrático del estado, el libre ejercicio del sufragio universal, directo y proporcional (**).

"*No podemos admitir* —ha manifestado Marchais— *que el ideal comunista, cuyo propósito es la felicidad del hombre y por el cual nosotros llamamos a los trabajadores a luchar, pueda ser mancillado por actos injustos e injustificados. . . No es ni puede ser el movimiento comunista una iglesia, ni una organización centralizada que somete a todo partido a decretos obligatorios y a una regla uniforme*" (***).

Berlinguer ha declarado, por su parte, que es de decisiva importancia el reconocimiento y respeto de la plena independencia de todos los países, de todo movimiento progresista, de todo partido comunista y de trabajadores. "*Luchamos* —ha dicho— *por una sociedad socialista que constituya el momento más alto del desarrollo de todas las conquistas democráticas y que garantice el respeto de todas las libertades individuales y colectivas, de la libertad religiosa, la de la cultura, de las artes y de la ciencia*" *(****).

El secretario del partido comunista español, Santiago Carrillo, decía, a su vez, que tenía que establecerse el principio de la no ingerencia en los asuntos internos de otros estados, dejándolos escoger las diferentes formas de lucha para las transformaciones sociales y que ningún partido comunista debía imponer

---

(*) (Marchais, 52/3, 56/8, 65, 69/72) (Elleinstein 20) (Valli, 84/5).
(**) (Valli 6, 219)
(***) (Valli 227)
(****) (Valli, 229, 231)

sus propias convicciones como dogmas; que la personalidad y las posiciones de cada partido debían ser respetadas frente a los fenómenos mudables propios de la época en que vivimos (*).

Hace algunos años había dicho ya otro alto representante del comunismo italiano, Palmiro Togliatti, que el Partido debía volverse el campeón de la libertad de la vida intelectual y en el campo político; de la libre creación artística y del progreso científico (**).

Se hace evidente que, al preconizar el eurocomunismo tales libertades democráticas, supera con ello la noción de la *dictadura del proletariado* preconizada e instituida por Marx y por Lenin. Marchais, en efecto, hablando ya a nombre del Partido Comunista Francés, ha ofrecido también el ejercicio de una plena democracia, si su partido llega a tomar el poder, y una absoluta libertad para todos los demás partidos políticos, las creencias y las religiones, sin excepción, inclusive una irrestricta libertad de reunión; sosteniendo que el socialismo y la libertad no pueden separarse entre sí y que el primero debe constituir una etapa más alta de la libertad. "*No existe nada en el socialismo científico* —agrega— *que permita establecer que en la construcción de una sociedad socialista sólo un partido tenga que dirigir el país*". Esto último, en Francia, sería, además, contrario a la tradición y a los hábitos políticos . Los comunistas, en cambio —sostiene él también— están convencidos que el nuevo orden democrático que ellos preconizan será muy fuerte, porque su política, dirigida sobre todo a la satisfacción de las necesidades de las masas populares, les atraerá la confianza y el apoyo de los ciudadanos. En forma similar se expresa el historiador comunista Elleinstein, rechazando para Francia la idea de una dictadura del proletariado. "*La obra de Lenin no debe ser un Talmud*" agrega (***).

Algo que puede parecer curioso sostiene también Marchais; y es que ni él ni tampoco Thorez saludaron nunca con el puño en alto. Hasta llega el primero a reprochar a los militantes comunistas que lo hacen en tal forma. Juzga él que este gesto es agresivo y que no corresponde ya al espíritu del partido, que es

---

(*) (Valli, 254/5)
(**) (Valli 175, 180, 182) (Elleinstein, 35)
(***) (P.C.F. 24).

el de tender la mano a todos los patriotas y demócratas deseosos de realizar un socialismo con los colores nacionales. Thorez había dicho ya: "*No somos nosotros el partido del puño en alto. Somos el de la mano tendida*" (*).

En todo caso, está todavía por verse si esto sólo constituye un enunciado de intención táctica u oportunista, lo cual no parece así, y sus representantes enfáticamente lo niegan (**). Si todo se realizara según se proclama, significaría ello que podría quedar derogada entre ellos aquella doctrina secreta del solipsismo moral.

Lo cierto es que nada de esto es del agrado de Moscú. Ni tampoco de Pekín. Ni de otros muchos comunistas de viejo cuño, que ven amenazados de quebrarse bajo sus pies los peldaños que les brinda la demagogia.

i) Hacia órdenes nuevos.

Hemos ido viendo ocurrir así algo que también otras veces se ha presentado en la historia. Y es el curso en cierto modo análogo que, en su realización, siguen, una y otra vez, movimientos que entre sí son de tendencias diferentes. Tales casos son frecuentes. Se hace tentadora, por ejemplo, la idea de hallar un cierto paralelismo entre las trayectorias cursadas por el cristianismo y el comunismo. Muchas veces se ha hecho. Ambas doctrinas trastornaron, en efecto, desde sus mismas raíces las ideas que prevalecían en sus respectivas épocas, aunque ni una ni otra lograron ser llevadas a la práctica. Ambas hubieron de hacer frente tanto a las profundas divergencias entre ellas y el pensar de su época, como a los internos desgarramientos producidos en su propio seno, debidos a modalidades variadas de pensamiento, tildadas bien sea de heréticas, de revisionistas o de algo equivalente. Las diferencias entre ambas poderosas corrientes son, naturalmente, muy notables. El ya mencionado ex—dirigente yugoslavo Djilas da gran énfasis al hecho de haber logrado los comunistas mantener, en muchos casos, el monopolio de las ideas, en

(*) (Marchais, 87/8, 91/2, 108/10, 117/8, 120, 121, 136, 178/9) (Valli 9, 51, 226) (Elleinstein 24/5).
(**) (Marchais, 107, 123).

tanto que las doctrinas religiosas pertenecieron a diversos grupos sociales y políticos (*). No parece muy convincente el argumento. Acaso la diferencia de mayor trascendencia haya sido que el cristianismo se esforzó durante el curso de los siglos en imponer una doctrina impracticable. El curso del tiempo y las desviaciones que van adoptando de por sí los cambios que se implantan en las civilizaciones, y en el curso de las propias ideas del hombre, la fueron convirtiendo luego en algo cada vez menos auténticamente realizable. El socialismo, en cambio, si, al instaurarse, también se fue apartando rápidamente de su doctrina, no lo fue tanto por su impracticabilidad cuanto a causa de gravísimos errores humanos, en buena parte debidos a la exacerbación de pasiones u otros estímulos psicológicos que había llamado ella en su auxilio como recursos tácticos, como la propagación del odio y la violencia, confiando siempre en poder llegar luego a someterlos por completo. No se tomó en cuenta la indomabilidad de ciertos sentimientos humanos, una vez plenamente desencadenados. Los efectos resultaron equivalentes a los de una formidable caja de Pandora.

Pero dejando esto de lado, nos conviene ahora, según parece, aun a riesgo de incurrir en alguna repetición, actualizar nuestra visión sintética de la situación reinante, a la vista de las direcciones que está tomando recientemente el comunismo en ciertos países. Procurando evitar los peligros que las simplificaciones ofrecen, podríamos precisar lo siguiente:

La desigualdad en el reparto de la riqueza en el mundo, tanto en el seno de las sociedades como entre unas y otras naciones se ha hecho ya tan enorme que mientras unas personas o naciones, padeciendo de varias clases de hambres, producen, se nutren o se complacen poco o casi nada, otras se colman de bienes, en cierta medida hasta innecesarios, y arrojan fabulosas cantidades de desperdicios que por si hasta solos podrían servir como elemento regulador en el reparto total. Y este fenómeno, en vez de atenuarse, cada vez se vuelve más agudo. No obstante ello, el hombre mismo, mientras tanto, en la lucha por lograr su

(*) (Djilas 115/6)

mejoramiento económico, despliega sus esfuerzos en formas equívocas, que impiden su avance en dirección hacia un verdadero progreso universal.

Si el capitalismo, mediante sus mecanismos de incentivación y competencia y sus despliegues de propaganda para estimular el consumo, ofrece favorables condiciones para lograr un desarrollo rápido, ocurre esto con grave desmedro de la propia calidad humana; pues, como hemos visto, el hombre es impulsado a contender por la riqueza, estimulándose en él la sordidez y el egoísmo y produciéndose una *guerra entre avaros* como calificó Marx a la competencia (*). A este sistema socio—económico, aun en sus formas más perfeccionadas, le son inherentes la desigualdad económica; un grado variable pero sostenido de desempleo; las crisis periódicas; la subsistencia de una masa a la que se llama "lumpen proletariado", *escoria* —dice Engels— (**) *integrada por los elementos desmoralizados de todas las capas sociales.*

Por lo que se puede observar, muchos graves males del sistema capitalista le son inalienables, pues se derivan de su propia esencia. Los propósitos que en él se alimentan, de defensa de individuales intereses económicos o políticos, unidos a la tendencia a una rigurosa especialización en los conocimientos, conducen hacia el estrechamiento de miras y a una extraña estandarización de pareceres, —el *hombre unidimensional* de Marcuse— uniformados y parcializados éstos, naturalmente, aun cuando se estén siguiendo las direcciones más erradas. Tal alienación de ningún modo puede ser reconocida como un triunfo en el desarrollo integral del hombre, sino muy por el contrario. Ya desde comienzos de este siglo un analista no comunista como W. Sombart, creía ver esconderse en la naturaleza misma del espíritu capitalista *una tendencia que aspira a corromperle y sofocarle desde su interior* (***).

Muchos y variados son, por eso, los campos de la producción que deberían ser rescatados de manos de los grupos individuales de poder. Hemos visto que, en muchas instancias, se va

---

(*) Marx: Manuscritos, 104)
(**) Marx—Engels OE: 247)
(***) Sombart 367)

haciendo cada vez más necesaria la intervención estatal para alcanzar un eficiente desenvolvimiento de la sociedad y aun de la industria. El desarrollo que fueron alcanzando las empresas monopolistas en los países capitalistas más desarrollados y los peligros que significaba el desmedido crecimiento de sus poderosas ramificaciones, forzó, por ejemplo, a que hasta los más liberales gobiernos se dieran cuenta de la necesidad de una drástica intervención estatal, que fuera cercenando los absorbentes tentáculos (*).

También se ha hecho ya mención, en el Segundo Libro de estas Reflexiones, a las peligrosas direcciones hacia las que está conduciendo el irrefrenado desarrollo industrial, en cuanto a una desmedida absorción de materias primas, algunas de las cuales ya amenazan llegar a su agotamiento, y a la extensión de la polución ambiental, que en muchos lugares está adquiriendo caracteres gravísimos, casi castastróficos. No se ve cómo pueda ponerse freno a un mayor incremento de estos peligros, sin adecuada intervención estatal (**). Aun más; en muchos casos, sin la intervención de alguna eficaz autoridad internacional.

La producción y distribución de equipos computadores, aquellos portentosos instrumentos que pueden producir —y están ya produciendo— tremendas revoluciones técnicas y de otros órdenes en el mundo, tendrán, en un momento u otro, que ser, por lo menos en parte, socializadas, dado el enorme poderío que la posesión de tales aparatos tendrá que significar y la extraordinaria importancia que ellos adquirirán para el desenvolvimiento de la vida económica, política y social de los pueblos.

Sabemos, a la vez, que el capitalismo, de modo más imperioso aun que el socialismo, se ve precisado a incrementar permanentemente el proceso de automatización de sus industrias, a fin de mantener en pie el grado de acumulación; y, como lo vio Marx, lo observa Marcuse (***), y es bien razonable pensar, en la realización completa de la automatización se encuentra precisamente el límite del capitalismo.

(*) (Galbraith: Capitalismo americano 97) (Djilas, 167)
(**) (Galbraith: L'economia. . . 14)
(***) (Marcuse: Utopía 7, 66/7)

Ya la intensificación de la mecanización agrícola, por su parte, ha ido reduciendo progresivamente el empleo del esfuerzo humano en el trabajo de la tierra. En manos privadas, ésta produce ahora un desproporcionado beneficio al propietario, lo cual afecta al justo reparto social; aunque también en este campo sea verdad que el poderoso estímulo de la ganancia personal induce al terrateniente a ingeniarse para elevar la productividad en grado muy considerable. Es así que las tierras agrícolas en los Estados Unidos rinden el doble en grano por hectárea que en Rusia (*), y, según se informa, cuando estas últimas llegan a brindar una producción equivalente, ha sido necesario emplear para ello una cantidad de mano de obra apreciablemente superior. En la China se necesitan todavía de veinte a treinta hombres para realizar lo que sólo un norteamericano puede realizar en el campo (**). Y ya hemos dicho que si esto puede ser beneficioso, desde un punto de vista social, resulta gravemente perjudicial desde el económico.

Con el predominio del poder estatal y una socialización de los medios de producción, de la comunicación y otros, se lograría, llegado el caso, desbaratar a la vez la pujanza de los intereses individuales, haciéndose efectiva la posibilidad —no digo la seguridad— de implantar una más auténtica y menos ficticia democracia. Como ya ha sido mencionado, poco contribuye al ejercicio de ésta la sumisión de los grandes medios de comunicación —el periodismo, la radio, la televisión, la cinematografía y otros— a núcleos privados de poder económico, como tampoco significa, por otro lado, triunfo alguno el que, en nombre del socialismo, el dogmatismo imponga su rígido criterio y su censura, de efectos no menos unidimensionales, sobre la emisión de las informaciones, e impida su liberal intercambio. Con ello se convierte el Estado en otro poder alienante, como ya lo señalaban los anarquistas. Pero podríamos tener en cuenta que esta última forma de alienación es más bien el resultado de un sistema táctico que, si es aberrante, es, en muchos casos, de condición circunstancial, y, por lo tanto, no aparece como inherente a la esencia misma de la doctrina. Cosa algo similar podría decirse sobre la superburocratización, tan típica de las organi-

---

(*) (Martinet 62, Nota) (Djilas, 150)
(**) (Peyrefitte, 352)

zaciones de base estatal. Sabido es que constituye ello otro de sus graves males sociales; pero, por su naturaleza misma, parece ser de índole eventualmente corregible.

Por múltiples indicios, parece irse anunciando que la era del capitalismo podría estar asomándose a su fin, o, por decirlo más propiamente, haciendo necesario un movimiento de superación, en que no se le muestre otro camino viable que el de una creciente intervención estatal en la vida política, económica y social de los pueblos, lo cual inexorablemente conduce hacia el socialismo (*).

Este proceso se viene ya realizando— aunque a ritmo lento (**)— y acaso conducirá hacia un tipo de organización político—social con la cual llegue a lograrse la igualdad de derechos y oportunidades y cierta similitud de deberes para todos sus miembros; así como la supresión de las desproporciones en la distribución de la riqueza, tanto dentro de unas mismas sociedades como entre unas y otras naciones. Tendría que ser él un socialismo, en cierto modo distinto del que conocemos históricamente. Tal sociedad no represiva, tal vez utópica, tendría que abolir las discriminaciones sociales, económicas, nacionales, raciales, sexuales, religiosas, ideológicas o de otros similares órdenes; para lo cual sería indispensable dirigir los mayores esfuerzos, como lo vienen haciendo ya en parte los estados socialistas, hacia la educación y la salud. Pero todo ello tendría que implicar a la vez un absoluto rechazo de las luchas armadas y de las guerras, la implantación a escala internacional de una justicia fraternizadora; la extirpación, no menos de la demagogia y de la cicatería, que de los puritanismos, mojigaterías, hipocresías, gazmoñerías en que siguen aún envueltas, en muchas sociedades, las actividades y el comportamiento humanos. Podría quedar así eliminada la posibilidad de sojuzgamiento económico, social o político de unos hombres por otros y unas naciones por otras, y, por lo tanto, también el imperialismo, el colonialismo, el armamentismo, el terrorismo, y, acaso, finalmente —aunque esto resulte tan dudoso— el mismo Estado. Todo lo cual constituyó, en realidad, si bien nos fijamos, el sueño —un sueño del todo

---

(*) (Mandel, 73) (Djilas 144)
(**) (Souyri, 85)

irrealizado y acaso irrealizable— de los teóricos del socialismo. Y digo acaso irrealizable, porque se ha visto siempre que resulta demasiado ineficaz el empleo de silogismos en la interpretación de la realidad y, sobre todo, en la predicción del futuro, en cuestiones que, por más que se quiera, no se ciñen a leyes que puedan identificarse, y por lo tanto no son reconociblemente científicas ni lógicas.

Lo que sí va haciéndosenos ya bastante claro, es que la actual división del mundo principalmente en dos núcleos de exorbitante poder, y, sobre todo, la lucha de rivalidades, la ciega agresividad, con la potencial amenaza permanente de ver desatarse entre unos y otros sistemas el ejercicio de su enorme poderío, que para todo el orbe sería de consecuencias tremendas, no se debe básicamente a puntos de vista irreconciliablemente antagónicos, ni a posiciones que una a otra del todo se excluyeran (*). Es consecuencia todo ello, más bien, del enfrentamiento de dos alienaciones, de dos hipertrofiadas soberbias; lo cual es, precisamente, lo que ofrece a la situación reinante su carácter tanto de impredecibilidad como de grave peligrosidad. Basta recordar cuanto en anteriores Reflexiones ha sido ya enunciado acerca de la alienación o bien que traigamos a cuento nuestra teoría de los pulpos, para lograr quizás comprender, ya que de ningún modo disculpar, las pasiones, que metafóricamente hasta podríamos calificar de demoníacas, que a unos y otros sectores dominan, por las que, llegado el caso y hasta gustosamente, se dejan los hombres subyugar. Pero, como siempre ocurre, consideraciones de esta suerte tienen alguna eficacia sólo para quienes no se encuentran alienados por similares estímulos, que, en este caso, pocos llegan a serlo.

En las más diversas esferas de la realización histórica del hombre, toda beneficiosa transformación del mundo parece, por todo eso, tener que estar basada sobre el establecimiento de regímenes muy diferentes de los actuales. He mencionado ya que muchos pensadores del mundo están invocando a ello. En forma destacada, como preconiza el Club de Roma, se viene llamando a una radical modificación del orden económico mundial. Parece necesario que movimientos de tal género vayan arrastrando tras

---

(*) (Faure 373/4)

de sí, dada la inminencia de los problemas existentes, a todas las naciones del orbe, grandes, medianas o pequeñas; a todas las sociedades o grupos étnicos; a los representantes de ambos sexos por igual. Aun considérase evidente que importantes cambios tendrían que producirse a no lejano plazo y que en esos sentidos va —o, por lo menos, debería ir— encaminándose ya el proceso del desenvolvimiento humano. Pero no es el caso, tampoco, que los grupos o naciones menos poderosas tengan que imitar o someterse a los que lo son más, como ha sido usual que ocurra. En muchas circunstancias, les tendrá que corresponder ahora a los débiles, siquiera algo unificados, lograr hacer prevalecer las condiciones adecuadas para un más eficaz estímulo de su propio desarrollo. Tendrán que hacer comprender a los grandes que no existirá otra vía eficaz que la del establecimiento del sentido de cooperación económica, de solidaridad humana, en el mundo entero; la supresión de las aberrantes desigualdades y desequilibrios. No es de caridad de lo que aquí se trata, ni tampoco de humanitarismo piadoso. Se trata de que el mundo ha alcanzado un estadio en que su desarrollo material permitiría ya, mediante un reparto equitativo y el establecimiento de una adecuada justicia distributiva, la supresión siquiera de las más radicales miserias.

Pero ya creo haber dicho suficientemente antes que no son, tampoco, los problemas del crecimiento económico, o del equilibrio económico, o de la organización política, los únicos por considerarse. Requeriría además el mundo el establecimiento de códigos de conducta humana, social e internacional también nuevos, como asimismo la creación de eficaces organismos que atiendan a su cumplimiento, a la vez que a su constante actualización. Y también requeriríase, primero que todo, por encima de todo, seguramente lo más difícil de todo: la reestructuración del propio espíritu humano, dentro de patrones también modificados, que tendieran a eliminar sus principales distorsiones y anomalías y su característica arrogancia. Por lo menos, en cuanto ello se hiciera posible. No son las estructuras económicas, políticas o sociales por sí solas; no son las instituciones que él cree, las que podrán rehacer al hombre, debemos insistir en repetirlo. Aun si lograra él ver cubiertas sus necesidades primordiales, como a veces le ha ocurrido; aun si llegara a hallar

satisfacción en el desempeño de sus labores, es sólo un hombre nuevo, un hombre más esencialmente justo, un hombre despojado de sus odios, de sus codicias, de sus neurosis, el que sería capaz de renovar provechosamente dichas estructuras y hacerlas vivir con animación diferente. Aunque Aristóteles (*) no lo hubiera advertido hace más de dos mil años, es razonable pensar que una sociedad justa sólo puede estar constituida por hombres justos. Con ello siguen soñando muchos modernos estudiosos. Comprenden que la erradicación de los males más perniciosos tendrá que depender de una transformación profunda en la mentalidad humana, ya no inspirada en el rótulo de un amor imposible de unos hacia los otros; sino en una identificación justiciera con las necesidades y anhelos, los sufrimientos y debilidades de los demás seres humanos. De los próximos y también de los lejanos. Es decir, de todos.

La abolición de los irracionalismos tendría que llevar de por sí consigo la extirpación del odio y de su expresión en la violencia, que hoy parecen haberse enseñoreado por doquiera del mundo. Ni su enseñanza ni su ejercicio favorecen la formación de un hombre libre. *La felicidad de todos*, dijo Bertrand Russell, *nace de la colaboración y no de la discordia. Lo que verdaderamente necesita el mundo es equidad, tolerancia y colaboración entre las varias partes de la familia humana* (**). "*La humanidad* —ha dicho el físico ruso Sajarov (***)— *sólo puede desarrollarse pacíficamente si se considera a sí misma una unidad en sentido demográfico, una sola familia, sin más divisiones nacionales que en materias de historia y de tradición*". Parecerían ser estas, en efecto, las voces de un socialismo más auténtico, si, por darle algún nombre, así quisiera llamársele.

En el fondo, todo esto viene a ser como el llamado a una moderna revolución; pero a una revolución racional, humanista, a la vez que pragmática. Lo trágico es que demasiados ideólogos, filósofos o místicos han coincidido en lo pasado del tiempo en pregonar equivalentes aspiraciones, mas no fueron afortunados en lograr que ellas se cumplieran. Ni Zaratustra, ni Cristo. Ni los pensadores griegos, ni los teólogos cristianos. Ni tampoco Marx. ¿Y por qué? Algo de eso ya hemos visto.

(*) (Aristóteles: I—654)
(**) Russell: Perché... 11, 221)
(***) (Sajarov: 671)

Ahora, sin embargo, de tal inminencia y magnitud son los riesgos, como nunca antes lo hayan sido, que no se ve cómo el hombre pueda tener otras opciones frente a sı que las de enmendar rápidamente sus rumbos o ver desbaratarse cuanto ha hecho. Y desbaratarse también a sí mismo. Tal como ya lo está haciendo.

j) Un socialismo racionalizado.

No nos es necesario reflexionar mucho en lo anterior para juzgar que con todo ello nada nuevo he venido yo tampoco expresando. Ni lo he pretendido. Lo que he querido hacer notar es que el mundo debiera buscar la salida del atascamiento en que está sumido, entre contradicciones, lacras, tragedias e injusticias, mediante su orientación hacia un orden nuevo, hacia aquel socialismo mas auténtico, que he mencionado, pero que, repito, tiene que ser diferente de cuanto en su realización histórica el socialismo nos ha venido mostrando. Tendría que ser él un movimiento que considerara no sólo a la sociedad, a una nación o a un partido, sino a cada hombre como fin en sí.

No a unos u otros hombres, sino a todos; no de modo sólo doctrinario o teórico, sino efectivo. Y que tendiera entonces a hacer de cada uno de ellos un centro de iniciativa, de creatividad. y de superación (*). Lo que equivaldría a la implantación de un socialismo racionalizado, o sea libre de enajenaciones e irracionalismos. *Un socialismo humanista*, se ha dicho de algo así (**), o un *socialismo con rostro humano.* Acaso como el intentado en Checoslovaquia. Lo que esto implica es, en realidad, que debiera despojarse al socialismo del rostro inhumano con que tan a menudo se nos viene presentando.

Como ha dicho Peccei (***), ningún nuevo orden mundial que se estableciera debería basarse tampoco en mayorías ocasionales o impuestas; sino ser tan justo y tan lógico que pudiera ser aceptado espontáneamente por sus propios méritos y por extensos sectores de la opinión pública mundial. Se ha afirmado que

---

(*) (Roger Garaudy, en Chabanis 318; Fromm: Psicoanálisis 223, 229).
(**) (J. Tinbergen 63)
(***) (Peccei 186).

si lo que se piensa como un verdadero socialismo se implantase, sería tan fuerte su poder de contagio, que para sostenerlo no se haría necesaria ninguna fuerza militar (*). Yo creo, sin embargo, que no podemos ser tan optimistas de pensar que tales cosas pudieran ocurrir. Pero si así lo fuera, significaría él un verdadero triunfo para el hombre.

Los cambios por realizarse requerirían, en todo caso, profundas transformaciones en el Estado, que por doquier se muestra hoy ante los hombres como un poder opresor, atemorizante, esquilmador. Es decir, como un tirano. De ser indispensable su vigencia —según parece, aunque algunos lo ponen en seria duda o lo niegan— tendría que adquirir el Estado una forma muy diferente. Sería él el que tuviera que propender al desarrollo del hombre como totalidad esencial, de aquel hombre integral tendiente al universalismo. Y, para ello, luchar por la elevación de lo que ya se reconoce como la calidad misma de la vida humana (**). Cierta analogía podría darse, quizás, en las funciones desalienantes y humanizantes de un tal Estado, con las del padre y la madre en la protección y educación de sus criaturas. De esas criaturas, ansiosas de padre y madre, que todavía somos todos.

No obstante poder parecer ésto a algunos un tanto exótico, tal triunfo de la razón, tal mundo superior, tal hombre nuevo, fueron también los soñados por Marx para cuando adviniera el comunismo. Encontrábase esta confianza plenamente basada en su fe en el hombre (***). Pero no podríamos hoy identificar con todo ello el movimiento que él creó; en primer lugar, porque tales fueron ideas algo juveniles suyas, con las que rompió a partir de 1845 (****), y la teoría marxista clásica preconiza, en cambio, la lucha despiadada y violenta entre las clases como previamente indispensable para alcanzar la liberación del hombre. En segundo lugar, porque la política seguida por el comunismo soviético ha alterado del todo el concepto marxista del socialismo.

(*) (Revel, 91)
(**) (Peccei, Stavrianos; Maurice Guernier en J. Tinbergen, 321).
(***) (Fromm: Marx 70/1)
(****) (Althusser, 187)

Pueden parecer hasta hoy difíciles de realizarse y lejanos los auténticos postulados socialistas, pero, por más que así lo sean, ya vimos que las circunstancias todas del mundo suelen cambiar ahora a ritmo altamente acelerado. Ello da margen a una esperanza, aunque algo abstracta aún. Nada nos impide pensar que, en medio de las vorágines, pueda llegar el momento en que no resulte una liberación real del hombre por aquella especial vía socialista del todo inaccesible.

Para aspirar a ello sería necesario, sí, establecer una estrategia de largo alcance; seguramente, bien distinta de las conocidas, y que tuviera presente que los males actuales no pueden hallar un remedio rápido. Si algo pudiera acercarse a ello, sería acaso aquel nuevo concepto del socialismo, que pareciera ir recién esbozándose en el eurocomunismo.

Lo que debe hacérsenos, además, evidente es que el hombre debería empeñarse no en proseguir por aquellas vías en que ha ido dándose con desastres y fracasos, sino —como antes ya dije— por aquellas que lo han conducido hacia evidentes aunque parciales triunfos.

En medio del enjambre de sufrimientos en que se debate el mundo, podría acaso juzgarse este tipo de planteamientos como de índole demasiado especulativa y carente de objetividad. No lo es del todo así, sin embargo, como podremos apreciarlo si nos esforzamos en alcanzar cierta agudeza de visión. De albergar alguna confianza en un triunfo final de la razón en el hombre, quizás alcancemos a percibir también como clarinadas, si no de anuncio, por lo menos de invocación a crear aquel hombre nuevo, capaz de constituir una sociedad nueva en un mundo diferente; un hombre más equitativo, más racional y también, en el mejor sentido de la expresión, más propiamente humano. Algo más allá, en todo caso, del Hombre Nuevo o del Mundo Nuevo en que el propio Marx pensó, o de aquellos que la Unión Soviética ha querido crear o que la China ha creado. Serían ellas, en cambio, como clarinadas reveladoras de un anhelo o de una aspiración profunda que todo hombre tiene el derecho —pues decir la obligación sería ya mucho pedirle— de albergar y de enunciar.

Esto entendido, y no obstante ser todo este problema tan complejo, parece oportuno entrar en otras consideraciones.

SEGUNDA PARTE

DESDE EL TERCER MUNDO

a) El peso del Occidente.

En el anterior Libro de estas Reflexiones me referí a la fuerza con que el hombre de Occidente ha dejado estampada, por todos los meridianos y paralelos del globo, la impronta de su espíritu aventurero, codicioso y arrogante, a la vez que ingenioso, creador y laborioso. Es por todo ello que pudo también él esparcir, aunque en calidad de trueque realizado siempre en su ventaja, numerosos y eximios productos de su cultura, sus ciencias y su técnica.

Aunque la mencioné ya en parte, hay que tratar ahora sobre una cuestión que resulta característica y de alguna trascendencia, con respecto al peso ejercido por el Occidente sobre el resto del mundo, particularmente en los tiempos modernos. Concierne él a los conceptos de propiedad y a su extensión hacia la soberanía.

Bien sabido es que si los griegos desarrollaron notablemente la filosofía, la literatura, el teatro, la arquitectura, la escultura y la política, fue obra propiamente de los romanos la creación de una ciencia del derecho, aunque también en esto le debieron bastante a Platón y, en particular, a la lógica de Aristóteles (*). Y, a través de diversas vicisitudes, basada en gran parte en el Derecho Romano, se iría modelando más tarde la jurisprudencia en las culturas occidentales. En realidad, la autoridad doctrinaria del mismo, especialmente la del derecho privado, se hace sentir con intensidad hasta ahora.

(*) (Villey, 68 Nota 5)

Esto es válido muy en especial en lo que concierne a la propiedad. Según el derecho romano, significaba ella la facultad de disponer, sólo con ínfimas restricciones, de un dominio absoluto sobre las cosa poseída.

Ya desde tiempos inmemoriales, sobre todo desde que se hizo evidente la necesidad de desarrollar las labores agrícolas en larga escala, había impuesto el hombre en sus organizaciones la condición social de los esclavos, pertenecientes como propiedad exclusiva a sus amos y considerados instrumentos de trabajo indispensables. No sólo fue esta una condición establecida de hecho, sino, aunque mucho se polemizaba acerca de su hipotética legitimidad, fue ella sustentada y justificada por los antiguos pensadores. Platón en su *República* y Aristóteles en la *Política*, consideran la esclavitud como una institución de derecho natural. Así como el alma es superior al cuerpo —decía el último—, como el hombre lo es al animal y el varón a la mujer, también el señor es superior al esclavo y, como el alma y como el hombre, son ellos, por ley natural, quienes deben mandar, pues hay seres que, por naturaleza, nacieron para mandar y otros para obedecer. Siendo los esclavos considerados como *cosas*, carecían de derechos políticos y de muchos de los civiles, y sus dueños ejercían sobre ellos el poder de vida y de muerte, así como, a su entera voluntad, sobre todos sus bienes (*).

La esclavitud tuvo una larga y proficua historia en el desenvolvimiento económico de la mayor parte de las civilizaciones. Basándose en lo que ahora reconocemos como efecto del abuso y la injusticia, hizo ella, sin embargo, posible la creación de nuevas riquezas y, con la acumulación de éstas, el más eficaz desarrollo de industrias extractivas, como la misma agricultura, la minería, y luego también las fabriles y otras. Sin la esclavitud, tal desarrollo se hubiera hecho apreciablemente más lento. Pero, como es sabido, el dominio irrestricto de un hombre sobre otros, juzgados inferiores, dio motivo a la vez a toda suerte de vejámenes y abyecciones.

En forma bastante análoga, sobre todo durante los primeros siglos de vigencia del estado romano, el derecho de propiedad

(*) (Petit)

fue ejercido asimismo por el padre de familia con sus hijos, sobre quienes también disponía él del poder de vida y de muerte, pudiendo hacer recaer sobre ellos las penas más severas. Igualmente, en cuanto a bienes, los de los hijos de familia caían de modo absoluto bajo la autoridad paterna (*).

Este sentido riguroso de la propiedad, este mismo autoritarismo del padre de familia, reforzado luego por influencia germánica, se reflejarían más tarde, de un modo u otro y en innumerables formas, en la vida, la sociedad, la legislación, las instituciones y el pensamiento económico, en general, del mundo de Occidente. Si el desarrollo social hizo necesario efectuar radicales cambios en el espíritu autocrático en que se inspiraban tales concepciones en cuanto se refería a las relaciones de unos individuos con los otros, el mismo original espíritu subsistió; aunque también modificado tanto por influencias teológicas basadas en las Sagradas Escrituras, cuanto en las tendencias y usos de los invasores nórdicos, en cuanto concernía a la soberanía de los señores feudales sobre sus siervos; de los monarcas y las castas aristocráticas sobre sus vasallos; de las iglesias sobre sus fieles, y, por extensión abusiva, hasta sobre quienes no lo eran; o de los estados sobre los ciudadanos; en este caso, hasta que llegaran a producirse las revoluciones de emancipación libradas, bastante más tarde, por la burguesía.

Las largas luchas que durante la llamada Edad Media sostuvieron los reyes contra los señores feudales sólo constituían enfrentamientos de soberanías, las cuales eran reforzadas o debilitadas por la intervención eclesiástica. Era frecuente que los señores consideráranse dueños absolutos de sus feudos. Si no podían ser ni legítima ni forzadamente depuestos por el rey, tampoco creían tener ellos por qué obedecerle y sentíanse, a su vez, amos y señores supremos (**).

Tales conceptos, como los de propiedad, autoridad, soberanía, han dominado las doctrinas filosóficas y políticas del Occidente a lo largo de los siglos. Y, según observa atinadamente Genicot (***) *los periodos históricos se suceden, no se anulan.*

(*) (Petit)
(**) (Genicot, 130)
(***) (Genicot 299)

Cada uno hereda algo de los precedentes. Mucho de lo impuesto por tal tradición se hace inextirpable, aun después de ocurridos profundos cambios.

No obstante estar expresado en forma tan sumamente esquemática, esto nos puede hacer ver que existe toda una estructura mental multisecular que induce a los hombres de Occidente a tener un respeto casi sagrado a lo que consideran la propiedad —sobre todo a la propia, más que a la ajena— y lleva a las naciones a tenerse a sí mismas como legítima e inalienablemente poseedoras de los privilegios que les concede el pleno ejercicio de su soberanía —con atingencia análoga a la del caso anterior.

Si las revoluciones liberales propinaron golpes demoledores a un hipertrofiado sentido de la propiedad privada, que había estado rigiendo en ostensible beneficio de unos pocos con desmedro de los muchos, la ideología socialista, a su vez, ostentó como propósito final terminar prácticamente con toda propiedad individual, según hemos visto.

Aparte de su embestida contra el concepto cerrado de la propiedad, otros principios del socialismo establecían la abolición de los autoritarismos —ya que la dictadura del proletariado debía de constituir sólo un recurso táctico temporal, hasta la implantación del comunismo— así como también la disolución de las soberanías nacionales, luego de la creación de estados sin clases y de la supresión misma del estado, una vez que el movimiento comunista extendiera su régimen por toda la tierra.

Pero ocurrió que, en lo que se refiere al Estado mismo, no sólo subsistió su organización en los países socialistas con todo vigor, sino aun adquirió en ellos un grado muy alto de autocracia, o de totalitarismo, como hoy se dice. En la propia Rusia comunista fue Lenin quien sostuvo que si ellos habían predicado la destrucción del Estado, lo había sido cuando éste pertenecía a sus enemigos. *Pero ¿por qué habríamos de destruirlo* —agregaba— *una vez que nos hemos apoderado del timón?* (*). Es cierto que ya algo análogo había sido observado desde antes por Georges Sorel al enunciar que *muy ingenuo habría que ser para suponer que quienes se beneficiasen de una dictadura demagó-*

(*) (Stoddard, 156)

gica, se desprenderían fácilmente de sus ventajas (*). Tampoco fue atenuándose en Rusia la fuerza de las prerrogativas que se atribuían a las soberanías nacionales, para irse fundiendo, como había sido previsto por la doctrina socialista, en un gran estado internacional; sino, por el contrario, debido a las diferencias de poderío que entre unos y otros países socialistas se iban produciendo, inclusive se acentuó en ellos desmesuradamente el concepto de la propia soberanía, llegándose a la hipertrofia de un espíritu nacional, patriotero y mezquino y de la forzada colonización intelectual y política de los fuertes sobre los débiles.

Es explicable, como vemos, que esta ideología, que arremetía violentamente contra importantes concepciones tradicionales del Occidente —entre las cuales se hallaba también la religiosa, que no puede decirse que era de escasa raigambre— hubiera de suscitar, por su parte, un rechazo no menos empecinado y drástico que el que en su implantación se ponía por obra. Durante un tiempo pensadores serios, como Spengler, hablaban en el Occidente sobre Marx como de un *nihilista faústico*, de perspectiva batracia, destructor de ideales (**) y Lothrop Stoddard se refería a la ideología socialista y, en particular, a la revolución rusa, como a una rebelión del infrahombre contra toda la Civilización (***). Tocábase a rebato para defender un mundo que veíase amenazado frente a gravísimos peligros.

Como sabemos, las cosas ocurrieron como ocurrieron; es decir, de modo muy distinto de lo previsto por unos y por otros.

Pero frente a la posición tradicional del comunismo, se puede ver, a su vez, que el eurocomunismo mantiene poderosas bases psicológicas y sociológicas que en ciertos sentidos siguen sustentándose en la tradición jurídica europea.

Por consecuencia de todo esto, sin embargo, ha sido necesario que el mundo entero sufra el impacto de tremendas luchas ideológicas y sociales que se originaron en el Occidente y que desde allí muy pronto se fueron irradiando sobre la superficie de un planeta ya estrechamente intercomunicado. Pero también en

---

(*) (Sorel 236)
(**) (Spengler I—499, II—639)
(***) (Stoddard)

estos sentidos continúa la humanidad toda teniendo que absorber los efectos de esas dramáticas luchas desencadenadas en una limitada región del mundo, que son debidas a condiciones prevalecientes sobre todo en ella.

Así como la idea de una imperiosa exigencia de cambios sociales y estructurales había ido insertándose, tomando forma y siendo puesta en ejecución en los diversos territorios del mundo, el concepto mismo de la necesidad de una mayor unión internacional, con desmedro de los particulares intereses nacionales, fue también abriéndose paso, aunque de modo paulatino y con grandes reticencias, hasta en los países capitalistas. Y en esto podemos hoy ver algo importante. El solo planteamiento de la posibilidad de una unión para adoptar acuerdos universales encierra una formulación de muy alta trascendencia: encierra ya el reconocimiento de los derechos del hombre como tal, por encima de cualquier clasificación ideológica, política, religiosa, racial, social, nacional, etc. Es decir, encierra el reconocimiento de los derechos del hombre como miembro de la especie humana.

Bastante tiempo hubo de trascurrir, sin embargo, antes de que llegárase a alcanzar una virtual aceptación formal de este derecho, con validez universal. Aunque expresado al principio con gran cautela, debía él ir superando los viejos privilegios de soberanías. Fue así como llegó a suscribirse en 1974 en la Organización de las Naciones Unidas, la Carta de los Derechos Económicos y Obligaciones de los Estados. Insístese en ella, sobre todo, en la necesidad y obligación de la cooperación internacional para hacer frente a los inmensos problemas que la industrialización intensiva del mundo viene acarreando (*).

Cúmplanse o no dichos postulados, gran adelanto representa haber logrado que los países, aun los más poderosos, acepten la validez de derechos ajenos, a los cuales deben sacrificar hasta una parte del cerrado concepto de su propia soberanía. Situación lograda debido no tanto al reconocimiento de un deber de justicia, sino al propósito de evitar el caos que sobre el mundo se venía o se viene cirniendo, de no adoptarse ciertas medidas propuestas, que se está viendo son de la mayor urgencia.

(*) (J. Tinbergen 50)

Subsiste, sin embargo, un programa muy grande que aun le queda al hombre por adoptar y cumplir en estos sentidos. Sólo podrá ser él realizado cuando las naciones y los hombres no actúen en la medida que crece o disminuye su temor a los peligros, sino por haber adquirido la conciencia de existir derechos más altos que los que a las naciones aisladamente les conciernen.

En toda la dramática situación del mundo hay que ver hoy algo también muy importante. Hay que descubrir el desplazamiento que se ha ido produciendo en el centro de gravitación de la historia universal. Hallábase establecido durante siglos que hablar de ésta era referirse a acontecimientos de una u otra forma condicionados o preponderantemente dominados por la actividad del Occidente europeo, del cual los Estados Unidos y más tarde el Japón, asomáronse como poderosas avanzadas. El Asia, el Africa, la Oceanía, o hasta Latinoamérica, sólo contaban en cuanto plazas sometibles a los imperios occidentales o como mercados que a éstos les deparaban ventajas truculentas. Defendíase el derecho a tales mercados a cañonazos, aunque fuera, como ocurrió en la China, para disponer de la libertad de venderles opio a los chinos. Recibía el resto del mundo, además, la arremetida de desquiciadoras influencias espirituales o ideológicas, que no pocas veces les resultaban perniciosas. Todo hace ver, sin embargo, que tal situación está cambiando sustancialmente. Y, según parece, de modo irreversible. Con la incorporación de muchas otras naciones o regiones a destacadas fases del desarrollo del acontecer humano, recién va encaminándose la humanidad hacia épocas en que su historia esté señalada por los hechos trascendentales que ocurran en los más diversos acimutes —y no sólo en unos pocos— para llegar así a constituir del conjunto de ellos una historia que sea propiamente la del hombre universal.

b) Los derechos de la especie.

La referencia a una verdadera historia universal nos tiene que suscitar ciertas consideraciones que son fundamentales, pero que sólo han sido tocadas hasta aquí tangencialmente. Si pretendemos emitir un juicio apreciativo sobre los problemas supremos del mundo actual, podremos, quizás, hasta dejar un tanto al

margen los criterios, tan artificialmente hipertrofiados, acerca de las diferencias entre diversos sistemas sociales; o bien las divergencias entre unas u otras naciones o razas, modos de vida o creencias religiosas. Lo que de ningún modo podemos marginar sin desfigurar totalmente nuestra imagen del mundo son los trágicos contrastes entre riqueza y pobreza —con todo cuanto de ellos se deriva— que existen entre unas y otras clases y entre unos y otros pueblos.

Mucho se ha hablado, sobre todo en este siglo, tal vez como expresión de un complejo de culpa creado por los sufrimientos ocasionados tanto por las grandes explotaciones como por las grandes guerras, acerca de los derechos humanos. Apenas finalizada la última guerra mundial, emitieron numerosas naciones una Declaración Universal de Derechos Humanos. Cuando entre sí quieren ahora denostarse las naciones poderosas, suelen reprocharse, recíproca y a veces muy hipócritamente, su infracción de tales derechos. Estas censuras muchas veces son justas, por corresponder a hechos ciertos. Pero tales críticas se vierten sólo sobre una fase parcial del problema, pues debiéramos nosotros ya adquirir la conciencia de que, por encima de un ejercicio mutilado de tales derechos, por encima de la calidad humana de que hoy asimismo se habla, o de la moral individual misma, existe un principio general, más elevado aún, del cual esos valores se desprenden como partes integrantes de un todo. Ese principio está constituido por el derecho que tiene la propia especie humana a su subsistencia y pleno desarrollo como tal. Pero no hay nación que levante mucho el grito por causa de las trasgresiones a este derecho, en las que ninguna de ellas deja de incurrir, aunque es cosa que tampoco quieren reconocer. Es lo cierto que ya no puede negarse, al menos en teoría, aunque las realizaciones sean diferentes, la existencia de un postulado incontrovertible: Todo ser humano tiene igual derecho a la vida. A una vida digna. Esto requiere que plenamente se le permita disponer, cuando menos, de trabajo, salud, vivienda, educación y bienestar adecuados. Y también de libre satisfacción sexual, derecho natural que las arcaicas pautas que rigen en las sociedades hacen que mucho se constriña y pisotee. Constituyen todos estos los derechos mínimos que los hombres adquieren inalienablemente desde que nacen, en cualquier lugar del mundo, en cualesquier condiciones en que esto ocurra.

¿En qué se funda ese derecho? No sólo, ciertamente, en lo que unos pueblos han proclamado como derechos humanos en una declaración de compromiso. El solo hecho de haberse emitido tal declaración implica ya el reconocimiento de un derecho existente. Pero los derechos del hombre como miembro de su especie constituyen algo aun más amplia y universalmente compulsivo que lo que se ha conocido como el derecho natural o el de gentes y hemos de reconocer que se basa él en el derecho que posee la especie misma, representada por cada uno de sus miembros, de subsistir y realizarse plenamente. Si entre muchos millones de seres humanos las necesidades más elementales no son satisfechas y las miserias y la muerte les caen a ellos encima ante la impasibilidad o la impotencia de los estados, esto afecta muy gravemente a un equilibrado desarrollo de la especie humana misma. Y si lo que para unos constituye un derecho, implica una obligación por parte de otros, si los desequilibrios económicos se siguen produciendo o se van acentuando entre individuos, clases o naciones, esto significa, a su vez, que bien sean los estados de ello responsables, en un caso, o las instituciones internacionales, del otro, están incumpliendo su obligada misión de evitar que tal situación continúe vigente. Ya vemos que si los estados aún no lo cumplen, tendrán al fin que irlo haciendo, pues una presión social, ahora de orden universal y cada vez más tremenda, los obligará a ello. Y si las instituciones internacionales no disponen de los necesarios medios coercitivos —como es, en efecto, el caso— a fin de imponer los derechos reconocidos para todos, tendrán que serles concedidos tales medios, y mientras antes tal cosa ocurra, mejor será para el desarrollo integral del hombre.

Es asimismo cierto, sin embargo, que, como en muchos otros órdenes, también en éste existen renegados que se oponen a reconocer tal misión como máxima aspiración humana y pretenden refugiarse en aristocráticos aislamientos a que se dejan llevar por prejuicios raciales, sociales, nacionales o ideológicos o por sus extravagantes y, aunque tradicionales, ya aberrantes conceptos acerca de la propiedad y la soberanía; pero, por encima de todo eso, por un profundo egoísmo. No puede olvidarse que existen muchos actos cometidos hasta hoy por las naciones, que constituyen delitos de lesa humanidad. Uno de ellos es dedicar sumas inconmensurables a la fabricación de instrumentos para la aniquilación de otros hombres y bienes. Y,

aun más, viendo que gran parte de la población del mundo se muere de hambre; la cual podría ser nutrida mediante un mejor empleo del cuantioso desembolso económico que el armamentismo representa. Y a este respecto, tenemos a la vez que reconocer, si nos queremos dejar de hipocresías o de alienaciones, que no puede sostenerse que de un lado de las divisiones que se han creado en el mundo todo sea perversión y del otro inocencia. Aunque los países más poderosos, especialmente los Estados Unidos y la Unión Soviética, ofuscados por su fiebre armamentista, no se den cuenta de ello o no quieran reconocerlo así, si se les juzga desde el punto de vista de la especie humana, tienen, por ambos lados igualmente, todo el aspecto de monstruos sofocados por algo así como un narcisismo paranoico. Tendrá que llegar el momento —al menos si podemos esperar que alguna vez se alcance un triunfo de la razón del hombre— en que el mundo, en general, juzgue en esa forma las realidades de nuestra época.

Otro delito de análogo orden lo constituye la sistemática negativa de ciertas potencias, en este caso en particular las socialistas, a cooperar con las instituciones internacionales de ayuda económica, cultural o alimenticia a los pueblos, sin efectuar discriminación de su color político, o sin exigirles un elevado precio de subordinación ideológica; o bien ostentando lavarse en ello las manos, por atribuir falazmente la responsabilidad de los males económicos del mundo únicamente al colonialismo capitalista (*).

Aunque las enunciadas son sólo algunas de las manifestaciones del espíritu antihumano que hoy impera en la política de las naciones, no podemos negar que la realidad actual constituye, en gran parte, el resultado de factores como los mencionados. Es decir, toda aquella realidad que vemos imperar en un mundo que se halla convertido en aquel caos de barbarie y sinrazón, de injusticia y alienación, que los mismos hombres nos hemos creado y en que parecemos estar —sobre todo debido a la extensión de las ciegas pasiones y a la presión ejercida por unos imperios implacables— irremediablemente sumidos.

No puede olvidarse que, al lado del derecho de la especie

(*) (J. Tinbergen Prefacio; 54/5) (Peccei, 193, 249).

humana a su propia subsistencia, existe también el de los animales; en particular el de aquellos que no son enemigos del hombre, pero a quienes en tantos casos ha hecho también él víctima de su afán de exterminio. No corresponde, sin embargo, tratar aquí sobre estos temas.

c) Países ricos y países pobres.

Ahora bien. No nos puede ser difícil apreciar que, cuando contémplase el panorama humano con la óptica del llamado Tercer Mundo, se alcanzan, a la vez, visiones bien diferentes de las que se les muestran a los miembros de culturas más desarrolladas. Ya hemos dicho que, desde el lado de los pobres, parecería, ante todo, que encontrárase el mundo metido en un gran círculo vicioso —o en muchos— con anuncio de consecuencias tremendas. Desde allí se ve, en efecto, que, aparte de ciertas lagunas geográficas de bonanza o superabundancia, el hombre, en dramática proporción, padece de hambre. Su hambre invita a que se le estimule al odio y a la violencia. ¿Cómo pueden ser allí constituidas, entonces, sociedades eficaces con seres violentados por tremendas necesidades vitales? ¿Y cómo puede producirse lo suficiente, siquiera para alimentarse —no digamos para progresar— en aquellas sociedades ineficaces, en tal grado sumidas en las discordias intestinas, que más bien las conducen tantas veces en su vida política y social a desarrollar una conducta frenética de virulencia y auto—destrucción?

Es cierto que unas y otras ideologías proponen, desde diferentes ángulos, eficaces remedios para las dolencias de esos pueblos. Remedios, a su vez, dependientes de la adopción de una u otra estructura social, preconizada por cada cual como la única redentora. Remedios por los cuales hombres y pueblos siguen peleándose entre ellos, mientras los más atrasados siguen atrasándose aun más. Tenemos que pensar, sin embargo, que si en el comportamiento del hombre mismo casi nunca preponderan lo razonable y lo lógico, no es diferente, sino aun peor, lo que con sus sociedades ocurre.

Si no es nuestro propósito pretender engañarnos, si es nuestro deseo, antes bien, liberarnos de los engaños, tendremos que aceptar que, si no existen para nuestros graves males solu-

ciones simples o universales que puedan amainarlos, no son, como a veces se cree, ni siquiera suficientes bien sea una mayor producción de recursos alimenticios, bien una substancial elevación de las posibilidades de trabajo humano, las cuales ahora son alcanzadas, y en grado no siempre aceptable, sólo por las naciones plutócratas. Ya vimos que cuando en Rusia falta el grano, puede adquirirlo hasta de sus opositores ideológicos, los Estados Unidos de América, que de él producen en exceso. Pero también vimos que con estas operaciones multimillonarias en nada se alivia, sino, por el contrario, se agrava el hambre de los pobres, puesto que con ello elévase el precio de los cereales en el mercado mundial.

De otro lado, el pedido de ayuda a los países ricos resulta, en general, defraudador. Significa, además, ignorar que la sordidez o la avidez de dominio los posee. Es olvidar que poco dan ellos desinteresadamente, pues no le reconocen derecho alguno al hambre ajeno, hecho que prefieren ignorar. Además, salvo de un modo transitorio, nada fundamental resuelve tampoco una simple ayuda de bienes o alimentos.

No existe otro medio de superar los atrasos de las mayorías humanas que promover el desarrollo de esos países, a cualquier costo, al costo de cualquier sacrificio. Tenemos que reconocer plenamente que los pueblos pobres estamos aislados; estrujados por engranajes de complejos y potentísimos intereses. Sólo nos queda defendernos vigorosamente y luchar. Y procurar que no nos desmoralicen ni desmoronen la extensidad de nuestras necesidades ni las luchas intestinas. Y tal cosa, que rige para las naciones, lo es, con mayor razón, para los individuos en sus sociedades. Digo con mayor razón, pues es frecuente ver que los hombres más esforzados subsistan mejor o sobresalgan entre los que lo son menos en el seno de cualesquiera sociedades, lo cual no ocurre siempre así entre las naciones. En éstas entran en juego, hasta en alta escala, otros factores, como sus riquezas naturales y el grado de dependencia política o económica a que las tienen sometidas las grandes potencias.

Difícil se hace desconocer que es condición incuestionable que la situación existente, con sus profundas desigualdades, sea cambiada radicalmente. Pero en cómo sería posible lograr tal fin es donde fracasa todo medio que pudiera ser considerado facti-

ble. Lo que de inmediato hemos visto ya es que los países más poderosos, los que poseen una máxima supremacía en cuanto a poder económico, poder industrial, poder tecnológico, poder informativo, poder militar, y muchos otros órdenes de poderes, se hallan uniformados por su afán desmedido de hegemonía económica y política sobre el resto del mundo. Llegan a temer ahora —o así desean aparentarlo— que las antinomias que existen en ellos mismos, y recíprocamente entre unos y otros, sólo puedan superarse mediante la guerra, para la cual se deben hallar siempre preparados física y espiritualmente, geográfica y militarmente. Y dirigen toda su eficiencia y su pujanza en mantenerse así. Tal uniformidad de criterio, sobrecargada de descomunales poderes, parece hacer imposible cualquier cambio sustancial en el espíritu de esos pueblos, o sea de los hombres de los pueblos que imperan sobre el mundo, hundidos en diversos colores de alienaciones feroces. Entre tantos otros factores, también éste deja poco margen para esperar un mejoramiento de la situación de desigualdad entre unos y otros países.

De continuo estremecido por las poderosas corrientes, tanto de intereses políticos cuanto económicos, que se desencadenan por el mundo, las heterogéneas naciones que no han podido lograr aún su pleno desarrollo —genérica, aunque ya hemos dicho que impropiamente, llamadas del Tercer Mundo— van luchando de modo tenaz, por eso, a fin de superar las adversas circunstancias, de orden externo e interno, a que se ven enfrentadas. Las hemos mencionado, en sustancia. Pero quizás nos conviene, además, procurar descubrir los medios más adecuados que se nos ofrecen para lograr cierta superación; las vías que en tal sentido parecieran a aquellas naciones poder abrírseles.

Como desde el Prefacio de este trabajo he manifestado, tampoco es permisible, con las radicales diferencias de todo orden entre ellas existentes, asimilar bajo una misma nomenclatura a unas y otras de las variadísimas naciones que constituyen ese Tercer Mundo. También en estos sentidos cuanto pueda decirse sólo tiene una validez relativa, en unos casos aplicable y en otros no. Y no debe tampoco olvidarse, que en el presente caso, estas reflexiones brotan desde un lugar de Latino—América lo cual, como es natural, les imprime a la vez un matiz de inspiración que, en cierto sentido, puede tener tendencia regional.

d) El hombre en el Tercer Mundo.

Poco dudoso parece que donde más necesario se hace desvirtuar la tan propalada idea de un sentido determinista de la historia, que tanto fanatismo crea, es en las naciones rezagadas. Deberíamos tratar de convencernos, por fin, nosotros, que el desarrollo de las sociedades que el hombre constituye no está regido por leyes inexorables, lógicas o científicas, o, por lo menos, que podamos nosotros —en base a lo que ya conocemos— descubrirlas o siquiera presumirlas. Sólo el hombre mismo, con sus obras, es el constructor de esas sociedades y de su propia historia. Esta misma nos ha mostrado muchas veces, pero en particular recientemente, que los países que tienen una población de hombres emprendedores, en que el orden impera, —es decir, educados en el trabajo sistemático y en un comportamiento moderado séanlo dentro de un régimen comunista o uno capitalista, han podido elevarse económica e industrialmente de modo eficaz y veloz desde muy abajo, aun desde el mismo caos. Tal cosa ocurrió en Rusia desde pocos años después de la revolución comunista y también lo ha alcanzado Alemania dos veces en este mismo siglo, luego de derrotas y enormes destrozos.

Tiene, pues, que hacérsenos a la vez evidente que, como son los hombres los que crean las sociedades, antes que éstas ayuden a moldear a los mismos hombres que las forman, no puede concebirse un eficaz funcionamiento de sociedad alguna si sus miembros no se encuentran profundamente compenetrados de un espíritu dominado por tendencias constructivas. Es decir, que deben ellos poseer en todos sus rangos, pero sobre todo en sus elementos dirigentes, una inclinación clara hacia la primacía del derecho social sobre el privado y a hacer prevalecer las obligaciones de orden social sobre los intereses particulares o propios. Lo cual es muy difícil de adquirir, es cierto, no sólo por la larga tradición de egoísmo y sordidez que pesa, en general, sobre el hombre, sino también por la ya mencionada tendencia humana a utilizar cualquier medio, aunque indigno, aun de orden infrahumano, que sirva al propio provecho, sea en cuanto a riqueza y prestigio, o a popularidad. Y, sobre todo, en cuanto a poder; para lograr el cual la riqueza, el prestigio y la popularidad constituyen sólo medios.

El verdadero problema de cada tipo de sociedad es el hombre de ese tipo de sociedad, se dice justamente, por todo eso (*). Entendiéndose, naturalmente, que cuando se habla aquí de hombres, se hace referencia también —y muy notoriamente— a las mujeres. Siguiendo aproximadamente algo de lo que dijeron Aristóteles, Tomás Moro (**) y hasta el propio Marx (***) —y según antes lo hemos ido viendo también— se nos hace preciso reconocer, por lo tanto, que no puede existir buena sociedad sin hombres buenos. Pero como, en su gran mayoría, ellos o ellas no lo son y, a medida del menor desarrollo de sus sociedades, lo son aun menos, tampoco lo resultan las comunidades que allí se engendran, en que predominan y se multiplican muchos de los graves defectos que les son impuestos por sus componentes humanos. Es así que, con tanta frecuencia, cuando se cree estar poniendo remedio a ciertos males, el hombre continúa debatiéndose en reiteradas o nuevas contradicciones, pues, al manejar sus sociedades, simultáneamente las va manipulando, reorientando o deformando. Decía Marx: "*La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado*" (****). El líder comunista "Che—Guevara" sostenía que *para construir el comunismo es necesario cambiar al hombre al mismo tiempo que la base económica* (*****). Con claridad ha expuesto esto, por su parte, Aurelio Peccei, fundador del Club de Roma, al expresar: *Es la calidad de los protagonistas lo que cuenta en la aventura humana* (******).

La *transformación del hombre* es, pues, urgente en toda sociedad moderna, cualquiera que ella sea, como muchos lo vienen diciendo (*******). Representa ella —ha sostenido asimismo Peccei (********)— *el objetivo en el cual la humanidad debe*

(*) (Faure, 205, 233)
(**) (Beer 279)
(***) (Fromm: Marx 33/4)
(****) (Marx—Engels, Obras escogidas 24/5) (Moore, 141)
(*****) (Martinet, 212)
(******) (Peccei 57)
(*******) (Faure, 235)
(********) (Peccei 233)

concentrar sus esfuerzos supremos durante los años y decenios venideros. No podemos esperar que el lento proceso de la evolución —se ha dicho también— produzca un hombre nuevo, mejor adaptado a circunstancias del todo diferentes (*). Y no se trata tampoco de transformar al hombre de algunas minorías selectas, sino del que anda esparcido en todos los pueblos del planeta. Se trata de comenzar a crearle a éste la *conciencia de la especie*; de proporcionarle, en todos los niveles de la jerarquía social, además del adecuado trabajo que necesita, una nueva cultura, de modo de prepararlo a participar de manera consciente y responsable en la aventura global humana, pues sólo un hombre y una mujer mejores pueden constituir un mundo mejor (**).

Este planteamiento es notablemente correcto. El hombre está radicalmente equivocado en muchas de sus direcciones y tendencias. Tiene que corregirlas. Pero, sin embargo, esa misma visión, con toda su agudeza y nitidez, sólo constituye, por su parte, una formulación unilateral de la realidad humana. Omite tomar en cuenta un factor previo, de suprema importancia, si también la hemos de referir a la situación reinante en los países pobres. En efecto, tendríamos que preguntarnos: ¿Puede esperarse lograr mejorar la calidad humana, tratándose de seres hambrientos y agobiados por mil otras necesidades vitales?

No cabe pensar que el hombre pueda desarrollar una personalidad creadora y socialmente equilibrada si padece de desesperanzada pobreza. Y tampoco lo logra aquel que, aun sin sufrir en alto grado tales deficiencias, desenvuelve su existencia en medios esclavizados por enjambres de ideas absurdas que lo engañan y arrebatan, de pasiones que lo estremecen; o que se ve rodeado por otros hombres que lo martirizan y lo hieren con actos hostiles y hasta con sus miradas esquizofrénicas. Y como de todos estos seres está plagado el mundo, pero sobre todo los países menos desarrollados, nos veremos obligados a reconocer que existen problemas graves, de la más alta prioridad, que acometen agresivamente contra el equilibrio mismo del ser humano. Todo lo cual contribuye fuertemente a negarnos una visión más favorable acerca de nuestras posibilidades de acción.

(*) (Alexander King, en Introducción a Peccei).
(**) (Peccei, 52, 236, 242, 251, 252, 287)

Como la mayoría de los actos e ideas y muchas de las obras de los hombres son actos, ideas y obras de gente ilógica e irrazonable, ésta sigue, en un deambular confuso, direcciones diversas, incongruentes, contrarias a toda previsión (*). Lo cual se hace también más notorio a medida que menos cultivados o civilizados se encuentran tanto los hombres como las sociedades que ellos forman.

No podemos dejar de reconocer que en los países más adelantados tuvo que ser superada o dominada como cuestión fundamental la violencia interna —cuando se pudo— estableciéndose en ellos una organización disciplinada; condición indispensable para que un pueblo pueda favorablemente desarrollarse. Como antes hemos visto, se ha dicho ya, con toda razón, que para que cualquier sociedad pueda realizar su desarrollo, en las actuales condiciones del mundo, *es la violencia el mal supremo por combatirse* (**). Análogamente se afirma que, entre los principios del moderno humanismo, debe figurar, de modo destacado, el horror a la violencia, o bien una filosofía de la no—violencia. A lo cual han de agregarse, si nos remontamos a un plano superior, una ecuménica visión de la humanidad; es decir, una visión de sentido universalista, y un equilibrado concepto acerca de la justicia distributiva (***). Si todo ello está demasiado lejos de realizarse en parte alguna, no puede esperarse que tales condiciones florezcan mucho entre quienes viven necesitados de tantas cosas.

e) El Socialismo y el Tercer Mundo.

Según hemos ya observado, no puede ser muy dudoso que el socialismo constituye un tipo de organización económico—social que —al menos desde un punto de vista doctrinario— puede tender de modo favorable a que el hombre alcance la mayor plenitud de facultades que pudieran ser reconocidas como legítimamente humanas. La historia ha mostrado, sin embargo, y los teóricos marxistas lo supieron siempre, que no puede pensarse en el establecimiento de regímenes socialistas eficaces en países que no

---

(*) (Mozaré)
(**) (Peccei, 226)
(***) (Id. 216/7, 226)

han alcanzado aún una etapa de plena industrialización. En realidad, en tales países ni existe propiamente el capitalismo ni puede existir el socialismo. Hablar allí de uno u otro sistema sólo tiene un sentido retórico (*). Ya Lenin, con todo el optimismo con que preveía el pronto advenimiento de la Revolución Mundial, reconocía que a los marxistas de los países rezagados en su desarrollo se les plantearían tareas inconmensurablemente más difíciles que las que tuvieran que desplegar los marxistas de los países capitalistas desarrollados; pues, además de otras circunstancias adversas, el proceso de difusión y asimilación de esas ideas seguido en los países desarrollados sería del todo inadecuado para ellos. Decía él por eso: *Sin una gran industria de alto nivel no cabe ni hablar siquiera en general del socialismo* (**). Aparte de otras muchas razones que para afirmar tal cosa existen, la planificación y el sistema organizativo que requiere toda sociedad socialista, exigen, además, un aparato administrativo complejo (***), para lo cual es necesario contar con numeroso personal altamente calificado, competente y eficaz, del que en países poco desarrollados se carece. No menos absurdo resulta pretender establecer la dictadura del proletariado en países que no cuentan o que apenas cuentan con esta clase social. Ya hemos visto que ni en Rusia pudo propiamente hablarse de una tal clase de dictadura.

Las consecuencias de una imposición prematura de sistemas pretendidamente socialistas, se han manifestado históricamente, por eso, en graves desequilibrios políticos y económicos, regímenes autocráticos y fascistoides, con frecuencia de estabilidad precaria, con drásticas alteraciones sucesivas en sus programas de acción; o bien en una sujeción casi irrestricta, tanto política como económica, a alguna gran potencia, o hasta en una violenta regresión hacia un derechismo recalcitrante. Es decir, a todo, menos a la creación de un verdadero estado socialista. Aparte de no parecer, tampoco, que el convertirse en satélite de alguna gran potencia, cualquiera que ella sea, constituya el fin al que deba aspirar un pueblo soberano. Sobre todo, porque todavía

---

(*) (Galbraith: L'economia 124)
(**) (Gueorguiev 198/9, 225)
(***) (Galbraith: L' economia 154)

no hemos visto en la historia de la humanidad que hayan existido potencias que no trataran de ejercer ni ejercieran un imperialismo impregnado de sordidez, cada vez que se les hizo posible, sobre los pueblos débiles. Muy lejos de la vista está el que pueda constituirse en la tierra un mundo sin fronteras discriminatorias. Tan lejos, que, al menos por el momento, tiene que ser juzgado como un sueño utópico. Y como tal tiene que ser tomado en cuanto a la política a que debe ceñirse cada pueblo que quiera actuar con objetividad.

También se presenta en estos sentidos otra circunstancia que tenemos que reconocer. En amplios sectores del mundo la idea misma del socialismo se ha convertido en odiosa y encuentra la más acerba oposición. Y no es que hayan sido sólo los burgueses capitalistas quienes, en defensa de sus propios intereses, se opusieron tenazmente a esos postulados y a su implantación. Tampoco lo fueron quienes pertenecen a la clase de proletarios aburguesados, que han venido incrementándose en cantidad y en poder entre las sociedades más desarrolladas. Lo han sido también numerosos políticos e intelectuales o miembros de la milicia, hasta con puntos de vista amplios o *progresistas*, como ahora se les llama. Es que logran descubrir también ellos las serias contradicciones que es común se hayan producido en la realización de los planteamientos socialistas; quizás de modo particular, por los métodos tácticos de combate empleados por los partidos para lograr la captura del poder político y para sostenerse luego en él, cuando lo lograron. Para objetivos que presumiblemente tienen como última finalidad la dignificación del hombre, en general, mediante la abolición de las graves desigualdades y de las desdichas que lo afligen, son propugnados y adoptados encarnizados métodos de combate, el llamado a la obstrucción y a una lucha generalizada, el azuzamiento de las pasiones más desquiciadoras que sea posible despertar en el hombre. Se va corroyendo con ello, hasta destruirla, toda voluntad de cooperación recíproca, que es condición esencial para el buen desarrollo de las sociedades.

Y es en los países poco desarrollados —que tienen que luchar heroicamente por su rápida evolución, cuando no por su existencia o subsistencia mismas— donde más perjudicialmente repercuten y mayor daño causan las incitaciones a la violencia

espiritual y física. Lo cierto es que esos países rezagados van esforzándose en avanzar, como barcos endebles en medio de mares procelosos. Aquella infiltración de estímulos obstruccionistas les produce el efecto que originarían quienes, en medio de graves tormentas, procuraran arrancar el timón de las manos que guían esos barcos, o bien destruir sus mecanismos impulsores, creyendo poder sustituirlos eficazmente luego por otros mejores, aunque aún imaginarios.

Hemos de tener presente que lo que a la mayoría de aquellos pueblos no suficientemente desarrollados los caracteriza no es únicamente la desigualdad en el reparto social, aunque sea ella bien notoria; no es tan sólo la explotación extranjera, por perjudicial que sea. Muy conspicuamente, es la insuficiencia de la producción una de las causantes principales de la pobreza. Es razonable pensar entonces, y hasta debiera tenerse por axioma, que les es menester a esos pueblos tender, como su objetivo prioritario, a lograr su más rápida industrialización en todo cuanto sea ésta compatible, en cada caso, con una mejor justicia distributiva y con la naturaleza misma de las riquezas naturales disponibles y su adecuada transformación en bienes de uso. No parece existir otro modo de emerger del subdesarrollo. No lo es, en todo caso, el salto violento de ellos hacia un socialismo impracticable, al que se les incita.

Y es que existe un factor muy importante, directamente conexo a lo anterior, que ejerce notable influencia negativa en el desenvolvimiento de los países rezagados. La realidad hace ver por doquiera, pero en particular entre ellos, que con frecuencia son individuos ansiosos de alcanzar connotación y poder quienes gran daño llegan a originar en las sociedades. Por pocos que ellos sean, su influencia es apreciable. Y parece que se esforzaran ellos más o destacaran más en los países menos desarrollados. Porque, si hablamos de sordidez, es lo positivo que, además de los burgueses, a quienes, por lo común con razón, se les imputa ejercer su sordidez económica y pretender subordinarlo todo a mezquinas conveniencias de tal orden, hácense notar aquellos otros individuos, saturados de sordidez política, que todo asimismo lo subordinan a ambiciones de dominio gremial o sindical o de alguna otra nomenclatura. No tenemos por qué pensar que la sordidez sea unidireccional. Si, desde un punto de vista eco-

nómico, se caracteriza ella por el ansia desmedida de alcanzar riqueza, no pocas veces con el propósito de luego ejercer el poder político; desde el punto de vista político encuentra ella su equivalente en el descomedido afán de alcanzar tal poder para lograr la influencia sobre las masas o el dominio en alguna otra alta jerarquía de mando. Con tal fin tienen estos que elegir los medios más propicios para cumplir tales propósitos, que, naturalmente, son aquellos con que de modo más eficaz puedan ser enajenadas las multitudes. Ya vimos que algo así dijo Sorel. Y también lo han dicho Lombroso, Le Bon y otros. En pueblos adelantados, suelen sentirse favorablemente estimuladas las multitudes por quienes les ofrecen mayor orden y disciplina para incrementar el bienestar y el progreso; es decir, por individuos de espíritu constructivo, aunque también en esto puedan caer ellas víctimas de serios engaños. En los pueblos rezagados es natural que sigan las masas de preferencia a quienes les hablan de sus pobrezas y sufrimientos y, cual mediante un nuevo tipo de religión mesiánica y salvadora, les ofrecen liberarlos del todo de esos vejámenes. Es tal la razón por la que la oratoria empleada allí por los aspirantes a caudillos se caracteriza más por su retórica virulenta y traumatizante que por sus expresiones de sensatez y su apego a la verdad. Y son, precisamente, los luchadores socialistas, o quienes así se apodan, quienes, en su afán de dominio de las masas y de lograr la rápida proliferación de su llamado a un nuevo orden y a la abolición de las desigualdades sociales, han creído tener que valerse de serios intentos de socavamiento de las sociedades, extendiendo el llamado a la disociación, la agresividad, el terrorismo y la lucha intestina, a huelgas y onerosas paralizaciones; atizando odios y hasta guerras internacionales, o bien —en obediencia a Sorel— tratando de implantar un estado de violencia permanente. Siempre que se hizo posible, utilizáronse tales medios con el propósito de lograr la desestabilización de los gobiernos; confiando en alcanzar luego del desquiciamiento político—social, la implantación de regímenes comunistas. Y es lo cierto que el aniquilador impacto que tales tácticas ocasionan se hace particularmente perjudicial en los países cuyo desarrollo se encuentra retrasado.

Lo que con todo ello se obtiene es un mayor o menor descoyuntamiento en las estructuras socio—económicas, la extensión intermitente de olas de agitación, de enfrentamientos

internos, o hasta de guerrillas, que mucho contribuyen a crear la perturbación social y a dificultar y retardar aún más el proceso de desarrollo. De aquel desarrollo que a los pueblos de industrialización incipiente les es, más que a otros, tan indispensable alcanzar a no largo plazo, a fin de librarse de otras supremas dependencias.

Y es, precisamente, de tal clase de agitadores de que se ha constituido en esos pueblos hasta un cuerpo semi—profesional, de quienes buscan satisfacción espiritual, y no pocas veces su propio sustento, en el ejercicio de labores disociadoras. Pero, sin embargo, a tales personas les son a la vez características, según lo ha hecho notar el comunista Djilas, además de su militancia fanática, la tendencia a enzarzarse en una lucha interna de facciones, incesante e implacable (*). Buen caldo de cultivo hallan, en realidad, entre ellas mismas el adoctrinamiento desquiciante, que es común ejerciten, sin beneficio para nadie, pero sí hasta en grave perjuicio propio, en una inconsciente tendencia hacia su auto—destrucción.

Y todo aquel ser humano que razone equilibradamente, es decir, siquiera en alguna medida, libre de alienaciones, tiene que reconocer que los estímulos al desquiciamiento y el caos, aun cuando se trate de emplearlos como medidas tácticas, no pueden propender a una formación psicológica enaltecedora de los individuos, ni a un desarrollo eficaz de las sociedades que ellos constituyen, sino al contrario. A las masas, hipersensibles a cualquier ofrecimiento de liberarlas de sus angustias, se les pregona entonces que, siguiendo a los caudillos, que, con voces recalcitrantes, se exhiben como salvadores del pueblo o únicos intérpretes y defensores de la justicia social, no les será nada difícil verse libres de la opresión y la miseria. Sosteniendo que así es la lucha por el socialismo, embisten contra todo principio establecido, sin respetar nada que se oponga a sus intereses de proselitismo o bandería. No mencionan esos profetas ni los esfuerzos que se les hace siempre necesario desplegar a los pueblos para alcanzar el bienestar; ni la superación que debe lograrse en el trabajo; ni el orden, ni la disciplina; sino los medios del odio, la agresividad, el ejercicio del terror, la expro-

(*) (Djilas 211)

piación o destrucción de riquezas particulares o públicas. Bien saben los instigadores de esos sentimientos que no es cosa común que las masas acojan las invocaciones razonables, sino que se ciñen ellas, en sus actos e inclinaciones, a lo irracional y lo emotivo, hasta a lo que puede llevarlas hacia el frenesí de la agresión y al holocausto. Lo ha mostrado ya así hartas veces la historia. Y no es difícil comprender que, cuando un tal pueblo ha de elegir a sus dirigentes, tienda a preferir, aun en propio perjuicio, a quienes más estimularon sus reacciones hacia la irracionalidad. El que estos juzguen lícitos hasta los métodos desquiciadores que ponen en práctica para lograr sus fines, no los exime de grave responsabilidad. En última instancia, aunque ellos en nada de esto crean, de una responsabilidad de lesa civilización. Ejemplares de esos especímenes, a veces enfermos de masoquismo, se presentan, es cierto, en todas las naciones, ricas o pobres; pero la diferencia sustancial consiste en que los efectos destructivos de tales procedimientos resultan más nocivos a medida que los pueblos son más débiles, atrasados y desorganizados. Pues en ellos, al subdesarrollo económico y social, se agrega siempre un subdesarrollo cultural y educativo, aunque también en este aspecto, como en el de la riqueza, se presenten allí las más pronunciadas diferencias de nivel entre unos estratos de notable desarrollo y otros de patético retraso.

Parecería oportuno exponer brevemente aquí ciertas consideraciones con respecto al eurocomunismo, contemplado con óptica del Tercer Mundo. Si bien este importante movimiento ostenta, como el marxismo, el propósito de lograr la liberación del hombre de enajenaciones y sordideces, se ha despojado, además, del principio de la incitación a la violencia. Lo cual es muy importante. Pero, de otro lado, no se aviene él a renunciar a ciertas concepciones arraigadas en la mente occidental, en particular a la de las banderías nacionalistas. Comunismo con los colores de Francia, hemos visto que se dice. O con los de España o de Italia. Se hace difícil pensar entonces que quien no está dispuesto a renunciar al estrecho criterio del nacionalismo pueda alcanzar, a la par, una visión universalista como la que, sobre todo el Tercer Mundo, hoy requiere tan decididamente. El sentimiento nacionalista es el que siempre ha dado sustentación, además, a empeños imperialistas y hegemónicos. Es cierto que el

más poderoso país comunista del mundo cultiva un nacionalismo cerrado y ejerce un dominio aplastante sobre otros; pero ello sólo indica que ha incumplido una de las fundamentales tesis doctrinarias del marxismo—leninismo. El eurocomunismo, en todo caso —como su nombre lo expresa— pertenece a Europa. Es propio de ella. No se hace posible señalarlo, por lo tanto, como meta cuando se quiere abarcar una perspectiva de más largo alcance, como la que nosotros debemos buscar.

Existe otro importante factor, que es necesario tomar en cuenta al juzgar el socialismo desde el punto de vista del Tercer Mundo. Parece poco cuestionable que, dondequiera se pretenda erigir una auténtica sociedad socialista, o cualquier tipo de sociedad ordenada, tendrá que serlo a base de una masa a la que a la par que se la libre de sordideces, también lo sea de energumenismo. Es decir, que sea educada en el empeño no sólo de obtener la abolición de las injusticias sociales, sino también el triunfo, junto al de la equidad, de las tendencias constructivas. Para aproximarse a eso no son las tácticas del estímulo a la violencia, con sus métodos irracionales, lo que haya de conducir a los hombres ni a las sociedades hacia mayores equilibrios.

La dificultad grave que en todo este problema existe, sin embargo, es que el remedio para la violencia no debe buscarse en la contraviolencia, por eficaz que ésta parezca o inevitable que en ciertos casos extremos llegue a ser. Ni es a palos como debiera de enseñarse al hombre a superarse. Antes, al contrario. Y teniendo presente, sobre todo, algo a lo que se procura mantener los oídos sordos. Y es que quienes de mayor moderación y educación requieren no siempre son aquellos que sufren de insuficiencias y pobrezas, sino, en muy alto grado, todo aquel que algo pudiera hacer por amainarlas. Lo cual convierte la tarea de gobernar con acierto y mesura los países poco desarrollados en una labor sumamente difícil y llena de los más graves escollos. Gobernarlos mal es, por el contrario, lo fácil y frecuente. Pero con eso tampoco se ayuda en nada a su perfeccionamiento.

Trae esto un nuevo tipo de dificultades que se agregan a las propias de tales países. Es sabido que la vida de todo hombre constituye un proceso irregular de aciertos y de errores. Lo

mismo ocurre con las sociedades, las instituciones, con las naciones o sus gobiernos. Muchas son las personas que mezquinamente se complacen, desde cómodos escaños o manteniendo el anonimato, en censurar los equívocos de los demás, no sólo sin juzgar los propios, que pueden ser graves, sino sin reconocer las dificultades a que aquéllos se ven enfrentados y, sobre todo, sin apreciar jamás sus aciertos. Y constituye ésta una característica muy notoria en los pueblos menos desarrollados, en que los gobiernos u otras instituciones, por mejor que actúen sus dirigentes, suelen verse enfrentados, de un lado, a su poca disponibilidad de gente capaz, preparada y honesta, y, de otra, a la permanente censura, por lo común mordaz, de quienes se complacen en juzgar sólo los ajenos errores, y con particular énfasis si estos son cometidos por quienes ejercen alguna autoridad sobre ellos. En el proceso de acumulación con que este factor actúa, suele crearse todo un ambiente hostil, frecuentemente irracional, en que los daños a la confianza pública llegan a ser muy grandes; fenómeno que es no poco frecuente.

f) Las opciones del Tercer Mundo.

Tiene que hacérsenos evidente ahora que, si se tiene el propósito de lograr la liberación de los pueblos pobres y la superación de sus calamidades, los caminos actualmente seguidos por las sociedades no van en buena dirección. Y esto se debe a que, del mismo modo como las potencias imperialistas, sean ellas capitalistas o comunistas, intervienen, directa o indirectamente, política y económicamente en el desarrollo de los pueblos, también llegan a subyugarlos, en uno u otro sentido, mediante la infiltración de sus propias ideologías e influencias. Ocurre así que los modelos de organización política o social que se le ofrecen al mundo siempre provienen de países interesados en mantener en ejercicio su propio predominio. Tales modelos pueden no resultar adecuados para una buena mayoría de los pueblos del Tercer Mundo, ni mucho propenden tampoco a la defensa de los intereses de éstos, sino al contrario. Han quedado ya reseñadas algunas de las proposiciones de ese orden que el pensamiento occidental —capitalista o comunista— le ofrece al hombre, así como los graves inconvenientes que ellas encierran.

Pero podemos mencionar brevemente otros aspectos de esta problemática, con la mira dirigida en particular hacia el Tercer Mundo.

Como sistema político ideal, como la más alta expresión de éste en un mundo civilizado, se habla por doquier, y con los mayores ditirambos, de la democracia. A tal punto es venerada esa diosa mitológica, que hasta los partidos de tendencia autocrática o los regímenes en que rigen la opresión o el despotismo, se esmeran en hacerse pasar por cultores de ella, o hasta se engalanan con tal rótulo como apelativo. Lo cual, demás parece decirlo, casi en general constituye una ficción burda. La realidad es que en ninguna parte, ni en aquellos países en que se realizan elecciones llamadas libres —ya lo hemos visto— se ejercita una verdadera democracia, aunque no sean muchos quienes se atrevan a reconocerlo así. En la mayoría de los países del Tercer Mundo tal ejercicio es aun menos practicable. Ya hemos visto que a medida que menor nivel cultural posean los pueblos, a mayor grado que alcance el analfabetismo, más susceptibles son ellos a las influencias, no de la razón, la equidad o la justicia, no de una compulsación juiciosa de las más altas necesidades y conveniencias, sino de los irracionalismos de todo orden. Es por eso que en tales naciones quienes más exigen una vía democrática en la vida política son precisamente quienes se esmeran en sustentar las posiciones más demagógicas, o los que pretenden valerse de estímulos enajenantes, que les resulten, directa o indirectamente, de provecho propio.

Sigue ofreciendo, por otra parte, el Occidente al mundo, con despliegue de gran aparato, empuje y tesón, la vía del cristianismo. También este tema ha sido tocado antes; pero parece oportuno agregar algo.

Podríamos preguntarnos, ante todo: ¿De qué cristianismo se habla? Pues no puede ser de aquel del que Jesús habló. En realidad, nos hallamos nosotros inmersos en un mundo por completo extraño; pero, sobre todo, del todo antitético de cuanto ese santo varón se propuso enseñar en sus tiempos. No tanto en cuanto a los desarrollos materiales o sociales desde entonces ocurridos, sino porque es lo cierto que todo en el mundo ha sufrido profundos cambios, hasta en lo que a los hábitos y al comportamiento esencial del hombre mismo se

refiere. Las voces de Jesús, por sublimes que en su tiempo hubieran resultado, muy poco pueden ya decirnos que sea eficaz o practicable en el mundo de hoy, definitivamente encaminado, como se halla, en una dirección del todo ajena a aquella en que él soñó. Ni los que hablan en su nombre, ni los que se dicen sus discípulos, tienen forma auténtica de seguirla, salvo adoptando reconocibles disfraces. No es amor ni caridad, tampoco, lo que podemos los hombres del Tercer Mundo pedir a los países fuertes, ni es posible que de ellos los recibamos. Ni podemos creer que clamando al cielo nos vendrá la justicia. Son muy diferentes los medios de que tendremos que valernos.

Nuestros actuales problemas son, además, bastante más complejos que todo eso. Y, sobre todo, son más trágicos. La humanidad se ha expandido y vibra por distintos lados con diferentes ritmos y con toda clase de dolores. No puede ya creerse que tenga que seguirse, como modelo exclusivo, lo que el Occidente quiera enseñarles a los otros. Aquel mismo Occidente que, envanecido de lo bueno que ha dado al mundo, quiere hacer olvidar cuantas perversiones y abusos también ha inculcado él y continúa inculcando. Sobre todo, porque, no obstante su vasta experiencia cultural y filosófica, ha juzgado él siempre los acontecimientos y sus propios actos de acuerdo con sus particulares conveniencias y perspectivas, y no con las de los otros, fueran éstos, o no, sus víctimas.

Por esas y otras razones, en lo que tiene hoy que pensarse es en modelos de organización político—social y de ordenamiento mundial que sean más propios del Tercer Mundo, para él adecuados, y en que se tengan en debida cuenta los intereses y conveniencias de este sector ampliamente mayoritario, pero también ampliamente agraviado, de la población del mundo. Parece que esa podría constituir la única vía que tuviéramos para buscar una auténtica liberación.

No es tarea simple, desde luego, ni será posible que llegue a ser ella enunciada rápidamente. Habrá que renunciar a mimetismos e ir arrancándose las inapropiadas vestiduras que nos complacemos en adoptar para semejarnos a nuestros propios opresores. Pero podrá llegar el momento en que eficaces doctrinas en tal sentido vayan siendo elaboradas.

Ahora bien; mientras las naciones opulentas prosiguen desplegando su política de enfrentamiento agresivo entre sí mismas, de sojuzgamiento y expoliación de las naciones poco desarrolladas y de menosprecio hacia los males de los pueblos miserables, ¿qué les queda entonces a éstos?

No puede dudarse que el permanecer en un estado de desarrollo incipiente frente a países poderosos, sólo da origen al fomento de la codicia en esos imperios; los cuales, mediante su poder económico o su pujanza militar —aunque a veces disfrazada— procuran, frecuentemente con éxito, sojuzgar y explotar en su beneficio las más variadas regiones del orbe. La única defensa que contra estas acciones existe es resistirse tenazmente, cuanto se pueda, a cualquier estado de dependencia y propender, a la vez que a la unión entre ellos, al desarrollo más acelerado posible de la propia economía y la propia industria. Es fatal ceguera no ver esto con claridad. Y es hacerles el juego a los poderosos fomentar persistentemente entre los débiles las inquinas. Habría, por el contrario, que valerse de cuanto de los países desarrollados pueda lograrse, sin caer en dependencias, en cuanto a aportaciones económicas o financieras, de tecnología u organización administrativa y gerencial. Es decir, tanto en la preparación técnica y en la productividad, cuanto en la preparación del hombre. Estos objetivos son de la más alta importancia y urgencia para llegar a elevar de modo significativo el nivel de vida de los habitantes de esas partes del mundo (*).

Bien sabido es que hasta los países altamente desarrollados persiguen, como uno de sus propósitos primordiales, el aumento de la eficiencia y de la productividad en sus industrias. No constituye éste sólo un objetivo de inspiración capitalista, sino, muy destacadamente, también socialista. Lenin advertía que hasta a los países socialistas les sería necesario *aprovechar al máximo las conquistas de la técnica y la cultura alcanzadas por el gran capitalismo*; transformándolas de instrumentos de éste en instrumentos del socialismo (**). Reiteradamente lo mencionan así los dirigentes de los países más desarrollados, sean capitalistas o comunistas, y a ello dedican grandes esfuerzos (***). *La edificación de la sociedad comunista* —ha dicho recientemente Brezhnev— *sólo puede cumplirse sobre la base del desarrollo*

(*) (Chandrasekhar, 88)
(**) (Gueorguiev 265, 275, 278/9)
(***) (Victorov 11/4) (Brezhnev 57/9) (Sandoz, 207).

acelerado de la ciencia y la técnica. (*). Para ello aun se propende a una utilización más hábil de los incentivos y resortes económicos y a un sistema eficiente de estímulo material y moral. Estas condiciones han llevado hasta a la propia Rusia Comunista a aceptar la práctica del trabajo a contrata (**). Se ha dejado a veces de lado en ese país la observación estricta de la línea ideológica, cuando se ha tratado de alcanzar objetivos prácticos, que favorezcan su propio progreso.

Una simple consideración pragmática obliga, entonces, a establecer que los pueblos atrasados debieran de optar por los sistemas económicos y sociales que mejor tendieran a favorecerlos, sin dejarse subyugar por las voces de la alienación que los inclinan a desviarse del primordial objetivo de su desarrollo e industrialización más veloces. Aún más; para los países del Tercer Mundo que viven en alto grado de pobreza y de miseria, los requerimientos no estriban tanto en escoger cuanto en sobrevivir. Pero en aquellos en que la situación no es tan desesperanzada, un proceso regulado de socialización de los grandes medios de producción y de las industrias básicas, parecería serles de beneficio evidente, para evitar la profundización de las graves desigualdades socio—económicas tan características en ellos. De otro lado, les resulta beneficioso a esas sociedades, conservar vigente, aunque sólo lo fuera en vía transitoria, la propiedad pequeña y mediana, así como el estímulo del incentivo para la producción y para el intercambio mercantil. Es decir, algo análogo a lo que el eurocomunismo se propone. De abolir radicalmente los métodos capitalistas, renunciarían ellos a las importantes ventajas que éstos ofrecen para un desarrollo incentivado (***). De tales estímulos, los con mayor eficacia empleados son el beneficio económico como fomento a una mayor producción y un aumento del consumo, estimulado por cierto grado de publicidad. Pueden también cumplir equivalentes propósitos —como menciona Fromm (****)— el prestigio, la posición, el placer mismo que el trabajo produce. Es imprescindible seguir impulsando con ellos el desarrollo industrial, cuidándose de disminuir paralelamente las

(*) (Brezhnev, 62)
(**) (Id. 78, 80, 96, 100)
(***) (Martinet 50)
(****) (Fromm: Crisis—95)

desproporciones en la distribución de la riqueza y de evitar que continúe produciéndose la prevaleciente intoxicación de mezquindad y codicia en los hombres y en sus pueblos. Si bien son tremendos los extremos de ceguera y de angustia a que la sordidez empuja a los hombres; si es grande el estímulo que la codicia le presta a la envidia; todo ello hasta resulta menos pernicioso que estimular el odio en el seno de las sociedades, en el intento de quebrar sus estructuras por medio de la violencia, lo que suele conducir, como antes ha quedado dicho, a la pérdida, sin compensatorio beneficio, de mucho de lo poco que los pobres poseen.

Parecen haber sido tenidas en cuenta tales razones por algunas naciones del Tercer Mundo, cuando definen su política económica como no comprometida; es decir, ni capitalista ni comunista. En buena cuenta, esto parecería constituir una indefinición, pues la duplicidad o pluralidad de negaciones nada afirman. Lo que quieren dar a entender es que se basan ellas en un empleo ecléctico de uno y otro sistema, o de cualquier otro, en la medida en que cada cual mejor satisfaga sus propias conveniencias; o bien en la introducción, en vía de ensayo, de ciertos dispositivos nuevos. Los interesados en oprimir a otros califican esto de oportunismo. Las naciones no deben vacilar, sin embargo, cuando tienen que incurrir en oportunismos de este tipo, sobre todo si se trata de su propio beneficio. Deben prescindir de las normas o ideologías a que otras partes interesadas, en su propio provecho, quisieran verlos quedar sojuzgados.

Aparte de todo ello, existe un elemento que podría llegar a hermanar a los tan desiguales pueblos rezagados en la carrera por su industrialización. Se sabe que el monto de lo que el mundo gasta hoy en armamentos, del que son responsables principales las dos mayores potencias del mundo, los Estados Unidos de Norteamérica y la Unión Soviética, es catorce veces mayor que cuanto se distribuye, por todos los conceptos, como ayuda al desarrollo de los pueblos (*). Y la portentosa cifra correspondiente, que, sólo por lo que llega a saberse, asciende a unos 400 mil millones de dólares al año, no tiene viso alguno de

(*) (Giscard—Le Monde 25/31 mayo 78)

bajar, sino, muy por el contrario, se incrementa constantemente. Gran parte del mundo, pues, en particular el Tercer Mundo, está hundido en la pobreza y el infra—desarrollo como consecuencia, en buena medida, de la morbosa arrogancia con que las grandes potencias se esmeran en amenazarse con su exorbitante poderío, para arrebatarse jirones de otros territorios y convertirlos en zonas propias de influencia.

Sin tener cómo oponerse a ello, sin estar dentro de sus posibilidades la instauración de procesos en nuevos tribunales tipo Nürnberg para condenar y penar a quienes ponen en grave riesgo y causan tanto sufrimiento a millones de seres humanos, lo que sí parece que debieran hacer los países rezagados es unir sus voces en un enorme grito de protesta, que tal volumen llegara a alcanzar que retumbara hasta en los más ensordecidos tímpanos. Aun cuando parecieran no ser oídos.

Pero hasta para eso sería indispensable que esos pueblos lograran desalienarse y comprender que sólo así, y no dejándose subyugar por cantos de sirenas, podrán eventualmente alcanzar su liberación los débiles de su manipuleo por los fuertes y hacer que el mundo de algún modo se encamine hacia la atenuación de las grandes desigualdades.

Acaso sea precisamente tal la misión que, desde el fondo mismo de sus pobrezas y su desamparo, les corresponda cumplir, en respuesta al gran desafío que les ofrece la historia, a esos pueblos numerosos a los que se conoce como el Tercer Mundo.

Y no debería constituir aquél sólo un mero grito. Tendría que ser el grito que anunciara y acompañara a un nuevo despertar. En realidad, tendría que ser el despertar hacia un Mundo Nuevo, bien distinto del actual. Existiría la presunción, por eso, y por otras condiciones, de que Latinoamérica pudiera una vez más constituirse en la expresión de ese Nuevo Mundo, siempre que llegara también a hacer nacer en su seno un hombre nuevo. Si no hubieran sido y siguieran siendo sus pueblos tan eficazmente enseñados en la desunión y la violencia y no hubieran aprendido ellos tan bien la lección, una tal perspectiva podría aparecer como mucho más brillante. En todo caso, los pueblos del Tercer Mundo tienen que vivir hoy de esperanzas. Pero también esforzándose siempre, y muy decididamente, porque sus esperanzas se vean cumplidas a no largo plazo.

TERCERA PARTE

EN BUSCA DE UN NUEVO MUNDO

Casi desde los albores de la historia se ha visto el hombre sometido a juegos de tensiones muy penosas, por él mismo creadas. Se nos hace difícil pensar que pueda alcanzarse un mundo en que las graves luchas desaparezcan o se hayan atenuado de modo substancial. Nada de eso puede vislumbrarse tampoco a lo largo de los rumbos que hoy sigue el hombre. Y, sin embargo, no puede tenerse por imposible que tales rumbos cambien. Para mejor o para peor, hoy todo cambia constantemente. Desde antes, hemos visto ya también a muchos grandes pueblos arrebatados por creencias animistas, por supersticiones y fanatismos, y destrozarse por ellos unos a otros durante siglos. Todo ese mundo de ideas y prejuicios se vino después abajo. Empeñáronse los hombres, más tarde, en imponer su poderío económico, o bien su ideología y, provistos de tales disfraces, en esclavizar los fuertes a los débiles. También con frecuencia se luchó izando banderas de libertad e igualdad. Sin embargo, después de todo esto, luego de cambiar tantos frentes de combate, aparece hoy un mundo en que prevalecen injusticias llevadas a supremo grado, neurosis generalizadas, el imperio de la violencia. Y hasta la apología de ésta. El panorama casi no dejaría resquicios a la esperanza; si no supiéramos que a veces descubre el hombre medios del todo inesperados, que logran trastornar las situaciones e imprimirles direcciones nuevas. Hoy parece, además, que si los más serios problemas subsisten no es porque no se conozca su causa ni existan soluciones, sino porque los pueblos, o los gobiernos de los pueblos, sobre todo los de los

más poderosos, por más que los hombres, desde muchos lados, lancen gritos de angustia y desesperación y llamados a la constitución de nuevos órdenes mundiales, viven aún envueltos en esquemas de validez imperante en el pasado; sin querer reconocer que desde hace tiempo ha llegado el momento de dar un vuelco completo a las ideas y de pensar en forma del todo diferente. Si esto último ocurriera, y así se actuara, se haría también posible que este mundo de grandes desigualdades, dominado por las ponzoñas y las iras, se viniera igualmente abajo y fuera sustituido por otro, mejor o peor —quizás mejor—, pero distinto. Aunque no pueda pensarse —como dice Milovan Djilas— en una sociedad perfecta y no violenta, quizás sí sea posible esperar sociedades más libres y más equitativas (*). Con lo cual mucho se habría ganado.

Es ilusorio creer que esos llamados hacia un orden racional del mundo puedan sacudir las conciencias de aquellos que, absorbidos por doctrinas alienantes y aprisionados por una tónica de intolerancia, gobiernan en las soberanas potencias. Tampoco podrían ser aquéllos provechosamente escuchados por las masas de sus pueblos, sólo alimentadas de noticias cercenadas o adulteradas. Las angustias colectivas, que constituyen una grave enfermedad social, se vuelven febriles también en aquellas sociedades desarrolladas y los individuos que de ellas pueden librarse son impotentes para modificar el comportamiento de su comunidad (**).

Además de esto, no nos es difícil observar que los hombres de aquel mundo más desarrollado se siguen sumergiendo en su unidimensionalidad, sea marcusiana o no. Y ésta, a la vez, debilita drásticamente en ellos hasta la facultad de discernir más allá de los restringidos círculos de sus conocimientos especializados. Como signo de su progreso, todos van volviéndose allí especialistas. Tal tendencia está constituyendo un vicio creciente, del que se hace difícil escapar. Y que, sin duda, es dañino. Está bien que un físico se abstenga de opinar sobre graves problemas de la esfera de un botánico o de un anatomista, o recíprocamente; o que el matemático no quiera inmiscuirse en temas que atañen a la psiquiatría. Pero de allí a no querer ver nunca

---

(*) (Djilas 229)
(**) (Baraud 143, 195/6, 201/2). (Masset, 44).

más allá de sus narices, hay una larga distancia. No todo puede ser materia de especialización para el hombre, sin que éste desperdicie en buena medida sus grandes dotes de observación y de síntesis. Ni siquiera se hace muchas veces indispensable ser profesional para reflexionar válidamente sobre cuestiones generales concernientes a los conocimientos que son materia de una cierta profesión. No es infrecuente que hasta las visiones extra—profesionales logren hacer recaer la atención del experto sobre aspectos que por él no habían sido percibidos, como se han dado muchos casos. Decía un médico chino: "Un médico está cargado de prejuicios. Un profano tiene el espíritu abierto". Y es referido a esto que aseveran también los chinos que no es sólo el fuerte quien ayuda al débil, sino que siempre se tiene necesidad de alguien más débil que uno mismo; como también señalaba Mao Tse—tung al decir: *Los oficiales aprenden de los soldados* (*).

Estas atingencias son particularmente ciertas cuando se trata de idear modos de vida, de concebir diversas variantes en la organización política o social de los pueblos, de efectuar elucubraciones o hipótesis sobre el porvenir de las sociedades, de las creencias o del mundo en general. Para técnicos o académicos constituye tal cosa un atrevimiento, a lo que califican de improvisación o *dilettantismo* y le conceden el desdén que frecuentemente es en ellos típico. Y, sin embargo, como repetidamente se ha visto, esas disquisiciones libres pueden, en frecuentes circunstancias, resultar muy valiosas; en todo caso, más que aquellas que pretenden ceñirse estrictamente a preestablecidos y conocidos cánones, pero cuya visión sólo a corta distancia alcanza. En todo esto, en que también influyen ciertas inspiraciones o intuiciones, quizás poco científicas, pero, muchas veces, creativas, parece que los pueblos meridionales aventajaran bastante a los nórdicos y los orientales tal vez a unos y otros. Y es a la situación expresada, a lo que, sin duda, se refería también Mao Tse—tung, cuando, en su lenguaje siempre simbólico, disponía: *"Bombardead los Estados Mayores"* (**). Y bien que así se hizo en la nueva China en repetidas oportunidades. A ello estuvo dedicada, precisamente, la Revolución Cultural. Y, sin que ello

(*) (Peyrefitte 75, 163, 175)
(**) (Peyrefitte 95, 221, 392).

de ningún modo signifique cantar el elogio de ésta, cuéntase que después de ella los mejores maestros, los que más interesaban a los alumnos, no siempre resultaban los profesionales, sino los aficionados, lo cual logró una desacralización de los primeros (*).

A veces se hacen oír hasta en los propios Estados Unidos voces de disidencia y de rechazo a las contradicciones y paradojas existentes en su sociedad, o se levantan ellas contra el sojuzgamiento oficialista de las ideas. Hay manifestaciones en que vibra la protesta. Truenan las voces de estudiantes. Muchos firmaron en 1962 la *Declaración* de Port Huron por una Sociedad Democrática. Sosteníase allí: *La declaración de que todos los hombres son creados iguales. . . suena a hueca frente a la realidad de la vida de los negros en el Sur y en las grandes ciudades del Norte. Las intenciones pacíficas de los Estados Unidos, tantas veces proclamadas, están en flagrante contradicción con sus inversiones económicas y militares. . . Mientras dos tercios de la humanidad sufre por la desnutrición, nuestras clases altas viven en medio de una abundancia superflua. . .* (**). Pero tales denuncias no adquieren fuerza. Quedan en aislados gritos, sofocados por el ambiente, por el espíritu de homologación u homogenización. Puede resultar ventajoso este espíritu para lograr objetivos que requieren cohesión, acaso para el progreso tecnológico, mas no es inducente a grandes despertares ideológicos. *Los norteamericanos* —sostiene, por eso, también la Declaración de Port Huron— *experimentan en la actualidad una paralización espantosa frente a cualquier pensamiento innovador y a cualquier formulación creativa* (***).

Análoga cosa, si no lo es peor, ocurre en la Unión Soviética. Los fermentos existen, pero si el desasosiego se insinúa, son pronto sofocados entre un medio abrumador y el inmenso poderío estatal que los asfixian.

a) La voz de un Nuevo Mundo.

Parecería entonces que las voces de renovación substancial

(*) (Peyrefitte 165/6)
(**) (Scott, 76/9, 238/9).
(***) (Scott, 80)

que necesita el hombre bien pudieran emerger y hallar eco en países no muy arrebatados por sus grandes alienaciones. Es decir, mientras no lo estén. Puede pensarse en ciertos pueblos del Tercer Mundo, en razón de encontrarse en situación menos prisionera de inflamadas ideologías o bien más entrecruzada por tensiones contradictorias de ideologías opuestas. Es un hecho que entre aquellos pueblos *no comprometidos* del Tercer Mundo se están constituyendo algunos conglomerados, que forman como masas en efervescencia, en que pudiera hallar ambiente fructífero el surgimiento de nuevos pensamientos creadores acerca de las posibilidades que se le ofrecen a la humanidad para emanciparse a sí misma. Tal podría ocurrir, por ejemplo, en algunos lugares del Africa, de Latinoamérica o, aun en un cierto modo peculiar, también en aquella China Comunista, a la que, aun en medio de su aislamiento, muchas veces le gusta identificarse con los anhelos y propósitos del Tercer Mundo.

En realidad, la propia heterogeneidad de los pueblos pobres ofrece mayor y más variado número de fuentes vírgenes; la libre imaginación puede desenvolverse mejor en ellos —por lo menos en algunos— no tan sujeta a enajenaciones distorsionantes y casi irremediables; la falta de sujeción ideológica de sus hombres los hace propensos a ensueños liberadores y a una fecundidad más espontánea. Allí, además, se piensa más en lo futuro, que es de donde puede provenirles cualquier mejora; en tanto que los poderosos sólo procuran que se mantenga por el mayor tiempo posible su actual situación privilegiada (*). "*Lo que importa a la gente condenada a la esclavitud y muerte lenta* —ha dicho el ya citado Milovan Djilas— *no es si determinado cuadro del mundo resulta verdadero, examinado desde un punto de vista racional y científico, sino si le inspira, si le ofrece alguna perspectiva de cambio en sus condiciones y modo de vivir* (**). Bien sabemos, además, que tampoco podemos fundar esperanzas en que los más adelantados pueblos de la tierra lleguen a convertirse, a través de sus gruesas capas de corrupción, que también han ido arrojando sobre el mundo, en gestores de los grandes cambios que se hacen indispensables en las orientaciones de la mente humana.

(*) (Peccei, 342)
(**) (Djilas 92)

Si unas proposiciones del todo nuevas pudieran aparecer ahora como improbables, quizás constituirían, por lo menos, una posibilidad eventual, bien sea a corto o a mediano plazo. Se ha dicho ya, en un cierto sentido, *que es concebible un modelo revolucionario típico del Tercer Mundo, que tendría el triple efecto de liberarlo del imperialismo de las naciones ricas, desarrollarlo en el plano económico y organizarlo políticamente* (*). Y hasta podría haber ocurrido ya tal cosa ciertas veces. Fue ese el caso, por ejemplo, del poderoso movimiento del Apra en el Perú. Es posible que, aparte de naturales errores, su más adverso factor hubiera sido anticiparse demasiado a sus tiempos, lo cual le impidió cumplir, debido a la poderosa reacción que originó, dentro de una sociedad semi—feudal y oligárquica, la misión político—social que le correspondía. Pero entonces ocurrió algo curioso. Muchos de los postulados de aquel partido fueron siendo asumidos como propios por unos y otros gobiernos y sucesivamente puestos en práctica.

b) Las esperanzas en un Nuevo Mundo.

Dije que los pueblos menos desarrollados sólo pueden vivir de esfuerzos y de esperanzas. Y bien; hemos de reconocer que, dentro de las previsibles perspectivas del mundo, existen factores que podrían alentarlos a cobijar cierta moderada confianza. Algo de eso vimos en el Segundo Libro al referirnos a los mayores provechos que la ciencia y la técnica pueden llegar a brindarle al ser humano. O bien, en el presente Libro, a la eventual posibilidad y las ventajas de implantar un socialismo humanista, quizás como el que parece haber previsto el mismo Marx en su juventud. Algo más podríamos ahora examinar sobre esas posibilidades, pero sin olvidar que los trágicos fraccionamientos que a la humanidad dividen y las explosivas modificaciones que van ocurriendo no nos autorizan a creer en soluciones simples ni en caminos únicos ni inexorables. La realidad inmediata se halla lejos de proporcionarnos la imagen de una humanidad siquiera algo homogénea, que pudiéramos considerar como una masa eventualmente integrable. Por el contrario, todo en el mundo está disperso, fraccionado, enemistado. Las grandes potencias

(*) (Revel, 84)

dispútanse rabiosamente, con armas y venenos espirituales, las zonas del mundo que pretenden someter a su influencia. De otro lado, las sociedades en que los hombres carecen de adecuados controles educacionales, como las del Tercer Mundo, revientan en hervores anárquicos que seriamente perjudican el proceso de su desarrollo. En buena mayoría, en unos o en otros, hasta las mentes humanas se hallan, en general, desquiciadas. Todo se presenta, pues, como altamente complejo y abstruso. Y cuanto de tal realidad puede apreciarse, se encuentra delimitado por lo que una visión, siempre imperfecta, llega a abarcar. Lo cual no debe impedirnos procurar examinar una y otra vez ciertos temas candentes, observando su probable proyección hacia el futuro, ya que eso puede servir para establecer miras o fines, aunque lejanos, y para atisbar los indicios de posibles estrategias por seguirse. El propio Marx, si bien desdeñaba toda utopía (*), se empeñó, en algún momento, en reflexiones de tal índole, así como también lo han venido haciendo varios pensadores contemporáneos, no obstante saberse que cuanto se anticipe sobre el futuro devenir humano sólo puede tener validez relativa o transitoria.

Nada de cuanto aquí yo exponga escapará, tampoco, a las limitaciones que encierra tal premisa.

Con el propósito de dar pábulo a unas nuevas esperanzas, volveré a tratar en seguida, en forma escueta, a modo de simples apuntes, sobre algunos tópicos antes ligeramente mencionados.

Fundadamente podemos suponer, entre otras cosas, que fases diferentes en el problema del trabajo tendrán que ir sobreviniendo en el mundo a medida que el proceso evolutivo de la industrialización vaya alcanzando mayor plenitud. Difícil es saber cuál será el grado de las desigualdades que tengan que subsistir o de las nuevas que váyanse produciendo mientras tanto; pero parece que en muchos órdenes tendrán también ellas que disminuir o tenderán a seguir un proceso de atenuación progresiva. La extensión de los beneficios de una avanzada industria hacia, por lo menos, la gran mayoría de los hombres, tendrá que traer también aparejada una notable transformación en las

---

(*) (Sorel 197)

mismas condiciones de vida de éstos (*), y en el curso que habrán de seguir las civilizaciones; lo cual es hoy, sin embargo, del todo impredecible.

Sin pecar de un exceso de audacia, puede desde ahora, sin embargo, presumirse que a medida que váyanse poniendo en explotación organizada nuevas fuentes de energía, de las que encierran la tierra y el cosmos, algunas de las cuales ya se conocen, pero aún no son utilizadas, o lo son sólo en parte —las radiaciones solares o cósmicas, las mareas, los vientos, los cambios de temperatura, la fisión nuclear, como vimos antes—; a medida que el aparato industrial vaya alcanzando más notables dimensiones en cuanto a amplitud, automatismo, perfeccionamientos, productividad; cuando se haya podido establecer un cierto equilibrio entre el consumo y una mayor disponibilidad de materias primas por extracción o rescate; si se alcanzara una más adecuada justicia social dentro de las sociedades y entre las naciones y las necesidades naturales, materiales y espirituales de los hombres pudieran ir siendo cubiertas progresivamente, aproximándose a un grado satisfactorio; el trabajo físico humano se iría haciendo entonces cada vez menos necesario, la demanda de mano de obra tendría que decrecer en forma apreciable y el hombre iría disponiendo poco a poco de mayor tiempo libre. El trabajo mismo podría ir siendo convertido, a partir de entonces, de actividad penosa, peligrosa, tediosa, enajenante, en una que produjera satisfacción, provocara saludables estímulos espirituales, lo cual ya de por sí repercutiría en que viérase el hombre inducido a mejorar sus relaciones con sus semejantes.

A lejana perspectiva, ya parece que podrá llegar el momento en que, así como los males, también los beneficios que obtienen los unos tiendan a extenderse hacia los otros, y la situación general propenda a la igualación, en vez de ocurrir lo inverso, como ahora sucede. En todo caso, el hombre ya posee el más poderoso arsenal de conocimientos, herramientas y recursos técnicos de que haya dispuesto nunca, como para poder crear una forma del todo nueva de sociedad humana; lo cual requeriría, es cierto, un inmenso esfuerzo, reformas radicales y globales en todos los niveles, principalmente en los países más

---

(*) (Novak, 148)

desarrollados (*). Llegado que fuera el caso de la plenitud de la industrialización en buena parte del mundo, alcanzado el límite de las posibilidades, —en unas regiones más y en otras menos— sólo puñados de hombres llegarían a ser al fin necesarios para dirigir y administrar una sociedad humana, igualitaria, desburocratizada, superindustrializada, automatizada, dotada de fuentes de energía sujetas a explotación racional. El trabajo productivo podría entonces ser concedido sólo como un don a la eficacia. Y se haría necesario ir desplazando hacia otras formas de actividad el excedente, que llegaría a ser inmenso, de fuerzas de trabajo, de energía física y mental humana, originado por tal proceso; así como por el de desmilitarización, que tendrá en algún momento que sobrevenir, con importantísimas repercusiones. Tendría que ser orientada entonces la actividad del hombre, cada vez en mayor escala, hacia trabajos creadores de otro orden, como los de las artes y las ciencias. Y llegaría acaso la oportunidad en que desarrolláranse por millares los lugares de estudio, entretenimiento y diversión y que elementos tan valiosamente culturales como el teatro, la música, la danza, la literatura y las artes plásticas pusiéranse al alcance, tanto en sus actividades creativas como receptivas, de los millones de hombres que hoy no pueden de ellos disfrutar (**). Podría pensarse, además, en aquellas otras labores que ejecutan los aficionados, como el artesanado, tipo de trabajo creativo, espiritualmente tan estimulante. Artesanado de un orden nuevo, en cuanto a los productos resultantes; que presentaría las ventajas de contar con la ayuda de técnicas desarrolladas, de no constituir un medio necesario para el sustento y de estar libre de carácter mercantilista.

Establecido un régimen racional en la distribución, irían desapareciendo, a la vez, las amenazas y los temores (***), y la actividad espiritual, desalienada, se dirigiría a la creatividad, que es remedio eficaz para liberarse de angustias patológicas y de la alienación (****).

La actividad social, dentro del deseado retorno al contacto directo con la naturaleza, podría desplegarse en la dedicación al

---

(*) (Peccei 256) (Meadows 188, 197) (Mesarovic 9, 18/9, 31, 55, 127).
(**) (Fromm: Revolution III).
(***) (Fromm: Anatomie, 345)
(****) (Barraud, 197) (Faure, 255).

ejercicio de recreaciones y deportes, a diversiones en común a variadas expresiones de arte colectivo. Parece cierto que, gozando de libertad, el ser humano desarrollaría más plenamente sus diversas facultades (*). Para todo ello sería previamente indispensable contrarrestar el desbordamiento de ciertas inclinaciones humanas, en los individuos y en las masas, o encauzarlas diferentemente. En una nueva sociedad, algunas de tales inclinaciones, el espíritu de combate, el afán de dominio, podrían ser orientados hacia funciones alentadoras, con fines nuevos y edificantes. Cabría empeñar la inventiva táctica del hombre en el planeamiento de la lucha por lograr ciertos perfeccionamientos diversos, como parece estarse haciendo ya en Rusia. Hoy podemos saber, además, que hasta en aspectos muy intrigantes son también posibles los desarrollos que de la ciencia y la técnica pueden derivarse. Existen serios indicios, por ejemplo, de que podrá lograrse la ayuda de ellas hasta para modificar la propia naturaleza psíquica del hombre, lo cual permitiría curar, o, por lo menos, aliviar a la humanidad de sus generalizadas neurosis, con consecuencias que serían de la más alta trascendencia.

Para todo ello se requeriría, naturalmente, la intervención y el apoyo directo del Estado (**), y tendría que ser logrado —según bien dice Martinet (***)— en un mundo de alta productividad y de inmensas riquezas; pero al que, aunque fraccionaria y desequilibradamente, está él encaminándose. En todo caso, es imperativo que a él se llegue. Cuanto más pronto, mejor. Porque parece ser ésta la única alternativa a la catástrofe; aunque también ésta sea posible.

Si los desarrollos vislumbrados parecen utópicos, si su ejecución se ve como lejana aún, no han de tenerse ya por algo imposible de ser logrado (****), puesto que, técnicamente, significan perfeccionamientos realizables. Si se encuentran lejos es porque, por hoy, suele ocurrir lo contrario. Ocurre lo que hemos visto. Que los progresos que logra la humana inventiva redundan en un aumento de peligros para el hombre en cuanto a polución, desequilibrio social y amenazas de exterminio. Que el armamen-

---

(*) (Marcuse: Eros 43, 211/2) (Masset: 39/40)
(**) (Mallet 74)
(***) (Martinet 179)
(****) Fromm: Anatomie, 395/6)

tismo alcanza grados descomunales y cifras que parecen inverosímiles. Que ingentes cantidades de esfuerzo humano, de materiales y de recursos económicos se consumen en programas fabulosos para la recíproca aniquilación. Es esto lo que ocurre. Y ocurre también que el mayor desarrollo industrial en unas naciones va provocando un incremento en la profunda diferencia existente entre pueblos ricos y pobres; un mayor grado de miseria para muchos y una mayor extensión del hambre en el mundo (*).

Hay algo que se hace también claro hoy. Los mayores esfuerzos, los más grandes sacrificios para una mejoría del mundo tendrán que ser desplegados en adelante, no por los pueblos desvalidos, a los que tanto se les exige y denigra, sino por los poderosos. Cuando éstos, por difícil que se les haga, lleguen a reconocer la inexorabilidad de este principio, podrá recién comenzar a producirse una importante inversión en las actuales orientaciones.

No será posible, por eso, albergar esperanzas muy alentadoras mientras las superpoderosas naciones del mundo mantengan su obcecación en superarse unas a otras en destructores elementos, a costa del sacrificio, esclavización o explotación de hombres o de naciones, sin mostrar, en su tremendo afán de extender la sordidez o el odio, consideración alguna hacia el doliente e inmenso resto de la humanidad.

c) Cierta coordinación de propósitos.

Por cuanto hemos areciado a lo largo de estos libros, puede habérsenos hecho evidente que las grandes naciones han logrado parte importante de su desarrollo y riqueza debido a ciertas circunstancias que las han favorecido, pero que no han sido del todo debidas a su sano esfuerzo, ni menos derivadas del ejercicio de un espíritu justiciero. También ha sido ya mencionado que una buena proporción, aunque difícilmente justipreciable, de los éxitos alcanzados por ellas se ha debido a factores que a la vez fueron la causa de las grandes desigualdades imperantes entre unas y otras naciones del mundo.

(*) (Meadows, 182/3) (Mesarovic 136)

Por ahora, sin embargo, no es mucho lo que podamos hacer para encontrar un término a nuestras desventuras, o para tratar de reparar lo que ya se muestra como irreparable. Pero parece, por lo menos, que, como en cierto modo parco lo vienen ya haciendo, debieran alzar los pueblos pobres con mayor tono su voz y mostrar, cuando lo puedan, su pujanza. Tan inmensos son los problemas de diversos órdenes por los que se ven ellos agobiados y, en general, el mundo todo, que cualesquiera proposiciones que para su atenuación se formularan se quedarían cortas. No obstante eso, a fin de intentar alguna coordinación de propósitos, acaso pudiéramos emprender un intento más, sobre cuantos ya han sido hechos, de mencionar ciertas medidas que parecieran poder merecer la general anuencia de los pueblos —no así de todos los gobiernos— del Tercer Mundo, o bien que constituyen una ferviente aspiración de buena parte de la humanidad.

Desde lo profundo de las conciencias ansiosas de justicia, o de los seres que van logrando o buscan lograr su desalienación, parecieran, en efecto, querer encontrar ya adecuada expresión unos gritos de invocación o de protesta. Como no son ellos escuchados por los oídos sordos de los hombres, acaso lo podrán llegar a ser alguna vez por los siglos. En todo caso, lo serían por un Hombre Nuevo, si despertara él en la aurora de un Mundo Nuevo. Tratándose de anhelos que se justifican por sí mismos, habrá que dejar de lado, por el momento, las consideraciones acerca de su viabilidad, como hace el niño que simplemente enumera los regalos que aspira a recibir, aun si no espera que todos le sean concedidos. Pero cuando es de alimentos para aplacar su hambre de tantas cosas de lo que se trata, y no le son proporcionados, no le queda entonces otra cosa al hombre, como al niño, que gritar y gritar a pulmón lleno.

Todos parecen saber esto. Por lo menos, todos lo presumen. Pero ¿por qué no hemos de dedicarnos a demandar aquello que de toda evidencia parece justo? ¿Por qué no gritar, entonces, tantas cosas, como éstas? :

> ¡Alto ya, señores de la guerra, a vuestra ferocidad armamentista!
>
> ¡Alto, soberbios, a las gigantescas desproporciones en la distribución universal de la riqueza; a la división del

mundo en naciones plutócratas, naciones proletarias y pueblos hambrientos!

¡Alto a los nacionalismos exacerbados, a las coacciones amenazantes, a la subyugación política, económica y militar de unas naciones por otras!

¡Alto a la abusiva explotación de los productos naturales de los países pobres por los ricos; a la sustracción de sus riquezas ictiológicas, arqueológicas, bibliográficas y artísticas; de la seducción económica y psicológica ejercida sobre sus personas competentes —técnicos, científicos, médicos, matemáticos, investigadores, artistas (*)— para capturarlos en propio provecho!

¡Alto a los sistemas políticos y sociales que permiten el abuso de los fuertes sobre los débiles de los perversos sobre los sanos o de los pocos sobre los muchos!

¡Alto a la prédica del odio y a las incitaciones a la violencia!

¡Alto a las invocaciones hipócritas a un amor retórico!

¡Alto a las discriminaciones por razones de clase social, de riqueza, de raza, de religión, de sexo, de nacionalidad y a la postergación de la mujer en la administración y conducción de los estados y en aquellas actividades que el hombre para sí mismo se ha adjudicado!

¡Alto a los tejemanejes políticos que impiden que el gobierno de los pueblos sea ejercido en beneficio de éstos y por los más capacitados!

¡Alto a la corrupción inoculada mediante siniestras drogas, orgánicas y psicológicas!

Voces análogas a éstas, si pudieran ser rotundamente expresadas, y tenazmente reiteradas, llevarían, acaso, en algún momento, a la conciencia de los poderosos la incuestionable necesidad de crear un mundo más digno. Aunque es sabido que tales voces siempre parecen recibir por respuesta sólo el eco de los sepulcros, tampoco está demás recapitular ciertas medidas que se le

---

(*) (J. Tinbergen 270)

hace imperativo al hombre ir poniendo en ejecución. Por impracticables que también ellas puedan parecer, algunas tendrían que ser las siguientes:

Destrucción de todas las armas nucleares y desmantelamiento de las instalaciones destinadas a su fabricación o empleo.

Reducción universal de los presupuestos militares, en escala aceleradamente progresiva, hasta limitarlos a lo estrictamente indispensable para asegurar el orden interno.

Constitución de un poder militar bajo jurisdicción de una institución internacional como las Naciones Unidas, que vigile y garantice el cumplimiento de las disposiciones que aseguren la paz en el mundo y obligue a todos los pueblos de la tierra, por igual, a su subordinación a él.

Inversión de los fondos rescatados del presupuesto de las grandes potencias por la supresión del poderío bélico, en fines de defensa de la especie, ayuda tecnológica y material a los pueblos débiles, en el orden en que más lo necesiten, para la edificación de su infraestructura económica, agrícola, industrial, sanitaria, educativa, turística, etc.

Respeto universal de los derechos humanos por parte de los gobiernos, bajo vigilancia de instituciones internacionales y efectivas sanciones a quienes los trasgreden.

Liberación total y efectiva de los pueblos sojuzgados por otros, económica, ideológica, política o militarmente.

Abolición general de preferencias o restricciones de orden local o internacional por razones de raza, sexo, riqueza, nacionalidad, posición social, ideología o religión.

Condena y represión de toda invocación, a nivel internacional o doméstico, directa o subrepticia, a la violencia, al odio y al ejercicio del terrorismo en todas sus formas.

Abolición progresiva de barreras políticas y económicas entre países limítrofes y atenuación del cerrado concepto de soberanía nacional.

Reducción de tasas de aranceles de importación sobre los productos provenientes de los pueblos menos desarrollados.

Universalización intensiva de la alfabetización, la enseñanza

y la cultura, sin exclusiones por razón de credos o ideologías y substancial apoyo económico para lograrla, sin propósitos mercantilistas ni proselitistas.

Democratización de las organizaciones religiosas y dedicación de su personal y riquezas a ayuda espiritual y económica en pro de los derechos de la especie humana, en general.

Devolución por los museos o coleccionistas del mundo, sean públicos o privados, a sus países de origen, de toda riqueza arqueológica o artística, cuya legítima adquisición no pueda ser probada.

Abolición de los hábitos que encierran grave peligro a la salud física o espiritual de los hombres; como el tabaco, las drogas, el abuso del alcohol, los espectáculos crueles.

Enseñanza, en todos los pueblos y en todos los medios, de los derechos que les son inherentes a los miembros de la especie humana e instauración de una campaña universal para su defensa.

Programa, naturalmente, que no es ni exhaustivo ni perfecto. Ni tampoco realizable a previsible plazo. Sólo pretende él señalar una dirección de pensamiento. Pero, también en este caso, si no es él realizable no es porque no sea razonable, no porque no sea indispensable y urgente ponerlo en práctica, sino precisamente porque lo es. Y porque los hombres, hundidos en sus irracionalismos, según tanto lo hemos podido ver en el curso de estas Reflexiones, nada razonable aceptan considerar como viable. Más fácil y sugestivo les resulta siempre dejarse arrastrar por cualquier estímulo fanatizante.

Poco es lo que la historia puede ahora enseñarnos sobre lo que es realmente bueno para el hombre, sobre todo porque nos hallamos frente a condiciones que, en gran parte, son del todo nuevas para él y estamos metidos entre espirales de necesidades y de angustias, en un grado nunca antes alcanzado. Pero ya hemos visto que las cosas, en otras direcciones, van evolucionando y progresando con tal rapidez ahora —aunque no siempre en sentido favorable— que lo que un día parece irrealizable, en momento no lejano deja de serlo. Y yo pienso, alentando cierta esperanza, que también en estos sentidos los tiempos y los

hombres habrán de cambiar. Acaso, como en otros campos lo vemos, en sentido positivo; acaso, en algún momento, hasta a ritmo exponencial.

Aunque sea injustificado pensar que los pueblos poderosamente armados de riquezas y elementos bélicos hagan voluntaria cesión de parte alguna de sus enormes prerrogativas, bien podemos recordar que, en su tiempo, y no hace mucho más de un siglo, Marx anunció que no tendría el comunismo otra forma de implantarse en el mundo que mediante una violenta lucha de clases, pues no podía esperarse que la burguesía capitalista aceptara renunciar jamás a los privilegios de que gozaba. Lenin, por su parte, sostuvo que las colonias sólo recuperarían su independencia después de revoluciones en las metrópolis colonizadoras, combinadas con revueltas en los pueblos sometidos (*). Sin embargo, factores no previstos vinieron a entrar en juego, hasta trastornar de modo substancial, en uno y otro caso, el panorama general del mundo. Según quedó mencionado antes, algo similar ocurrió asimismo con la abolición de la esclavitud. Y aparte de ello, en los últimos tiempos hemos podido ver que el hombre, en ciertos órdenes, ha realizado hazañas que nunca antes se hubiera nadie atrevido a creer posibles.

Con todo lo utópicas que las anteriores formulaciones puedan ser, tendremos que seguir, por eso, siendo utópicos y, a fin de buscar asidero a la esperanza, procuraremos dar alguna respuesta a esta pregunta: ¿Qué elementos podrían servir de catalizadores a los llamados hacia un verdadero despertar; hacia un comportamiento juicioso de los hombres, que conduzca a la armonía en la justicia, lo cual en realidad significaría el despertar de un Nuevo Mundo?

Y la verdad es que únicamente ciertos indicios, aunque débiles, parece sernos posible atisbar en tal sentido, aparte del improbable ya mencionado de una poderosa unión del Tercer Mundo. No creo demás, sin embargo, referirme a ellos.

d) La rebelión de la inteligencia.

Muy diversos rangos han tenido las clases sociales que una u

(*) (Djilas 141).

otra vez en la historia han oprimido a otras. Muchas han sido también las que, entre ellas, sin ser las más fuertes, llegado un momento se han rebelado. Entre las múltiples clases en que la humanidad hoy se divide, existe, sin embargo, una, de categoría sumamente poderosa, sumamente valiosa, pero que, como ocurre también con otras, es inicuamente explotada. Aparece ella en todas las naciones, sean ricas o pobres; aunque las primeras se esmeran en atraerse a los miembros que surgen en las otras, seducirlos con irracionales estímulos hacia la sordidez o el frenesí y convertirlos a su causa o, por lo menos, acallarlos, adormeciéndolos. Esta importantísima clase, que nunca por sí misma se ha rebelado, aunque sí ha inspirado protestas y revueltas en otras, es la conocida como *la inteligencia*. Aunque es difícil hablar de ella como de una clase especial, a tal categoría pertenecen los más altos cerebros, los sabios del pensamiento y de la ciencia. Antes hemos visto ya que el 90o/o de los científicos y tecnólogos del mundo trabajan en los países industrializados, esmerándose en volver a éstos más ricos aún. Pero laboran ellos esparcidos, poco vinculados entre sí. Emancipados de la presión que los particulares ambientes sobre ellos ejercen, debidamente unidos los sabios de muchos países en igual propósito de lograr un adecuado equilibrio y una más alta justicia en el mundo, podrían llegar ellos a ejercer un importante dominio sobre éste, sin que pueda dudarse del favorable rumbo a que lo conducirían. Muchos obstáculos existen, desgraciadamente, para lograr tales propósitos. Hablan ellos entre sí lenguajes ideológicos distintos, a los cuales se sienten subordinados. Recíprocamente desvinculados como se encuentran, apasionadamente dedicados a los quehaceres propios de sus especialidades, que en gran parte están relacionados con el armamentismo militar o con los progresos técnicos, apenas si se les deja libertad o les queda tiempo para alzar la vista por encima de sus gabinetes de trabajo; pensar más en este mundo poblado por seres humanos, que debieran hacerse iguales; o en la obligación que todos tenemos de hacer algo en común por su liberación de las torturas y las angustias. Pero —cosa inusitada— lo cierto es que ya se han ido produciendo algunos llamados de los sabios —y nada menos que, entre otros, de un lado Einstein y del otro el ruso Sajarov— en tal sentido (*). Han constituido ellos indicios reveladores sobre

(*) (Einstein 32; Sajarov 93, 96/9, 132) (Perroux: Alienación, 134)

una importantísima fuerza que existe en potencia y que, de llegar algún día a cohesionarse, como parece que podría suceder, hasta merecería llegar a ser encargada de las más altas funciones políticas o, eventualmente, de constituir un Consejo Consultivo Mundial. Sajarov, el sabio nuclear mencionado, ha propuesto crear tal órgano, que estaría compuesto por expertos en problemas de paz, de desarme, de ayuda económica a los países necesitados, de defensa de los derechos humanos, de protección del medio ambiente (*). Un informe del Club de Roma invita, a su vez, a crear varios organismos mundiales que velen por un mayor equilibrio en diversos órdenes de necesidades. Hasta se ha mencionado ya un *Estado Mayor de la Humanidad* (**). Y, por difícil que ello aparezca, nada sería más deseable que se estimularan y pudieran lograrse reuniones de sabios de un sinnúmero de naciones, sin distinción de credos, en que fuéranse señalando los puntos de convergencia que entre ellos existen. Tarde o temprano, conduciría ello a una toma de posiciones por parte de la inteligencia; hasta a una eventual rebelión de ella que acaso sería la más proficua a que el mundo hubiera asistido. No puede dudarse, en todo caso, que las más favorables posibilidades para una concepción integral de la humanidad sólo pueden provenir del nacimiento y proliferación de un verdadero espíritu mundialista, que a los sabios de la tierra les sería dable despertar. Lo menos que podría esperarse de un predominio espiritual de la *inteligencia* sería el fomento, en todos los niveles del pueblo, del libre ejercicio del entendimiento humano. Es decir, de un entendimiento libre de alienaciones, libre de andamiajes de irracionalismos. Y tal liberación, si acaso no fuera del todo suficiente, tendría ya importantes repercusiones. Podría llevar al hombre, por lo menos, a reflexionar profundamente sobre sí mismo. Lo cual hoy él no realiza. ¿Por qué no invocar, entonces, a la cohesión armada —armada con los poderes del entendimiento— de los componentes de aquella clase en el mundo, que sientan como el más alto objetivo por alcanzarse el bienestar general de la humanidad? ¿Por qué no invitarlos, también a ellos, a gritar: *¡Sabios de todos los países, uníos! ?*

Unidos, se entiende, para la inspiración de los ideales que debieran siempre sustentar los hombres sanos en la tierra; para

---

(*) Sajarov 132)
(**) (J. Tinbergen 133, 138, 144, 149, 150, 159) (Peccei 306).

una enseñanza ejemplarizante, como tiene que ser toda eficaz enseñanza; para una rebelión, no irracional y virulenta, sino consciente y planificada, contra el torpe empleo que se hace de la inteligencia humana, con poderosas y enajenantes presiones en propósitos que traicionan los verdaderos y más altos fines del hombre. *El primer deber del filósofo en el mundo de hoy* —ha dicho Gabriel Marcel (*)— *es combatir el fanatismo, cualquiera que sea la forma en que él se presente.* Libres tendrían que estar también los sabios, por lo tanto, de prejuicios, sofismas, retórica, hipocresía, demagogia; opuestos a todo color de crueldades, despotismos, políticas de embaucamiento, militarismos belicistas, sordidez y frenesí. Y libres también de aquel tipo de presiones agobiadoras a que son en alta medida sometidos los pueblos por tantos estados despóticos que rigen en el mundo de hoy.

Seguramente entonces ella —la inteligencia—, o bien ellos —los sabios— si a tal cosa se dedicaran más atentamente, tendrían que observar y juzgar de un modo diferente las realidades del mundo y darles nuevos tratamientos. Acaso verían, como lo han tenido que ver ya, que los hombres, en su gran mayoría, actúan como máquinas repetidoras de lo que se les dice y se les hace creer; de cuanto es de su personal conveniencia, o simplemente de lo que encuentran más inmediato. Son miméticos, como niños; pendencieros, como éstos; predispuestos al abuso, la agresividad, la crueldad y a llevar su egoísmo hasta la egolatría, o a la inversa. Habrán visto ya cómo cuando se les dan juguetes a esos niños grandes los creen animados de vida, de ellos se enamoran y por ellos pelean hasta la muerte, pues no distinguen entre los productos de su fantasía y la realidad (**). Repetidamente créanse sus propios ídolos humanos, a los cuales, luego de adorar, en un momento de arrebato o de hastío destrozan, con la misma seriedad y la misma indiferencia o con la misma furia, con que lo hace un niño con su juguete de palo. Desde los comienzos de su desarrollo social se les ha enseñado, además, a esos niños, no crecidos aún, a justificar los delitos contra la humanidad, cuando se cometen en nombre del sagrado egoísmo de la patria (***), la religión, o alguna otra causa que puede ser aberrante. Ya vimos que si los sabios a veces les hablaron de

---

(*) (Marcel 85/6)
(**) (Spranger 53)
(***) (Revel, 167)

democracia, la emplearon los hombres para abusar de ella en provecho propio. Traicionándola. Transformaron la riqueza en medios de explotación y esclavización de sus semejantes. Si los científicos les enseñaron la técnica, pronto la emplearon para erigir portentosos monumentos de destrucción de ciudades, de bienes y de hombres. Cuanto se les pone en las manos, lo corrompen, lo envenenan, como adolescentes inmaduros y bastante malvados. Manifestaciones son éstas que no tenderán a debilitarse, sino, por el contrario, a agravarse a medida que la superpoblación de la tierra cause mayores y más pauperizados hacinamientos humanos, sofocados, cada vez más, por la angustia, la anarquía, la violencia, las hambres y la generalización de las neurosis.

Sólo hombres muy sabios, reunidos, que bien comprendan esas situaciones, podrían, mientras se esté aún a tiempo, encontrarles y señalarles remedio. Serían sólo ellos, si la humanidad hubiera de hallar salvación, quienes tendrían que dirigir finalmente el mundo, —un Nuevo Mundo— lo cual hasta ahora nunca ha sido posible.

Acaso no será demás mencionar también aquí la perspectiva —aunque lejana— de que la mujer vaya activamente integrándose en círculos de esta clase. Es la mujer, sin duda alguna, la natural defensora de la especie humana. Es ella la que da nacimiento a una nueva vida, la ampara y la resguarda. Es ella la que mejor puede luchar por su preservación. Habría que apelar para ello a un tipo particular de sabiduría que ella posee y que el hombre desconoce. Dadas su finura de sensibilidad, su tendencia a la ternura y la protección, la influencia moderadora de ella sobre las inclinaciones agresivas y destructoras del hombre debería llegar a ser, según parece, de la más alta importancia. Excepto que . . . . .

Se hace preciso decirlo. Excepto que, más aún que el hombre, la mujer, en general, parece estar bien distante de alcanzar el adecuado nivel intelectual que tendría que corresponderle. Se dice de ella que, presa del concepto freudiano del *complejo de castración* es más narcisista y menos dirigida por la conciencia que el hombre (*). Ni en los países más desarrolla-

---

(*) (Fromm: Crisis 65)

dos pueden aún ellas, por lo común, emular al varón en cuanto a pragmatismo y seguridad de juicio. Parecen heridas por el peso del multimilenario sojuzgamiento a que estuvieron sometidas, y del que no hallan la vía propia y adecuadamente eficaz para librarse. Otras, como, en gran parte también, las de los países menos desarrollados, se encuentran fuertemente subordinadas al poder de tensiones afectivas distorsionantes, a prejuicios anacrónicos y a la alienación de aluviones de irracionalismos, de orden animista o aun esotérico, por medio de los cuales el hombre astuta aunque indirectamente sigue subyugándolas. Uno de tales armazones de contrasentidos se refiere al aparato de inhibiciones sexuales a que está ella sometida, cuya consecuencia más patética e injusta en países bastante desarrollados, es probablemente la figura de la solterona, que ya tiende a desaparecer del todo; víctima que fue de crueles creencias que se le inculcaron y que ella tomó tan a pecho. Aun en los casos frecuentes en que ella desvirtúa su frustrada capacidad de amor dirigiéndola hacia la superstición religiosa y la cucufatería, suele, sin embargo, encontrarse llena de oculta amargura. "*La continua inquisición de sucesos con sentido sexual* —dice Scheler (*)— *para hacer recaer sobre ellos duros juicios negativos de valor; esa caza de lo pecaminoso que se convierte en obsesión de muchas solteronas; no es sino una última forma de satisfacción sexual, que se ha transmutado en satisfacción del resentimiento*".

Es necesario reconocer que muchas veces el anhelo de ternura de la mujer soltera se dirige a una altruista dedicación a obras sociales humanitarias o de otro modo beneficiosas. Pero ni aun en la realización de tales actividades puede verse atenuada la injusticia de su situación, que, aunque así ellas se complazcan en creerlo, sólo en excepcionales casos ha sido adoptada voluntariamente.

En países rezagados, por otra parte, todavía se producen hechos que llegan a ser de grave humillación y perjuicio para la mujer, como la práctica de cruentas mutilaciones en los órganos sexuales, que se halla aún vigente, sobre todo, en gran parte del Africa. Tales procedimientos, siempre fundamentados en aberrantes prejuicios religiosos, causan en la mujer, pero ya con la propia complicidad de ella, estragos irreparables en sus facultades

---

(*) (Scheler 44/5)

para la satisfacción sexual, así como en sus posibilidades de una vida afectiva normal y, en general, en toda su psicología.

En otra inconveniente forma se expresan también, en sociedades más evolucionadas, los efectos de la opresión a que ha estado la mujer sometida a lo largo de los milenios. Cuando cree sentirse de algún modo liberada, incurre con alguna frecuencia en exhibicionismo. Ocúrrele lo que a los nuevos ricos que, no acostumbrados a disfrutar de holgura económica, cuando de un momento a otro o, casi sin saber cómo, la alcanzan, complácense en rodearse de deslumbrantes adornos y joyas, en exhibir en mil formas su opulencia, sin darse mucha cuenta de que los ricos de ellos se mofan, aunque a la vez procuren aprovecharse y exploten en su favor las vanidades del ostentoso. Cuando llega a alcanzar algo de mando, la mujer, en forma análoga, no es poco frecuente que en él se exceda, haciendo sentir su jerarquía. Cuando cree haberse liberado de ciertas restricciones sociales, suele adoptar actitudes que rozan con el cinismo o la desfachatez. Si se tiene por culta, procura deslumbrar con su sapiencia, que no siempre es mucha. Sin que se dé cuenta, da entonces lugar a que también de ella muchos a sus solas se mofen, aunque a la vez la utilicen para sus propios fines, con lo cual sólo estimulan aun más en ellas los sentimientos de una orgullosa suficiencia.

Estos juicios son, claro está, impropiamente simplificatorios. Pero, aun así, no deja de parecer evidente que horas decisivas para la participación de la mujer en la ordenación futura del mundo tendrán que llegar, en el propósito de que pueda alcanzarse un mayor equilibrio en el desarrollo socio—político del género humano. Acaso el mayor peso que podrían ellas ejercer útilmente sería en el ramo de la enseñanza y de una educación moderadora. Pero para todo tendrían ellas que hallar vías que fueran concordantes con su propia y auténtica idiosincrasia y no tratar de imitar o aun de superar al varón en sus soberbias e intransigencias, como mucho llega a ocurrir. Y de sumo provecho sería que lograran ellas esto cuanto antes, sobreponiéndose, más mediante su perspicacia que por inadecuadas presiones, a los recelos y las resistencias tan comúnmente recalcitrantes del hombre. Eliminados ya en buena medida los obstáculos de los intereses y convencionalismos opuestos por éste, lo demás tendría que depender de la dirección y del ritmo del desarrollo que ella pudiera alcanzar.

No obstante cuanto sobre esto pueda decirse, en las perspectivas que se presentan en el mundo se muestra un hecho demasiado grave. Parece inevitable tener que reconocerse que, mientras los hombres sean como son, no podrá lograrse el triunfo de ninguna revolución, de ninguna verdadera transformación de las sociedades o las culturas, sin violencia y sin un cuantioso derramamiento de sangre. Por doloroso que esto sea, tiene que verse como del todo improbable que ocurra lo contrario. Lo que sí es posible, sin embargo, es que fuera allí donde pudiera mostrarse en su forma más sublime la intervención femenina; en cuidar que esos hijos iracundos e indomeñables que son los hombres se avengan a modificar, debido a los efectos del sedante influjo que la mujer pudiera ejercer, sus hábitos agresivos, y transformarlos en ímpetus de superación creadora, sin subordinarse a sus tendencias al horror y la muerte. Tal podría ser acaso la más alta misión histórica y civilizadora que a la mujer pudiera corresponderle.

De lo que no puede dudarse es que los más graves problemas del mundo siguen siendo, por ahora, de plena responsabilidad masculina. Y de lo que, a su vez, se hace también difícil dudar, no obstante los buenos propósitos que se tengan, es de que puedan realizarse, en un futuro previsible, transformaciones substanciales en las sociedades humanas, o aun en la naturaleza de los hombres, sin la ayuda de una fuerte presión externa, o aun sin sacudir los espíritus entre arrebatos de mística. "*Una multitud de individuos* —ha dicho Freud (*)— *no obedecen a las prohibiciones culturales . . . .más que bajo presión de la coerción externa, esto es, sólo mientras la coerción constituye una amenaza real e ineludible . . . Infinitos hombres civilizados . . . no se privan de satisfacer su codicia, sus impulsos agresivos y sus caprichos sexuales, ni de perjudicar a sus semejantes con la mentira, el fraude y la calumnia, cuando pueden hacerlo sin castigo y así viene sucediendo siempre, en todas las civilizaciones*".

Si todo esto es triste y desalentador, no por ello es menos cierto. Sólo que también está visto que en los países socialistas se ha logrado modificar en buena proporción y en sentido favorable muchas nocivas inclinaciones individuales. Aunque es cierto también que no lo ha sido por medio de métodos suaves. Luego, la

---

(*) (Freud I—1280/1— El porvenir de una ilusión)

presión social cumple bien el cometido de preservar el sentido de las transformaciones logradas.

e) Una juventud en armas

Aun existe otro importantísimo sector sojuzgado en el mundo. El de las juventudes. Sojuzgado por la misma alienación que agobia a sus mayores, de quienes no hacen ellas otra cosa que seguir el ejemplo, llevado, por lo común, hacia lo peor. En efecto, las juventudes, a las que por su naturaleza de campo virgen les correspondería ser creadoras, copian, en cambio, dejándose llevar por sus inclinaciones miméticas, los más infelices métodos de sociedades enfermas, con sus intrigas, su cicatería, sus odios, sus estímulos al empleo del vituperio y la violencia. (*). Fácilmente contagiadas de frenesí, de irascibilidad o de otras pasiones, se sienten satisfechas de poder repetir en su reducido mundo, agigantándolo, cuanto de odioso ven ocurrir en el grande. También esas juventudes se dividen en múltiples bandos hostiles; también constituyen baluartes psicológicos o ideológicos erizados de púas, en que, armadas de vana retórica, se enclaustran en gran soberbia, como si allí se hubieran de definir los fines todos de la sociedad humana. Esto es, cuando, víctimas de algún grave sentimiento de culpa, o en la propensión que tienen a los cambios radicales de ánimo (**), no caen en el hastío y se dejan llevar por tensiones desgarrantes o anarquizantes, hasta ir a parar en el desconcierto, en el sadismo, el masoquismo o en aquel medio de *escapismo* que les ofrece la droga alucinógena. Más tarde, no podrán ser esos jóvenes mejores que lo que fueron sus mayores. Quedan predestinados a perennizar iguales males. Los cerebros inmaduros, en efecto, aliméntanse, con gran preferencia, de ideas fijas, que al producir obsesión se vuelven perdurables fanatismos. Y a quien en su juventud fue cautivado por una creencia alucinante, casi imposible se le hará más tarde liberarse por completo de ella; como le es erradicarse el pernicioso hábito de fumar, que desde jóvenes adquirieron.

Sin embargo, puede verse ahora que las juventudes modernas no son nada parecidas a las de antaño. También en esto ha

---

(*) (Perroux interroga, 133)
(**) (Saul 98, Gaupp 224)

cambiado singularmente el mundo. Era común en las de antes que veneraran a los adultos, que creyeran lo que éstos decían y procuraran imitarlos. Hasta dejábanse los jóvenes crecer pronto la barba y los bigotes y vestíanse como aquéllos. Hoy no. Si se dejan barba, es por ser frecuente ya que los adultos no la lleven. Hoy saben que éstos viven equivocados, desconcertados. No sólo no desean imitarlos, sino contra ellos se rebelan; pero, aun así, aun a través de su rebeldía, continúan imitándolos. Si antes las juventudes seguían de cerca a los rebeldes, hoy son ellas quienes los encabezan. No sabiendo cómo crear un mundo nuevo, se vuelven contra todo, lo cual podría ser quizás un síntoma favorable. Una liberación integral de los ancestrales prejuicios les permitiría, en efecto, percibir lo que podría acaso llamarse el reino de la razón pura, no en sentido kantiano, sino en el de un juicio no propenso a aberraciones. El medio familiar, escolar, social, nacional —elementos poderosísimos para la formación del hombre, aunque su importancia no debe ser exagerada (*)— tendrían que seguir influyendo fuertemente sobre él, pero hasta eso podría contrarrestarse, ofreciéndole al entendimiento juvenil, con la imparcialidad y liberalidad que pudieran ser logradas, la esencia de las diferentes teorías políticas o sociales, de las religiones, del teísmo y el racionalismo, de unos u otros criterios sobre diversos problemas fundamentales del mundo. Esto requeriría, es cierto, un profesorado altamente capacitado, equilibrado, ilustrado y libre de alienaciones. Lo cual también se encuentra, por lo menos, en los linderos de la utopía, por encerrar nuevos círculos viciosos. Pues de lo que se trataría —y yo creo que primordialmente— sería de evitar inocular en los jóvenes, no sólo la maniática egolatría de sus mayores, sino los absurdos convencionalismos, los mitos y tabús de que se les alimenta tan pródigamente, o las patrañas en que se les envuelve. "*La juventud* —dijo Mao Tse—Tung— *es la fuerza más activa y vital de la sociedad. Los jóvenes son los más ansiosos de aprender y los menos conservadores en su pensamiento* (**). Lo cual tiene que depender, sin embargo, de qué es lo que se les enseña. Parece fundamental inducirlos, por eso, a que de por sí aprendan ellos —aunque fueran sólo unos cuantos quienes lo lograran— a pensar con la mayor independencia y a expresarse con

---

(*) (Foerster 362/3)
(**) (Mao, 309)

limpidez. Es decir, a saber inmunizarse contra el contagio de enajenamientos y obsesiones. Contra la sordidez. Contra el veneno de la retórica, de la demagogia, que tanto los fascina (*). Y, sobre todo, contra el emponzoñador energumenismo. Para no alienarse o para desalienarse tendrían que dedicarse ellos entonces a procurar pensar en forma distinta de cuanto se les enseña; teniendo en cuenta, sobre todo, que casi cuanto se les enseña suele serlo en beneficio de algún parcializado sector humano. Debiera de llegar un momento en que los enseñados se levanten a enseñar algo nuevo, que enaltezca, y no sojuzgue ni ultraje, la dignidad del hombre. Cuando sea necesario enaltecer, que elogien los plausibles actos de unos o de otros, de cualquier color que sean. Si es necesario censurar, protéstese contra la violencia ejercida por unos pueblos sobre otros, bien sean los primeros la Unión Soviética o los Estados Unidos; y los segundos Hungría, Checoslovaquia o Vietnam.

Serían unas juventudes así, sustraídas a las influencias corruptoras de sus mayores, las que podrían encaminarse a descubrir caminos luminosos (**). Quizás surgieran entonces generaciones o siquiera grupos de hombres desfanatizados, cuyos razonamientos fueran desmitificados, libres de prejuicios, o, por lo menos, carentes de prejuicios demasiado acendrados.

Pero no parecen las juventudes haber reconocido como propia tal misión liberadora. Acaso ni la han vislumbrado certeramente. Y tampoco hacia ellas se las guía (***).

No debemos olvidar algo importante, por más que haya sido repetido. Como el hombre es capaz de aprender, también lo es de desaprender ciertas cosas para aprender las contrarias. A veces, muy rápidamente (****). Otras veces, no. Es por eso que, en particular durante su juventud —durante su juventud mental, no sólo cronológica— se le puede eventualmente convencer sobre una legitimidad lógica o moral de muchos absurdos o mentiras, y hacerlo luego defenderlos con pertinaz ofuscación. Con mayor razón sería posible hacerlo afirmarse en verdades claras y no

---

(*) (Bazalguete, 151)
(**) (Toffler, 404)
(***) (Toffler, 422)
(****) (Montague 133) (Vacca 136)

antinómicas, mientras su juicio no se hubiera deformado. Algunos estados socialistas lo han comprendido así mejor, al procurar lograr la aparición de un hombre nuevo por medio de la educación constante y de la reeducación. Así también, a su modo, lo procuró Hitler. Y es también eso lo que se hizo en la China, durante la Revolución Cultural. Sostenía Mao que *una cosa mala se puede transformar en buena*, y que *no es necesario destruir a los hombres sino cambiar al hombre* (*). Por eso, fueron empleadas y guiadas allí muy activamente las juventudes, por medio de estímulos emocionales, y haciéndolas constituir como una punta de lanza (**). Pero son los estímulos emocionales los que fácilmente conducen a alienaciones, como en el más alto grado ocurrió en la propia China, que es precisamente lo que se tiene que evitar. Es cultura, en cambio; es cultura amplia y no cercenada ni delimitada, ni adoctrinada; es educación substancial lo que necesitan las juventudes y la humanidad.

Ahora, que cuando hablamos de lograr una educación substancial de las mayorías, tenemos que entender que nos referimos a éstas sólo en cuanto suma proporcionalmente alta de individuos, y no en cuanto masas. Cuando los individuos se suman para constituir masas, se vuelven, y nada nos indica que no seguirán siendo así, preponderantemente irrazonables, o hasta irracionales; o, como también se ha dicho y es cierto que lo son, *esencialmente fanatizables.* Es sumamente improbable que una alta educación pueda modificar en ellas tales características en forma cuantitativamente importante. Se ha llegado a afirmar que sólo sustrayéndose a la fascinación de formar parte de una masa, de aquella ilusión de que ésta constituye algo más valioso que sus miembros separadamente, se pueda esperar alcanzar la verdad (***). No existe razón válida, por eso, que, al menos por ahora, haga sustentar esperanzas en un apogeo de la inteligencia o de un juicioso entendimiento de las masas en cuanto tales.

Que me destrocen, entonces, —y a cuantos piensan como yo— los individuos que sobre ellas intentan reinar.

El caso es aún más patético en los pueblos sub-desarrollados. Como es natural, predominan ampliamente entre ellos los resenti-

---

(*) (Peyrefitte 49)
(**) (Paloczi, 399) (Martinet, 160, 167)
(***) (Marcel 13, 167/8)

dos, que atribuyen sus frustraciones a causas ajenas a sí mismos; lo cual por lo común es cierto. Se da en esos pueblos, por eso, una lucha continua entre las fuerzas llamadas *constructivas*, —aunque, con frecuencia, a la vez reaccionarias— y un afán persistente de destrucción, azuzado por quienes se creen inspirados por anhelos mesiánicos de salvación de las masas, a quienes antes nos hemos referido ya.

La tarea educacional es, por todo eso, muy difícil, sobre todo en esos pueblos, mas los resultados tendrían que justificar cualquier esfuerzo. Llegado a una más completa madurez —en unos pueblos antes que en otros y aunque no fueran muchos los que la alcanzaran— podría dedicarse el hombre, cada vez en mayor número, a discurrir sobre los más variados problemas con la desenvoltura de una mente emancipada. Debería ese hombre —ha dicho Marcuse— hablar un lenguaje nuevo, tener gestos e inclinaciones diferentes; haberse creado en sí mismo una barrera contra la crueldad, la brutalidad, las deformidades (*).

No es mucho más lo que podría decirse al respecto, sin penetrar en el campo de la pedagogía, que es a la que le conciernen los cometidos propuestos. Por lo que parece, también en tal campo podríamos estar hallándonos a las puertas de desenvolvimientos nuevos. Serios indicios hay de que no pasará mucho tiempo sin que surjan técnicas que revolucionen los procedimientos de instrucción, educación y disciplina, basadas en especiales métodos de inducción psicológica. Sólo que mientras más eficaces resulten ellos, más peligroso se vuelve su empleo por parte de profesorados —o inducido por gobiernos— poco idóneos o de orientación anacrónica.

Ya que no nos es posible predecir, tal vez pueda expresar yo también ahora algo de lo que, cumpliéndose ciertas condiciones, de realización hipotética y remota, pienso que podría llegar a ocurrir; algo que pueda acaso servir para atisbar, en medio de nuestro desconcierto, otras distantes miras.

Quizás no sería del todo indebido confiar en que la juventud, por lo común de sana índole, mientras no se ha contaminado de

---

(*) (Masset 103)

corrupción, llegara a descubrir que pueden existir para ella rumbos dignos, inspirados en los instintos de vida y no en los de muerte; por la construcción y no la destrucción; por la creación, el entusiasmo, la esperanza, la cordialidad y no por las rivalidades, la envidia, con todos los medios perversos que éstas en su servicio crean. Sería ella una visión de mundos mejores, capaces de arrasar con lo mucho malo del antiguo. Tal clase de visiones, aunque hubieran de ser tildadas de enajenantes, son de urgente necesidad, ya lo vimos. Al hombre le es indispensable tener un concepto más claro, aun cuando no pueda ser científicamente exacto, acerca de hacia dónde puede y debe pretender llegar (*). Cuál podría ser la imagen de un mundo liberado. Aquellas que antes se forjaron, por sugestivas que se mostraran, quedaron pronto adulteradas, lejos aún de verse su próxima realización. Podrían tales visiones mostrar, en cambio, a las juventudes levantadas en armas; no olvidando que representan ellas y de ellas siempre depende el futuro del hombre. Es decir, el futuro del mundo.

Pero una juventud levantada en armas, no al modo belicista y lleno de enajenaciones, al que tanto se la invita; no aprisionada por pulpos ni integrada por energúmenos; no provista de metralletas, de bombas Molotov ni cachiporras, sino de cuantas armas puede brindar la inteligencia a un entendimiento liberado.

Y no son tampoco sólo los jóvenes quienes en la trascendente tarea de pensar en la liberación humana debieran empeñarse. Los artistas, salvo excepciones, se inspiran en emociones juveniles y sentimientos enaltecedores. "*Muy a menudo* —se ha dicho (**)— *pudieron los artistas salir por adelantado al encuentro de las grandes conmociones de los milenios con sagradas o santificantes imágenes.*" También pudieran ellos orientar su visión hacia el futuro de las sociedades. Bastante se han solazado ya, en los últimos tiempos, en ir hurgando y describiendo las pestilencias o absurdos de un mundo en que la podredumbre abunda. Pero que es un mundo destinado a caducar. Y pronto. O que lo merece. Que, en todo caso, ya caducó ideológicamente. Pero así como muchos artistas de anteriores siglos se complacían en crear bellas imágenes de las divinidades y paraísos en que creían, la inmersión

---

(*) (Novak 71/2; Peccei, 218; Toffler).
(**) (Ueberwasser, 341)

en ensueños de otras formas de sociedades regeneradas, pero racionalmente alcanzables, podría acaso convertirse ahora en fuente de creadoras inspiraciones, en que formuláranse las imágenes y señaláranse caminos viables para llegar a ellas. En realidad, todo esto parece ser función más propia de artistas, de soñadores idealistas o de filósofos, como otras veces ha ocurrido, o acaso también de jóvenes inspirados, que de secos ecónomos o sociólogos. Y no podemos encontrar asidero a las afirmaciones escépticas de Spengler, a comienzos de este siglo, acerca de la inutilidad de esbozar planes o ideas sobre las formas nuevas en que el hombre futuro habrá de vivir (*). Es cierto que nunca se realizan los hechos como han sido previstos, pero tampoco nos sería posible comprender el sentido mismo de nuestra época sin conocer lo que Marx escribió hace más de un siglo. Igualmente difícil se nos haría concebir la obra de éste sin que hubiéranse creado antes la *Utopía* de Tomás Moro o las varias otras utopías de mundos comunistas ideadas durante el siglo XVI (**), o bien sin que hubieran expresado Rousseau y los Enciclopedistas del XVIII, teorías sociales bastante osadas para su tiempo. *La imaginación se ha convertido en instrumento del progreso* —ha afirmado, en cambio, Marcuse (***). Y siguiendo a Marcuse se ha dicho también que los símbolos que viven en lo inconsciente y que afloran en los sueños, el arte y la mitología, señalan hacia lo que hay de más verdadero en el hombre y nos proporcionan los modelos del hombre nuevo y de la civilización por crearse. De una civilización estética, que constituya la vía en que los sentidos, el arte, la imaginación y la libertad encuentren su realización (****). Y se ha dicho también (*****), que el hombre debiera dedicarse ya a *inventar* su porvenir. Pero esto sólo están en condiciones de realizarlo los espíritus independientes, no comprometidos. Y además, valientes. Parece, justamente, que es mal generalizado en el mundo la miopía de hombres que sólo alcanzan a ver —y aun así, deformadas— las realidades más próximas, a través de las cuales quieren juzgar las venideras. Y esto, que es tan frecuente, es, naturalmente, lo que hace considerar con escepticismo toda posibilidad de penetrar con algo de acierto en lo futuro.

(*) (Spengler II—35/6, 57)
(**) (Max Beer — III Parte, Cap. 7)
(***) (Marcuse One dim. 247/8)
(****) (Masset 63)
(*****) (Peccei 218)

Es verdad que otro escepticismo mejor fundamentado se basa en el conocimiento de los hombres. Ya me he referido bastante a ello. Parece que no tuviéramos razón para suponer —al menos por ahora— que en algún momento de la historia humana o de los pueblos dejará de existir una buena mayoría de aquellos individuos egoístas, groseros, envidiosos, hipócritas, ambiciosos, codiciosos, necrófilos o esquizofrénicos, que, estrujados sus cerebros por los pulpos más venenosos, todo pretendan atropellarlo con furia en final beneficio de sí mismos; que se venguen de su mediocridad mediante el ejercicio abusivo de cualquier poder que logren. Es la plétora de ellos, en realidad, y su afán de predominio, lo que corrompe las sociedades y desvía hacia lo peor el curso de las ideologías. Son ellos los que se oponen al progreso ordenado del mundo, o los que tienden a llevarlo al caos. Y poca esperanza existe por ahora de que lleguen ellos a perder su fuerza. Quizás pudiera tal cosa depender sólo de aquella otra esperanza utópica: El surgimiento de juventudes del todo nuevas.

Sea de uno u otro modo, sin embargo, yo pienso que siempre conviene intentar hurgar en lo que de bueno pueda también esperarse.

Volviendo a nuestro tema, habrá que decir que no sólo suelen constituir las mencionadas creaciones hipotéticas una labor fecunda. Significarían, además, en este caso, la participación activa de juventudes y artistas en la revelación de aquellos posibles nuevos órdenes para el mundo. Aunque no fuera mucho lo que de ello se obtuviera, se habría hecho por lo menos renacer, en un plano elevado, la honda satisfacción que produce la actividad creadora; sin olvidar que seguramente todos los grandes triunfos del hombre se originaron en la esfera de las producciones visionarias, si bien no en las absurdas.

Para ello no sería menester esperar que se solucionen las contradicciones del capitalismo ni que se aplaquen las furias del comunismo, ni que desaparezcan alienaciones ni desigualdades. Uno de los factores que puede ser decisivo para lograr la creación de sociedades mejores es precisamente la preparación de juventudes aptas para forjar otras nuevas, cuando, dentro de poco, el momento de actuar hubiera de llegarles.

Es a ellos a los que les he dedicado el lema de los modernos

chinos, que aparece en su principal Universidad: *Atreverse a pensar, atreverse a actuar, atreverse a intentar* (*).

f) Los fines últimos.

Tenemos, entonces, ciertos potenciales elementos, bastante conspicuos, sobre los que podría basarse un movimiento de reacción contra la mediatización y el caos hacia los que los hombres que gobiernan sobre los países poderosos —aunque también sobre otros— siguen llevando a la humanidad. Esos elementos son el Tercer Mundo, la inteligencia y las juventudes; además, quizás, de la mujer; además, quizás, de los artistas. No entiendo yo de métodos de inducción proselitista, de sistemas de aglutinamiento de las masas ni de tácticas de combate como para emitir opinión válida sobre los procedimientos que tendrían que seguirse; pero lo que sí sabemos es que, llegado el debido momento, en tal lucha todos podrían disponer, y cada vez en medida más decisiva, de lo cual poca duda cabe, del auxilio de la ciencia y de la técnica, que ya han venido cambiando y mejorando mucho las condiciones de vida del ser humano y, según hemos tenido oportunidad de verlo nosotros asimismo en el curso de estas Reflexiones, lo seguirán también cambiando —unas veces en beneficio, otras en perjuicio de la humanidad— de modo inexorable.

Pero la tarea es urgente, no sólo para poner en práctica el intento de remediar los males, sino para estar preparados ante la eventualidad de que algún neurótico u otro grupo de ellos se encuentre dispuesto a disparar los gatillos que hagan debatirse una vez más al mundo —y ésta, de modo contundente— entre el exterminio, el terror y la destrucción.

Para que tal misión pudiera ser entendida es de gran importancia y de mayor urgencia que lo que nunca lo haya sido, el reconocimiento de los fines que los hombres debieran tener frente a sí y hacia los cuales deberían procurar dirigirse. Tan grandiosas son las dificultades que por delante hallamos, es verdad, como también son evidentes los beneficiosos resultados alcanzados. Pero los males del hombre en la tierra parecen reproducirse por miles y

---

(*) (Peyrefitte 171)

a medida que se logra extirpar algunos, van irrumpiendo otros mayores. Y, además, en muchos aspectos, ahora también en escala exponencial, como ya hemos visto.

No se nos puede hacer difícil apreciar hoy que cuanto nos va ocurriendo en el mundo viene a representar como un tributo que está el hombre pagando al propio desarrollo de su entendimiento. Tributo que está presentándose ya como excesivo.

Y es que, como ningún otro ser viviente conocido, el hombre ha ido convirtiendo cuanto creaba en un medio de sojuzgamiento o de aniquilación de sus semejantes; es decir, de destrucción de su propia especie. Como asimismo lo hizo con casi todas las otras.

Difícil se hace descubrir, entonces, qué pueda salvarlo del trágico destino que parece haberse él mismo trazado.

Ni siquiera alcanza a saber del hombre cuál sea, en realidad, su propio destino (*). Cuando se lanza a suponer las cosas grandiosas a que su soberbia lo hace tan propenso, se mete en fantasiosos embrollos o en delirios que lo intoxican y de los que no le place luego salir.

Pero en cosa sí podría considerarse cierta. Si algún sentido tiene el proceso de la evolución biológica, que parece haber hallado hasta ahora su más alta perfección en el hombre —por lo menos en este planeta solar—, es que también debiera él encaminarse hacia su propia culminación, que no sólo se halla muy lejos de haber alcanzado (**), sino de cuya dirección ha de tenerse por evidente que constantemente se aparta. *El hombre moderno* está *enfermo* —sostiene Montagu (***). *El hombre* —dice, a su vez, Monod (****)— *se encuentra solo en la inmensidad del universo, del cual ha emergido por el acaso. Ni su deber, ni su destino están escritos en lugar alguno. Es él quien deberá elegir entre el reino trascendente de las ideas, los conocimientos, la creación; o las tinieblas.*

Pero algo nos han enseñado ya también la vida del hombre y su más reciente historia. Por lo menos, algo más de lo que antes se

---

(*) (Novak 144)
(**) (Peccei, 309)
(***) Montagu: Humanización, 111)
(****) Monod 143)

sabía. Y es aquel hecho de haberse abierto todo un nuevo panorama de posibilidades antes insospechadas, representadas por las variadísimas ramificaciones de aquella ciencia y aquella técnica, que nos van mostrando hallarse propicias a venir en auxilio del hombre, siempre que él así se lo proponga. Es decir, siempre que no continúe utilizándolas en su propio daño. Su destino se encuentra, entonces, señalado como el final hacia el que podrían conducirlo las vías de su superación. Llegado a él, alcanzaría a disfrutar, equitativamente repartidos, de los bienes que la naturaleza a todos les ofrece y de aquellas otras ventajas que las propias hechuras del hombre le proporcionan cuando son utilizadas en su provecho y bienestar. Cuanto a esto se opone, cuanto perturba el caminar del hombre en esa dirección hacia los fines de su propia realización plena, tiene que ser tenido entonces como obstáculo perturbador que merece ser o corregido o anulado. Nada de esto depende, como origen exclusivo, de factores políticos o económicos, sino en buena medida de los de la preparación del hombre, de su humanización. No puede dejar de reconocerse, en todo caso, que no son la economía, la política ni la misma ciencia, a las que, por sí mismas, les corresponde ocupar el lugar culminante del interés social. Han de estar ellas subordinadas siempre al servicio del hombre, del hombre actual y no de un abstracto *hombre del futuro*, como se dice del humanismo comunista, (*); a procurar su bienestar y la armoniosa e indiscriminada relación entre ellos, para que la vida humana pueda llegar a su plenitud y alcanzar un sentido digno. Si el hombre se diera cuenta cabal de esto y se decidiera y dedicara a emprender nuevas rutas que en tal sentido lo condujeran —lo cual, por desgracia, es ya demasiado esperar de el— lo demás iría viniendo más fácilmente por sí solo. No pueden negarse, es verdad, la validez e importancia de los esfuerzos últimamente desplegados por instituciones políticas que aspiran a establecer medidas eficaces para un reordenamiento del mundo y a lograr su aplicación; tales como las Naciones Unidas y sus diversas dependencias. Ya su existencia de por sí indica que ha despertado en un buen número de hombres la conciencia de los grandes riesgos que nos acechan o de los males que se nos han echado encima. Pero, aun así, se hace claro que tales entidades enfocan sólo tangencialmente los problemas relativos a la preparación

---

(*) (Djilas 230)

misma del hombre. Aurelio Peccei, el organizador del Club de Roma, a quien antes bastante he mencionado, ha invocado, por eso, a la implantación de un *humanismo revolucionario* o a una *revolución humana*, como, de un modo u otro, lo sugieren también Fromm y otros pensadores modernos. Pero los muy valiosos estudios del mencionado Club de Roma no han enfocado directamente, por lo menos hasta ahora, tan decisivo aspecto de una problemática que es considerada por su fundador como de validez universal. Y muy útil sería que lo hiciera.

Parece evidente que el hombre podría ir alcanzando ya su propia superación como auténtico ser humano. Investidos de optimismo, así lo piensan, por lo menos, algunos modernos investigadores. En anteriores acápites de estas Reflexiones (*) quedaron mencionados los dos tipos del todo diferentes de agresividad que, según Erich Fromm, en el hombre se presentan. La una es de índole defensiva o vital, común a otros seres animales. La otra forma es muy distinta, pues constituye la expresión de un deseo o un ansia, de inspiración malévola, que no tiende a otro fin que el de la destrucción por la destrucción misma. Al final, la realización de este deseo suele resultarles perjudicial, ya no sólo a la víctima sino hasta al autor mismo del daño. Y aun más, a la sociedad toda. Tal tipo de tendencias es típicamente humano. No parecen producirse otras manifestaciones de esta naturaleza a lo largo de la escala filogenética. Según antes vimos, no se presentan, sobre todo entre los animales superiores, individuos de por sí asesinos y crueles, como sí los hay entre los hombres. Pero según asimismo ya antes dejé anotado —aunque, por su alta importancia en este contexto, conviene ahora repetir— tampoco los hombres primitivos, pertenecientes a sociedades simples, los recolectores y aun los cazadores, ni tampoco los primeros agricultores, mostraban entre ellos agresividad ni crueldad. Como ocurre con las fieras, el ardoroso empeño que ponían en la caza se extinguía una vez capturada la presa y saciada el hambre, lo cual no revela que aquellos impulsos posean una raíz propiamente instintiva. Por similares razones, tampoco otras inclinaciones, aunque derivadas del natural egoísmo, como la codicia, la propensión al robo y a la mentira, o la envidia, pueden ser con-

---

(*) (Libro I, — 3 a)

sideradas como de tal índole e inseparablemente inherentes a la naturaleza humana. Se sabe, en efecto, que la fuerza de esos fenómenos se ha ido acentuando en el ser humano a medida que éste se fue civilizando, y no al revés, y que se volvió ya muy poderosa cuando el medio económico—social lo fue cercando en un ambiente en que se sentía él muy oprimido, alcanzando su mayor preponderancia bien sea en los casos de falta de adaptación al medio, de sentimientos de angustia o miedo, o de un sentido de frustración, los cuales en los distintos individuos pueden obedecer a causas diferentes y buscar su manifestación de diversos modos.

Todo esto es sumamente importante. Nos hace ver que es falsa aquella extendida creencia de que los impulsos de agresión a los semejantes son inherentes a la naturaleza humana o que constituyan instintos de cuyas manifestaciones el hombre no pueda librarse. Deben ser considerados entonces como tendencias particulares adquiridas por el hombre en el curso de su desenvolvimiento social. Lo cierto es que, en efecto, salvo quizás en ciertas remotas épocas de su existencia como especie, se ha desenvuelto siempre la vida del hombre asediada por necesidades insatisfechas, en medio de ambientes artificiales y muchas veces superpoblados y hostiles, en los que ha tenido que sentirse él como un ser bastante extraño.

Y también podemos ver que si bien la agresividad instintiva, es decir la que se refleja en un comportamiento de defensa, es común a todo el género humano, la adquirida, o sea la crueldad por la crueldad misma, la refocilación en la maldad y el daño, así como otras varias características antisociales, no le son naturales, aun en los casos en que llegan ellas a ejercer sobre su carácter un dominio despótico.

Parece que así como esos impulsos o tendencias a la destrucción se multiplican y generalizan cuando constitúyense masas humanas a las que se azuza emocionalmente hacia el odio y la agresividad, tales impulsos podrían llegar a ser, por el contrario, sojuzgados y transformados, o hasta sublimados en ciertos hombres o conjuntos humanos, bajo circunstancias o condiciones propicias. También esto se ha visto ocurrir ciertas veces en la historia (*).

En medio del desconcierto que muestra el comportamiento

(*) (Fromm: Anatomie)

humano, tomado en general, tal cosa por lo menos nos ofrece alguna esperanza.

El elemento poderoso que tendría que servir de guía para un equilibrado avance entre discordancias, confusiones, contrasentidos y tinieblas, no podría ser otro que el entendimiento humano, una vez liberadas sus funciones de los múltiples factores que extrañamente lo distorsionan u ofuscan. Lograr arrancar de él ciertas ataduras, muchas veces de raigambre ancestral que lo aprisionan, es cierto que es bien difícil. Es sumamente difícil, pues para ello no sólo tendría el hombre —o quizás la mayoría de ellos— que desbaratarse sus propias estructuras mentales —por artificiales que ellas sean— sino también hacer algo que él no sabe: Es utilizar de modo sensato la razón; es discurrir con limpidez y veracidad, sin envolverse en fábulas ni irracionalismos; ni dejándose arrastrar por las fuerzas enajenadoras de la sordidez, del frenesí o de los otros muchos tormentos que hoy causan la deformación en las mentes. Es arrancarse el hábito de estarse siempre engañando a sí mismo y a los otros (*). Es pensar libremente, en forma pura y a lo grande. O sea, no en términos de narcisismos de diversas índoles, sino en términos de una humanidad universal. Sólo así podrá apreciar del todo el hombre y tratar de poner remedio a las trágicas aflicciones que ésta sufre.

Uno de los medios, o el más importante, o acaso el único de que dispone el hombre para lograr desembarazar su entendimiento de trabas o de alucinaciones es algo de que muy poco uso hace él, que es instruirse. Leer cuanto pueda y de cuanto pueda. No tanto discutir y polemizar. No tanto escuchar a quienes quieren sentar cátedra de sabios. Sino leer a raudales. Con gran atención. Procurar analizar y juzgar por sí mismo. Sobre todo, en la juventud, cuando la mente, antes de someterse a alienaciones, es más ágil. Lo que se requiere, en buena cuenta, es lograr despertar en los jóvenes, desde niños, una fuerte afición hacia los conocimientos y permitirles disponer para ello de las necesarias facilidades y de obras diversas, no seleccionadas con criterio discriminatorio de orden confesional. Ni limitarlos a lo que se enseña en academias, institutos o universidades, sino que su saber abarque más allá de todo ello. Ni mantener, tampoco, una cultura de élites, sin que alcance a las

(*) (Veatch: 147)

grandes masas humanas, todavía en tan alta proporción analfabetas, tanto literal como figurativamente.

Y procurar que lleguen todos a conocer, quizás principalmente, aquello mismo que en tantas sociedades es condenado o vedado. Muchas veces es allí donde podría él descubrir las contradicciones en que se halla envuelto, los orígenes de sus enajenaciones, y alcanzar —aunque difícilmente— una visión ya emancipada de la maraña de prejuicios y absurdas preconcepciones a que cuanto lo rodea procura mantenerlo sojuzgado. Es por esto mismo que se dice hacerse indispensable una profunda evolución cultural de las grandes mayorías y para ello una *revolución en nosotros mismos* (*). Auspiciada y hecha posible por una plena ayuda de la sociedad y del Estado.

Revolución de gran trascendencia, como se ve, que quizás llegaría a hacernos comprender en su plenitud aquello que formulé yo en el Prefacio de estas Reflexiones, al sostener que lo más que podemos pretender que alcance toda verdad conocida es a constituir el punto de partida para nuevas reflexiones, que acaso puedan modificarla o hasta abrogarla.

Cuando un ser humano comprende esto cabalmente, cuando, armado de espíritu crítico, se libra de todo fanatismo (**), no puede menos que descubrir las trágicas incongruencias en que está hoy sumido el mundo, y muy penoso se le hace ver a los otros siempre prontos a violentarse o matarse entre sí en pro de postulados perecederos o inconsistentes. También parece que, una vez liberada a sí misma, una vez adquirida suficiente capacidad de resistencia frente al medio (***), su razón podría facilitarle después al hombre descubrir —aunque nada seguro sea que lo alcance siempre— tales incongruencias donde ellas aparecieran y por envueltas que se encontraran entre nubes alucinantes.

Existen síntomas que podrían darnos a entender que el hombre está llegando a su adolescencia, aunque sea ella tan turbulenta, tan caracterizada por acentos feroces, como la vemos manifestarse. Pero si es así, no es justo ya que se persista en

---

(*) (Peccei 331, 336).
(**) (Marcel, 107)
(***) (Foerster 363)

mantener alienado a ese hombre, prodigándosele toda clase de bebedizos narcotizantes; que ya no son sólo los de las más absurdas creencias animistas sino también todos aquellos otros que a la vez envenenan de toxinas los espíritus y hasta las entrañas.

Por cuanto vemos, significa todo esto, en buena cuenta, que casi estaría por nacer el nuevo hombre, a que antes ya me he referido (*). Y digo *casi*, pues especímenes de tales espíritus, aunque raros, existen y habría que atender a que se propalaran más. Son ellos del tipo de hombres a los que Erich Fromm llama biófilos; aquellos que aman la vida y lo viviente; que aspiran a ver el crecimiento en los seres, las ideas o los grupos sociales, y no su desquiciamiento; que prefieren siempre crear algo nuevo, que apegarse a lo antiguo; que anhelan *ser*, más que *poseer; vivir*, más que rodearse de seguridades. Son los hombres que aciertan a ver más el todo que las partes; más la estructura que el conjunto. Son también los que por lo común aspiran a extender su influencia no mediante el poder y la destrucción; no a través de procedimientos burocráticos, como si tratárase de manipular entes muertos, sino por medio de la comprensión, el razonamiento, el ejemplo. También la *ética biófila* tiene para Fromm su propio principio del bien y del mal. Bueno es cuanto a la vida sirve; malo, lo que tiende a la muerte. El primero debe ser considerado como impulso normal del hombre; en tanto que el segundo, la necrofilia, como un fenómeno psicopatológico, aunque se encuentre muy extendido (**). *Los pensamientos, sentimientos y actos deben ser considerados racionales* —ha dicho también él (***)— *cuando fomentan un adecuado funcionamiento y desarrollo de aquella totalidad de la que el ser forma parte; e irracionales los que tienden a su debilitación o destrucción.* Para un tipo así de hombres —podríamos añadir nosotros— si se les hiciera inevitable que la revolución estallara y que corriera más sangre humana, tendría que ser ella como una lucha de la razón que se abre paso a través de las alienaciones y pasiones, para sobreponerse a ellas. Sería, en todo caso, una revolución desencadenada, no bajo la insignia del odio, sino de la justicia. Pero el peligro se encuentra entonces en que la razón y la justicia son también utilizados muchas veces como rótulos para la comisión de actos inicuos.

(*) (Masset, 42)
(**) (Fromm: Anatomie, 331/2) (Crisis 57, 236)
(***) (Anatomie, 238)

La esperanza en una sublimación de la humanidad mediante la superación racional del hombre, o bien en una tendencia en tal dirección no parecería, por eso, poder descartarse. Según se ha dicho con razón, la disposición a reflexionar surge de las costumbres sociales, pero una vez engendrada, establece una nueva costumbre capaz de ejercer la más revolucionaria influencia sobre otras costumbres (*). Y esto tampoco es siempre dependiente de factores estrictamente económicos, lo cual indica que puede aspirarse a ello también en los hombres del Tercer Mundo.

No debemos olvidar que la naturaleza humana es altamente maleable. Y si de algo es dependiente es de los moldes a que se la sujetan. Ahora se piensa, además, que del cerebro humano, como producto de la evolución, mucho más se puede aún esperar en cuanto a posibilidades de adaptación de los sujetos a su medio (**). Y algo tiene que hacer todo esto con nuestros fervientes deseos de hallar una esperanza.

También tal situación es la que he pretendido yo dejar enunciada en el curso de estos libros. Enunciada sólo a medias, es verdad, y, sobre todo, sin presunción de dogmatismo, pues bastante hemos visto ya derrumbarse, como equivocadas o inútiles, no sólo muchísimas de las ideas sostenidas por el hombre, sino también sistemas íntegros de ideas. Nadie que no se encuentre sumido en vórtices de arrogancia, puede ya vanagloriarse de disponer de un privilegio permanente de infalibilidad.

La tarea grande que ante sí tienen las sociedades no es sólo, en consecuencia, según todo lo hace ver, y por importantísima que ella sea, la de extirpar las angustias, las pobrezas, y el temor de las pobrezas, las violencias y el temor a las violencias, las injusticias y las guerras y el temor a ellas, sino a la vez es su misión —misión paralela y no menos decisiva— mejorar la salud psíquica de los hombres, que se degrada día a día (***); es llegar a hacer de éstos unos verdaderos seres pensantes; pensantes, en dirección de orden positivo hacia sí mismos; seres que elaboren ecuánimes ideas propias; que aprendan a ser verdaderamente humanos (****); que,

---

(*) (Dewey, 81)
(**) (R. B. Livingston, en Fromm: Anatomie 231; Novak 78, 127)
(***) (Barraud, 17)
(****) (Veatch 146)

sometiendo sus sentimientos a su razón, no se dejen tan ciegamente arrastrar por la sinrazón, aunque las voces de ésta sean arrebatadoras y dramáticas; ni tampoco subyugar por los fenomenales aparatos sociales, estatales o confesionales con que hoy se les oprime, para convertirlos en los seres unidimensionales de Marcuse, o monocerebrales de Fromm (*). De lo que se ha de tratar es, en fin, además, de ir colmando los inmensos vacíos que en la vida del hombre se ofrecen, de convertir a éste, del niño violento, envidioso, sórdido y ególatra, pero ingenuamente crédulo; del autómata que aún es, en un adulto consciente de su cometido, haciéndolo alcanzar a la vez con ello la plena emancipación de su espíritu. Es decir, se trata de lograr moldear aquel hombre nuevo, bastante distinto del que conocemos —y aun de aquel en que pensaron Marx o Mao— que pueda crear sus nuevas instituciones y su nueva economía y adaptarse a ellas (**). Sin él, —podríamos estar ya hartos de verlo y algo de ello hemos repasado en el curso de estas Reflexiones— ni las que pudieran tenerse por nuevas sociedades, ni nuevas estructuras, ni una nueva forma del Estado, podrían funcionar adecuadamente y sin que pronto quedaran del todo quebrados los originales propósitos que las animaron. En cuanto al Estado, por importante que su eficacia sea, sobre todo en sociedades que urgentemente necesitan cambios estructurales como los del Tercer Mundo, *no es él tampoco* —según dijo bien Einstein— *el elemento más precioso en el engranaje de la humanidad, sino lo es el individuo creador y sensible; es decir, la personalidad, que es la que crea lo noble y lo sublime* (***).

De lo que también se trata es, entonces, de realizar con los fines ennumerados muchas intentonas más. Sin que debamos olvidar que, por lo menos dentro del mundano ambiente en que hasta ahora lo hemos visto desenvolverse, al comienzo de todo y al final de todo se ha encontrado y se encuentra siempre el hombre. No es tanto él quien planea las sociedades, las cuales a veces parece —aun si no lo fuera del todo así— como si por sí solas o como consecuencia de complejas circunstancias bastante ajenas a él mismo se desarrollaran. Pero sí es él quien con sus actos las construye. Y también quien las corrompe. Y también quien las

---

(*) (Anatomie 320)
(**) (Revel, 195)
(***) (Einstein 20)

destruye. De él, de su formación, de su constitución, todo depende. Lo sabían los griegos y lo sabemos nosotros. Tanto, que parece una verdad de Perogrullo. Sólo que es demasiado frecuentemente negada u olvidada, frente al agobiante peso de los problemas que siempre han afligido al hombre. Todo tendría, pues, que comenzar en él y tendrá que basarse en él. En eso han tenido sí toda la razón las religiones. Y también la tiene el socialismo, en cuanto propende a la creación de un Hombre Nuevo.

Ni podemos olvidar tampoco que el hombre posee una voluntad poderosa. Continuamente lo ha ido demostrando así en su historia. Pocas veces ha sido voluntad lo que le ha faltado. Sólo que mucho la ha ejercitado en el cumplimiento de misiones de orientación irracional. La conjugación de la voluntad humana con una razón libre —dirigidas hacia los fines de una justicia universal y fraternizadora— debería lograr algún día una emancipación plena del hombre en el seno de una gran sociedad empeñada en abolir la miseria y en que pudiera reinar la paz. La verdadera emancipación exige, sin embargo, una convicción, capaz de inspirar un tremendo dinamismo, en algo superior —pero racional y biológicamente superior— por lo cual luchar. Y, como creo haberlo ido sugiriendo, ese algo debería identificarse con el destino mismo que pueda esperársele, como especie única en este mundo, a una Humanidad Dignificada.

BIBLIOGRAFIA DE OBRAS CITADAS

A

E. Adamson Hoebel — El Hombre en el Mundo Primitivo.
Ediciones Omega.
Barcelona, 1961.

Mikhail Agurski — Contemporary Socioeconomic Systems and Their Future Prospects.
En Solzhenitsyn.

Eugenio Alarco — Trayectoria al Infinito.
Librería e Imprenta Gil S.A.
Lima, 1938.

Id. — El Hombre Peruano en su Historia — Primera Parte: Los Antepasados Aborígenes.
Editorial Ausonia Talleres Gráficos S.A.
Lima, 1971.

Louis Althusser — La revolución teórica de Marx.
Siglo XXI Editores S.A.
México, 1970.

Andrej Amalrik — Sopraviverá l'Unione Sovietica fino al 1984?.
Coines Edicioni.
Roma, 1970.

Anónimo — URSS. El bienestar del pueblo.
Editorial de la Agencia de Prensa Novosti.
Moscú, 1976.

Apuleyo — Las metamorfosis o El asno de oro.
Librería de la Vda. de C. Bouret.
París, s/f.

Aristóteles — Obras completas I/IV.
Ediciones Anaconda.
Buenos Aires, 1947.

E. von Aster — Locke y Hume.
En los Grandes Pensadores III.
Revista de Occidente.
Madrid, 1925.

B

Jaime Balmes — Filosofía fundamental. I/II.
Casa Editorial Garnier Hermanos.
París, s/f.

Id. — Cartas a un escéptico en materia de religión.
Espasa — Calpe S.A.
Madrid, 1959.

Dr. Jean Barraud — L'homme et son angoise.
Editions Resma.
París, 1969.

Jorge Basadre — Los fundamentos de la Historia del Derecho.
Editorial Universitaria.
Lima, 1967.

L. Bazalgette — Qué será de los pueblos latinos? .
Editorial Bonaerense.
Buenos Aires, 1944.

Max Beer — Historia General del Socialismo y de las luchas sociales.
Editorial Zeus S.A.
Madrid, 1931.

Cedric Belfrage — La inquisición democrática en Estados Unidos.
Siglo XXI, editores.
México, 1972.

Ernst Benz — La angustia en la religión.
En H. Hediger y otros.

Henry Bergson — La evolución creadora I/II.
Renacimiento, S.A. Editorial.
Madrid, 1912.

George Berkeley — A Treatise concerning the principles of human knowledge.
The world's great thinkers.
The speculative philosophers.
Random House.
New York, 1947.

John D. Bernal — La ciencia en la historia.
Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

Nicholas Bethell — La guerra que Hitler ganó.
Ediciones Grijalbo S.A.
Barcelona, 1975.

Charles Blondel — La mentalidad primitiva.
Editorial Hernando S.A.
Madrid, 1927.

I. M. Bochenski — El materialismo dialéctico.
Ediciones Rialp S.A.
Madrid, 1966.

Georg Böse — El futuro de nuestra sociedad.
Monte Avila, Editores C.A.
Caracas, 1968.

A. Bogdanoff — Economía Política.
Ediciones Ultima.
Madrid, 1931.

Roberto Bonola — Geometrías noeuclidianas.
Calpe.
Madrid, 1923.

Emilio Bossi — Jesucristo nunca ha existido.
Editorial Atlante.
Barcelona, s/f.

L. I. Brezhnev — Informe del Comité Central del PCUS y las tareas inmediatas del partido en la política interior y exterior.
Editorial de la Agencia de Prensa Novosti.
Moscú, 1976.

Id. — Discurso pronunciado en el Pleno del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética el 25 de octubre de 1976.
Editorial de la Agencia de Prensa Novosti.
Moscú, 1976.

Sterling Brubaker — To live on earth.
New American Library.
New York, 1972.

Nicolas Bujarin — El materialismo histórico.
Editorial Cenit S.A.
Madrid, 1933.

Alan Bullock — Hitler.
Biografías Gandese.
México, 1955.

C

Cesare Cantú — Storia degli italiani. I/IV.
L.Unione Tipografico Editore.
Torino, 1857/8.

Dr. Alexis Carrel — L'homme, cet inconnu
Librairie Plon.
París, 1936.

Raymond Cartier — La segunda guerra mundial I—II.
Larouse — París Match.
Barcelona, 1966/7.

Américo Castro — Santa Teresa y otros ensayos.
Historia Nueva.
Santander, 1929.

Nicolae Ceasescu — Il Nuovo Corso per una collaborazione internazionale. Rusconi.
Milán, 1975.

Centro de Información sobre Asuntos Soviéticos — La religión en la Rusia Soviética. Nueva York, s/f.

Christian Chabanis — Dio esiste? No, rispondono. . . Arnaldo Mondadori, editore. Vicenza, 1974.

S. Chandrasekhar — La China comunista, hoy. Sayma, Ediciones y Publicaciones. Barcelona, 1962.

Chou En—lai — Informe ante el X Congreso Nacional del Partido Comunista de China. En Edgar Snow.

Comisión Episcopal de Acción Social — Signos de renovación. Editorial Universitaria S.A. Lima, 1969.

Concilio Vaticano II — Gaudium et Spes—Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Moderno. Ediciones Paulinas. Lima, s/f.

Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa. Acta Final — Novedades de Moscú. No. 32, Suplemento 1975.

F. C. Copleston — El pensamiento de Santo Tomás. Breviarios FCE. México, 1969.

D

Christopher Dawson — Dinámica de la historia. Emecé, editores. Buenos Aires, 1962.

Renato Descartes — Obras completas. Casa Editorial Garnier Hermanos. París, s/f.

Günther Deschner y otros — Der zweite Weltkrieg. Bertelsmann Lexikon. Verlag Reinhard Mohn, Gütersloh, 1968.

John Dewey — Naturaleza humana y Conducta. FCE. México, 1966.

Edwin Diamont — Do thinking machines think? Colliers 1965 Year Book. The Crowell — Collier. Publishing Co., 1965.

Wilhelm Dilthey — Introducción a las ciencias del espíritu.
FCE.
México, 1944.

Milovan Djilas — La sociedad imperfecta.
Ediciones Ariel.
Barcelona, 1970.

Alexander Dubcek — La vía checoeslovaca al socialismo.
Ediciones Ariel.
Barcelona, 1968.

E

Martín Ebon — Descubrimientos parapsicológicos en la Unión Soviética.
Ediciones Horme SAE.
Buenos Aires, 1974.

Albert Einstein — Como io vedo il mondo.
Newton Compton editori.
Roma, 1975.

Jean Elleinstein — Parti communiste francais.
Verlag für das Studium der Arbeiter—bewegung GmbH.
Hamburg, 1977.

Id. — L'occident et la lecon de Petrograd.
En Le Monde Selection Hebdomadaire.
3 au 9 novembre, 1977.

Federico Engels — Principios del comunismo.
En Man. Com.

Id. — El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.
En M—E—Obras escogidas.

Id. — Sobre la acción política de la clase obrera.
En M—E—Òbras escogidas

Id. — Introducción a la obra de C. Marx. "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850".
En M.E. Obras escogidas.

Id. — Anti—Dühring.
Editorial Grijalbo S.A.
México, 1968.

Franklin Escher, Jr. — A brief history of the United States.
The New American Library.
New York, 1954.

Baruch Espinosa — Etica.
Casa Editorial Garnier Hermanos.
París, s/f.

Rudolf Eucken — El hombre y el mundo.
Daniel Jorro, Editor.
Madrid, 1926.

F

Alberto Falcionelli — Historia de la Rusia Soviética (1917—1957).
Ediciones Aries.
Madrid, 1958.

Edgar Faure — La sociedad tecnológica de consumo.
Guadiana de Publicaciones.
Madrid, 1970.

Raúl Ferrero — Tercer Mundo.
Ediciones Librería Studium.
Lima, 1972.

Id. — Ideología marxista.
Cuadernos de Ciencia política.
Librería Studium.
Lima, 1975.

Joachim C. Fest — Hitler.
Vintage Books.
New York, 1975.

Fr. W. Foerster — Instrucción ética de la juventud.
Editorial Labor S.A.
Barcelona, 1935.

Frederick Franck — La Iglesia en explosión.
Siglo XXI Editores.
México, 1970.

Sigmund Freud — Obras completas I/II.
Editorial Biblioteca Nueva.
Madrid, 1948.

Erich Fromm — Marx y su concepto del hombre.
F.C.E.
México, 1966.

Id. — L'arte d'amare.
Il saggiatore.
Arnaldo Mondadori.
Milán, 1975.

Id. — Psicoanálisis de la sociedad contemporánea.
F.C.E.
México, 1971.

Id. — El dogma de Cristo.
Editorial Paidos.
Buenos Aires, 1971.

Id. — Die Revolution der Hoffnung.
Rowohlt.
Hamburgo, 1974.

Id. — ¿Podrá sobrevivir el hombre? .
Paidos.
Buenos Aires, 1971.

Id. — Anatomie der menschlichen.
Destruktivität —
Deutsche
Verlags — Anstalt GmbH.
Stuttgart, 1974.

Id. — Man for himself. — An inquiry into the
Psychologie of Ethics.
Fawcett Publications Enc.
Greenwich, Conn. 1947.

Id. — La crisis del psicoanálisis.
Editorial Paidos.
Buenos Aires, 1972.

G

John K. Galbraith — Capitalismo americano.
Ediciones Ariel.
Barcelona, 1968.

Id. — L'economia e la qualitá della vita.
Amoldo Mondadori, editore.
Vicenza, 1971.

Alfredo Garland — Como lobos rapaces.
Servicio de análisis pastoral e
informativo.
Lima, 1978.

Robert Gaupp — Psicología del niño.
Editorial Labor S.A.
Barcelona, 1927.

Leopold Genicot — El espíritu de la Edad Media.
Editorial Noguer S.A.
Barcelona, 1963.

V. Georguiev, V.
Kristov y otros — Crítica de las concepciones teóricas
de Mao Tse—Tung.
Editorial Progreso.
Moscú, 1973.

Alain Gheerbrant — La iglesia rebelde de América Latina.
Siglo XXI Editores.
México, 1970.

Robert Gibrat &
Tetsuo Noguchi — Energy, ores and minerals.
En J. Tinbergen.

V. Giscard d'Estaing — Democratie Francaise.
Librairie Arthéme Fayard.
París, 1976.

Baltasar Gracián — Agudeza y arte de ingenio.
En obras completas.
M. Aguilar, editor.
Madrid, 1944.

Antonio Gramsci — Passato e presente.
Editori Riuniti.
Perugia, 1971.

Id. — Lettere dal carcere.
Giulio Einaudi Editore.
Torino, 1973.

Gustavo Gutiérrez — Teología de la liberación — Perspectivas
Editorial Universitaria S.A.
Miraflores, 1971.

J. M. Guyau — Esbozos de una moral sin obligación ni sanción.
Editorial Americalee.
Buenos Aires, 1944.

H

L. T. Habhouse — Liberalismo.
Editorial Labor S.A.
Barcelona, 1927.

Víctor Raúl Haya de la Torre — Ideario y acción aprista.
Buenos Aires, 1930.

— Hechos de los Apóstoles

H. Hediger y otros — La angustia.
Tribuna de la Revista del Occidente.
Madrid, 1960.

G. W. F. Hegel — Ciencia de la lógica.
Ediciones Solar S.A.
Buenos Aires, 1968.

Id. — Filosofía de la historia universal, Tomo I.
Revista de Occidente.
Madrid, 1928.

P. A. Hillaire — La religión demostrada.
Luis Gili, editor.
Barcelona, 1926.

Adolfo Hitler — Mi lucha.
Franz Eher Nachflg. GmbH.
Munich, Berlín, s/f.

Paul Hollander — Soviet and American Society.
Oxford University Press.
New York, 1973.

John Hospers — La conducta humana.
Editorial Tecnos S.A.
Madrid, 1964.

Johan Huizinga — El otoño de la Edad Media.
Revista de Occidente.
Madrid, 1965.

E. Howard Hunt — Memorias de un espía.
Editorial Noguer S.A.
Barcelona, 1975.

J

Robert Jungk und Hans Josef Mundt. (Ed). — Maschinen wie Menschen.
Fischer Taschenbuch Verlag.
Frankfurt a. M., 1973.

K

M. Kant — Crítica de la razón práctica.
Librería general de Victoriano Suárez.
Madrid, 1913.

K. Koffka — Bases de la evolución psíquica.
Revista de Occidente.
Madrid, 1926.

Ricardo Kreglinger — La evolución religiosa de la humanidad.
Ediciones Biblos.
Madrid, 1927.

A. L. Kroeber — Antropología general.
Fondo de Cultura Económica.
México, 1945.

Pedro Kropotkin — Etica.
Editorial Argonauta.
Buenos Aires, 1925.

Boris Krotkov — El país de los Soviets hoy y mañana.
Editorial de la Agencia de Prensa Novosti.
Moscú, 1976.

V. Kuroedov — La religión y la iglesia en la URSS.
Editorial de la Agencia de Prensa Novosti.
Moscú, 1977.

L

Gustavo Le Bon — Psicología de las multitudes.
Ediciones Albatros.
Buenos Aires, 1958.

William J. Lederer — A nation of sheep.
A Fawcett Crest Book.
Greenwich, Conn., 1961.

Joachim G. Leithäuser — La seconda scoperta del Mondo. Editrice Massimo. Milán, 1969.

V.I. Lenin — El imperialismo, etapa superior del capitalismo. Editorial Sudamericana. Buenos Aires s/f.

Id. — Ideario bolchevista. Editorial Lux. Lima, 1921.

Id. — El extremismo, enfermedad infantil del comunismo. Publicaciones "Edeya". Barcelona, s/f.

Ben B. Lindsey & Wainwright Evans — The revolt of modern youth. Brentanos Ltd. Bradford, 1928.

Ralph Linton — Estudio del hombre. F.C.E. México, 1963.

H. P. D. Lissagaray — Historia de la Commune de París. Editorial Cenit S.A. Madrid, 1931.

T. Litt — La ética moderna. Revista de Occidente. Madrid, 1932.

Nino Lo Bello — L'oro del Vaticano. Edicione del Borghese. Milán, 1971.

John C. Loehlin — Maschinen mit Personalität — En Jungk y otros.

Jorge Guillermo Llosa — La dificultad de ser latinoamericano. Universidad Nacional Mayor de San Andrés. La Paz, 1976.

C. Lombroso & R. Laschi — Le crime politique et les revolutions. (I y II). Felix Alcan, Ed. París, 1892.

Luigi Longo — I comunisti italiani e la Cecoslovacchia. En Valli.

Los Evangelios Apócrifos — Casa Editorial Garnier Hermanos. París, 1912.

Emil Ludwig — Conversaciones con Mussolini. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1933.

M

Maria Antonieta Macciocchi — Per Gramsci.
Societa editrice il Mulino.
Bologna, 1974.

Eduardo Macé — La sabiduría pitagórica.
J. Siverol Vallés.
Mahón (Baleares), s/f.

Maurice Maeterlinck — La vida de las hormigas.
M. Aguilar, Editor.
Madrid, 1930.

Serge Mallet — El socialismo y la sociedad industrial.
Siglo XXI, Editores.
México, 1969.

Ernest Mandel — Proceso al desafío americano.
Editorial Nova Terra.
Barcelona, 1970.

Bronislaw Malinowsky — Estudios de psicología primitiva.
Editorial Paidos.
Buenos Aires, 1963.

Mao Tse—tung — Citas del Presidente M.T.T.
Ediciones en Lenguas Extranjeras.
Pekín, 1972.

Gabriel Marcel — Les hommes contre l'humain.
Fayard.
Poitiers, 1968.

Georges Marchais — Die demokratische Herausforderung.
Verlag Marxistishe Blätter GmbH.
Frankfurt, 1974.

Herbert Marcuse — One — dimensional man.
Beacon Press.
Boston, 1970.

Id. — Le marxisme sovietique.
Editions Gallimard.
Saint — Amand, 1968.

Id. — Etica de la revolución.
Taurus Ediciones S.A.
Madrid, 1969.

Id. — Eros e civilta
Piccola Biblioteca Einaudi.
Turín, 1969.

Id. — Razón y revolución.
Alianza Editorial.
Madrid, 1971.

Id. — El fin de la utopía.
Siglo XXI Editores.
México, 1978.

José Carlos Mariátegui — Defensa del Marxismo.
Empresa Editora Amauta.
Lima, 1959.

Francis Martinelli — L'inquisizione spagnola.
De Vecchi, editore.
Milán, 1968.

Gilles Martinet — Los cinco comunismos.
Editorial Tiempo Nuevo S.A.
Caracas, 1972.

Karl Marx — Manuscritos económico—filosóficos.
En E. Fromm (Marx).

Id. — Miseria de la filosofía.
Siglo XXI argentina editores S.A.
Buenos Aires, 1974.

Id. — El capital (A).
M. Aguilar Editor.
Madrid, 1931.

Id. — El capital (B).
Ed. resumida por Gabriel Deville.
Francisco Beltrán Librería española y extranjera.
Madrid, 1922.

Id. — Salario, prezzo e profitto.
Newton Compton Italiana.
Roma, 1971.

Id. — La ideología alemana.
En Fromm — Marx.

Marx — Engels — Manifiesto comunista.
Ediciones Europa—América.
París, 1931.

Id. — Obras escogidas.
Editorial Progreso.
Moscú, s/f.

Francisco Marxuach — Origen divino de la Iglesia católica y de su dogma.
Eugenio Subirana.
Editor Pontificio.
Barcelona, 1928.

Pierre Masset — La pensée de Herbert Marcuse.
Privat, editeur.
Toulouse, 1969.

Henri Massis — Defensa del Occidente.
M. Aguilar, Editor.
Madrid, s/f.

Donella H. Meadows et al. — The limits to growth.
New American Library.
New York, 1972.

Mihajlo Mesarovic and Eduard Pestel — Mankind at the turning point. New York, 1974.

Johannes Messner — Etica social, política y económica. Ediciones Rialp, S.A. Madrid, 1967.

Francisco Miró Quesada — La otra mitad del mundo I—II. Panperú. Lima, 1959.

Jacques Monod — Il caso e la necessitá. Arnaldo Mondadori, editore. Milán, 1974.

Ashley Montagu — La humanización del hombre. Edit. Tiempo Nuevo S.A. Buenos Aires, 1972.

Id. — La vida prenatal. Ediciones Troquel. Buenos Aires, 1966.

Stanley—Moore — Crítica de la democracia capitalista. Siglo XXI Argentina Editores S.A. Buenos Aires, 1971.

Charles Morazé — La lógica de la historia. Siglo XXI Editores. Madrid, 1970.

Desmond Morris — The naked ape. Dell Publishing Co. New York, 1971.

Aloys Múller — Psicología. Revista de Occidente. Madrid, 1933.

G. P. Murdock — Nuestros contemporáneos primitivos. F.C.E. México, 1956.

N

Naciones Unidas — Declaración Universal de Derechos Humanos (1948).

Id. — La FAO en 1976. FAO, 1977.

Julio Navarro Monzó — Dioses, mitos y cultos helénicos. Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo, 1925.

Id. — Misterios eleusinos y órficos. Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo, 1925.

Allan Nevins & Henry Steele Commager — The pocket history of the United States.
The Pocket Library.
New York, 1957.

Augusto Nicolás — Estudios filosóficos sobre el cristianismo.
Librería Religiosa.
Barcelona, 1880.

Fernand Nicolay — Historie des Croyances I/III.
Víctor Retaux, Éditeur.
París, s/f.

Haraldur Nielsson — Mis experiencias personales sobre espiritualismo experimental.
M. Aguilar, Editor.
Madrid, s/f.

F. Nietzsche — Así hablaba Zaratustra.
Biblioteca de Cultura.
Editorial B. Bauzá.
Barcelona, s/f.

Id. — Humano, demasiado humano.
Editores Mexicanos Unidos S.A.
México, 1974.

Id. — El anticristo.
Editorial Atlante.
Barcelona s/f.

Herman Nohl — Introducción a la ética.
F.C.E.
México, 1967.

Robert C. North — El comunismo chino.
Ediciones Guadarrama S.L.
Madrid, 1965.

George Novack — Humanism and Socialism.
Pathfinder Press.
New York, 1973.

O

Paolo Ojetti — Vaticano S.P.A.
En L'Europeo.
(Revista italiana) del 7 de enero de 1977.

G. Oncken — Historia Universal — La Guerra de 1914.
Montaner y Simón, Edit.
Barcelona, 1921.

Rodolfo Otto — Lo Santo.
Revista de Occidente.
Madrid, 1925.

Ovidio — The Metamorphoses.
The Penguin Classics.
London, 1955.

P

Papa Pablo VI — Encíclica "El desarrollo de los pueblos".
Editorial Venus.
Lima, s/f.

Papa Pío XI — Encíclica "Divini Redemptoris".
Editorial Apostolado de la Prensa S.A.
Madrid, s/f.

Giorgio Pallante — I papiri del Mar Morto.
Giovanni de Vecchi Editore.
Milán, 1973.

G. Paloczi Horvath — Mao Tse—tung.
Editorial Noguer S.A.
Barcelona, 1972.

Giovanni Papini — El crepúsculo de los filósofos.
Editorial América.
Madrid, s/f.

Id. — Historia de Cristo (I/II).
Editorial Voluntad S.A.
Madrid, 1925.

Id. — El diablo.
Emecé Editores S.A.
Buenos Aires, 1954.

Fritz Pappenheim — La enajenación del hombre moderno.
Ediciones Era S.A.
México, 1965.

Partido Comunista de Checoeslovaquia — Programa de Acción.
En Dubcek.

Partido Comunista de China — Resolución de la XI Sesión Plenaria del Comité Central, en 1966.
(En Snow).

Aurelio Peccei — La qualité humaine.
Editions Stock.
París, 1976.

Francois Perroux — Alienación y creación colectiva.
Moncloa — Campodónico, editores asociados.
Lima, 1970.

Id. — Perroux interroga a Marcuse.
Editorial Nova Terra.
Barcelona, 1970.

Eugene Petit — Tratado elemental de derecho romano.
Editora Nacional.
México, 1976.

Alain Peyrefitte — Cuando China despierte. . .
Plaza & James S.A. Editores.
Barcelona, 1975.

Platón — La República; Obras completas III.
Editorial Anaconda.
Buenos Aires, 1946.

Armando Plebe — Quel che non ha capito Carlo Marx.
Rusconi Editore.
Milano, 1972.

Preobrayenski — Anarquismo y comunismo.
Ediciones Europa — América.
Barcelona, 1932.

Giuseppe Prezzolini — Dio é un rischio.
Longanesi & C.
Milán, 1970.

Primer Encuentro Latinoamericano (P.E.L.) — Cristianos por el Socialismo.
Centro de Estudios y Publicaciones.
Lima, 1972.

R

Hermann Rauschning — Hitler me dijo.
Librería Hachette S.A.
Buenos Aires, 1940.

John Reed — Cómo tomaron el poder los bolcheviques. — 10 días que conmovieron al mundo.
Ediciones Biblos.
Madrid, s/f.

Ernesto Renan — Vida de Jesús.
Casa Editorial Maucci.
Barcelona, s/f.

Jean Francois Revel — Né Cristo né Marx.
Rizzoli Editore.
Milán, 1972.

Charles Richet — Tratado de metapsíquica.
Casa Editorial Araluce.
Barcelona, 1925.

H. Ringgren et A. V. Ström — Les religions du monde.
Payot, París 1960.

Charles A. Rosen — Maschinen, die intelligent handeln
En Jungk.

Christian A. Ruckmick — The psychology of feeling and emotion.
McGraw Hill Book Co.
New York, 1936.

Bertrand Russell — Historia de la filosofía occidental (I—II).
Espasa Calpe S.A.
Madrid, 1971.

Id. — Perché non sono cristiano.
Longanesi & C.
Milán, 1971.

Id. — Religión y ciencia.
F.C.E.
México, 1973.

Raymond Ruyer — Elogio de la sociedad de consumo.
Emecé Editores S.A.
Buenos Aires, 1971.

Milan Rýzl — Parapsychologie.
Ramón F. Keller Verlag.
Genf, 1973.

S

Andrei D. Sajarov — Habla Sajarov.
Editorial Noguer S.A.
Barcelona, 1975.

Id. — URSS. Una sociedad en peligro de muerte. — En Suplemento Dominical El Comercio de Lima del 27 de agosto, 1972.

Harrison E. Salisbury — Prólogo a Sajarov.

San Juan — Apocalipsis.

San Mateo — Evangelio

San Marcos — Evangelio

Santo Tomás de Aquino — Suma teológica (Selección) I/II.
Editorial Universo S.A.
Lima, 1970.

Id. — Teodicea.
Ediciones Ercilla.
Santiago de Chile, 1938.

Gérard Sandoz — La izquierda alemana.
Ediciones Península.
Barcelona, 1971.

Leon J. Saul — Bases de la conducta humana.
Libros Básicos.
Buenos Aires, 1958.

Alfred Sauvy — La rebelión de los jóvenes.
Dopesa.
Barcelona, 1971.

Saxe Commins & Robert N. Liuscott — The world's great thinkers I/IV.
Random House.
New York, 1947.

Max Scheler — El resentimiento en la moral.
Espasa — Calpe Argentina S.A.
Buenos Aires, 1938.

William S. Schlamm — En los límites del milagro.
Editorial Herrero S.A.
México D.F., 1961.

Heinrich Schmidt — Philosophisches Wörterbuch.
Alfred Kröner Verlag.
Leipzing, 1934.

F. X. Schouppe, S.J. — Curso abreviado de religión.
Librería de Ch. Bouret.
Braine—le—Comte (Bélgica) 1892.

Eduardo Schwartz — El Emperador Constantino y la Iglesia Cristiana.
Revista de Occidente.
Madrid, 1926.

K.A. Schwartzman — Una ética sin moral.
Ediciones Pueblos Unidos.
Montevideo, 1968.

Uros Schwarz — La angustia en la política.
En H. Hediger y otros.

M.B. Scott y S.M. Lyman — La rebelión de los estudiantes.
Paidos.
Buenos Aires, 1974.

William Seabrook — Witchcraft.
Harcourt, Brace & Co.
New York, 1940.

Víctor Serge — Historia del año I de la Revolución Rusa.
Editorial Zeus S.A.
Madrid, 1931.

J. J. Servan Schreiber — El desafío americano.
Zig—Zag.
Santiago de Chile, 1968.

J. L. Servan Schreiber — Il potere d'informare.
Arnaldo Mondadori, editore.
Vicenza, 1973.

Igor Shafarevich — Does Russia have a future? .
En Solzhenitsyn.

Id. — Separation or reconciliation? The Nationalities question in the USSR.
En Solzhenitsyn.

A. F. Shishkin — Etica marxista.
Editorial Grijalbo S.A.
México, 1966.

Adam Smith — The wealth of Nations.
En Saxe . . . III.

Edgar Snow — China: La larga revolución.
Alianza Editorial.
Madrid, 1974.

Alexander Solzhenitsyn y otros — From under the rubble.
Little, Brown & Co.
Boston, 1975.

Werner Sombart — El burgués.
Alianza Editorial.
Madrid, 1972.

Georges Sorel — Reflexiones sobre la violencia.
Alianza Editorial.
Madrid, 1976.

Pierre Souyri — El marxismo después de Marx.
Ediciones Península.
Barcelona, 1971.

Oswald Spengler — La decadencia de Occidente (I/II).
Espasa—Calpe Argentina S.A.
Buenos Aires, 1952.

Eduardo Spranger — Psicología de la edad juvenil.
Revista de Occidente.
Madrid, 1929.

L. S. Stavrianos — The promise of the coming Dark Age.
W. H. Freeman and Co.
San Francisco, 1976.

Stewart Steven — Operación Splinter Factor.
Editorial Noguer S.A.
Barcelona, 1975.

Lothrop Stoddard — La rebeldía contra la civilización.
Revista de Occidente.
Madrid, 1926.

Antony Storr — La agresividad humana.
Alianza Editorial.
Madrid, 1970.

David Friedrich Strauss — Das Leben Jesu I/II.
Alfred Kröner Verlag in Leipzig, 1924.

Norman Stuart Sutherland — Maschinen wie Menschen —
En Jungk.

Paul M. Sweezy — Il presente come storia.
Picola Biblioteca Einaudi.
Turín, 1962.

T

Charles Taylor — La China de Mao.
Plaza & Janes S.A.
Barcelona, 1976.

P. Teilhard de Chardin — El fenómeno humano.
Taurus Ediciones S.A.
Madrid, 1963.

Id. — El porvenir del hombre.
Taurus Ediciones S.A.
Madrid, 1964.

Tertuliano — El Apologético.
Ediciones Ercilla.
Santiago de Chile, 1938.

Jan — Tinbergen (Coordinator) — Reshaping the International Order.
(A report to the Club of Rome).
E. P. Dutton & Co. Inc.
New York, 1976.

Niko Tinbergen — Il comportamento sociale degli animali.
Piccola Biblioteca Einaudi.
Torino, 1969.

Alvin Toffler — Future Shock.
Bantam Books.
New York, 1971.

Stephen E. Toulmin — El puesto de la razón en la ética.
Revista de Occidente.
Madrid, 1964.

Robert Tourly y Z. Lvovsky — Hitler.
Ediciones Luz.
Santiago de Chile, 1933.

Arnold Toynbee — El mundo y el Occidente.
Aguilar S.A. de Ediciones.
Madrid, 1955.

H. R. Trevor — Roper — The last days of Hitler.
The Macmillan Co.
New York, 1947.

Tucidides — Oraison funébre prononcée par Péricles.
Imprimerie et Librairie Classiques.
de Jules Delalain & Cie.
París, 1842.

U

Walter Ueberwasser — La angustia en la pintura occidental.
En H. Hediger y otros.

Adam B. Ulam — The Rivals.
America & Russia Since World War II.
The Viking Press, 1971.

United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD)
Tenth Anniversary Journal.
New York, 1974.

United Nations Fund for Population Activities (UNFPA)
Labour and Population.
New York, s/f.

V

Roberto Vacca — Manuale per una improbabile salvezza.
Arnaldo Mondadori, editore.
Vicenza, 1974.

Bernardo Valli — Gli eurocommunisti.
Tascabili Bompiani.
Milán, 1976.

Henry B. Veatch — Etica del ser racional.
Nueva colección labor.
Barcelona, 1967.

Daniel Villey — Historia de las grandes doctrinas económicas.
Editorial Nova.
Buenos Aires, 1960.

A. Voldben — Die grossen Weissagungen über die.
Zukunft der Menschheit.
Langen — Müller.
Gütersloh, Alemania, 1975.

Karl Vorländer — Historia de la filosofía — Tomo I.
Librería española y extranjera.
Francisco Beltrán.
Madrid, 1922.

W

H oward C. Warren — Human Psychology.
Houghton Mifflin Co.
Boston, 1920.

J. W. N. Watkins — Qué ha dicho verdaderamente Hobbes.
Doncel.
Madrid, 1972.

P. F. Willert — La filosofía y la revolución.
En Monografías Históricas.
La Revolución Francesa I.
Ramón Sopena Ed.
Barcelona, s/f.

I. Worski — Riera — Las tres revoluciones rusas. I/II
Publicaciones Mundial.
Barcelona, s/f.

Wilhelm Wundt — Etica (I/III).
Daniel Jorro, Editor.
Madrid, 1917.

INDICE

PRIMERA PARTE

Pág.

HACIA ORDENES NUEVOS 5

a) Hombres y sociedades 8
b) Vicisitudes del proletariado 17
c) Vicisitudes de la burguesía 26
d) El comunismo soviético 34
e) El comunismo chino 49
f) Otras realizaciones del socialismo 61
g) Modernas tendencias 67
h) El eurocomunismo 71
i) Hacia órdenes nuevos 76
j) Un socialismo racionalizado 85

SEGUNDA PARTE

DESDE EL TERCER MUNDO

a) El peso del Occidente 88
b) Los derechos de la especie 94
c) Países ricos y países pobres 98
d) El hombre en el Tercer Mundo 101
e) El Socialismo y el Tercer Mundo 104
f) Las opciones del Tercer Mundo 112

TERCERA PARTE

EN BUSCA DE UN NUEVO MUNDO 119

a) La voz de un Nuevo Mundo 122
b) Las esperanzas en un Nuevo Mundo 124
c) Cierta coordinación de propósitos 129
d) La rebelión de la inteligencia 134
e) Una juventud en armas 142
f) Los fines últimos 150

Bibliografía de obras citadas 161

Este libro se término de imprimir el 15 de Febrero de 1980 en los Talleres Gráficos de EDITORIAL UNIVERSO S.A. Av. Nicolás Arriola N° 2285 Apdo. 241 — Telf. 24-1639 La Victoria — Lima - Perú

BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 01186 5570